

WILLIAM
BARCLAY



editorial clie

**COMENTARIO AL
NUEVO TESTAMENTO**

EDITORIAL CLIE

CLIE, E.R. n.º 2.910-SE/A

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: libros@clie.es

Internet: <http://www.clie.es>

**COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO POR WILLIAM BARCLAY
OBRA COMPLETA**

Traductor de la obra completa: Alberto Araujo

Copyright © por C. William Barclay. Publicado originalmente en 1970
y actualizado en 1991 por The Saint Andrew Press, 121 George
Street, Edimburgh, EH2 4YN, Escocia

Copyright © 2006 por Editorial CLIE para la versión española

ISBN 978-84-8267-457-5

Printed in U.S.A.

Clasifíquese:

0200 HERMENÉUTICA:

Comentarios del N.T. - Completos

C.T.C. 01-02-0200-10

Referencia: 224624

ÍNDICE

Prólogo a la edición española	7
Mateo	9
Marcos	193
Lucas	285
Juan	361
Los Hechos de los Apóstoles	495
La Epístola a los Romanos	549
La Primera Epístola a los Corintios	607
La Segunda Epístola a los Corintios	653
La Epístola a los Gálatas	679
La Epístola a los Efesios	697
La Epístola a los Filipenses	729
La Epístola a los Colosenses	755
La Primera Epístola a los Tesalonicenses	781
La Segunda Epístola a los Tesalonicenses	791
La Primera Epístola a Timoteo	797
La Segunda Epístola a Timoteo	835
La Epístola a Tito	857
La Epístola a Filemón	869
La Epístola a los Hebreos	877
La Epístola de Santiago	927
La Primera Epístola de Pedro	967
La Segunda Epístola de Pedro	1009
La Primera Epístola de Juan	1029
La Segunda Epístola de Juan	1065
La Tercera Epístola de Juan	1075
La Epístola de Judas	1079
El Apocalipsis	1095
Índice analítico de conceptos y personajes	1195
Índice de autores de patrística, autores de literatura judaica, apocalíptica, textos apócrifos, cánones y códices mencionados en el comentario	1225
Índice de palabras hebreas, griegas y latinas	1229
Bibliografía	1243

PRESENTACIÓN DE LA NUEVA EDICIÓN ESPAÑOLA DEL COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO DE WILLIAM BARCLAY

William Barclay (1907-1978), pastor de la Iglesia de Escocia y profesor de Nuevo Testamento en la Universidad de Glasgow y reconocido especialista en el griego, es internacionalmente conocido y apreciado como maestro en el arte de la exposición de la Palabra de Dios. Entre sus más de sesenta obras, la que ha alcanzado mayor difusión en muchos países y lenguas es, sin duda, su *Comentario al Nuevo Testamento* que presentamos en su nueva edición española.

Todo empezó con la publicación improvisada y aislada de un comentario a los Hechos de los Apóstoles; pero aquel librito manejable y económico tuvo un éxito tan inesperado y extraordinario que se convirtió en el primero de los diecisiete volúmenes del *Comentario al Nuevo Testamento* que ahora presentamos en un solo tomo y que William Barclay completó en seis años, récord no superado por editoriales con muchos más medios y colaboradores. Está destinado a los muchos que, en las iglesias o fuera de ellas, leen o quisieran leer la Biblia, pero les resulta difícil entenderla y aprovechar de su lectura tanto como quisieran.

La estructura del comentario a cada libro del Nuevo Testamento es sencilla. William Barclay nos ofrece al principio una introducción con información interesante acerca del autor, los destinatarios, las circunstancias en que se escribió y la enseñanza de cada libro; introducción que ya despeja muchas incógnitas y revela muchos detalles. A continuación, bajo un epígrafe que nos introduce el tema, encontramos correlativamente pasajes de longitud variable en traducción del mismo William Barclay, seguidos de una exposición breve pero suficiente en la que aclara las palabras, explica las circunstancias, introduce los personajes y propone la enseñanza para nuestra vida. Es un comentario informativo, edificante y relevante.

William Barclay solía decir que su propósito era poner los resultados de la investigación bíblica al alcance de lectores que no tienen estudios teológicos, y mostrar que la perenne actualidad de la enseñanza del Nuevo Testamento la hace pertinente y aplicable a todos los aspectos de nuestra vida. Y, sobre todo, como repite una y otra vez en todos sus libros, que Jesucristo no es meramente alguien que vivió y murió hace mucho tiempo y cuya vida y enseñanzas podemos estudiar como hacemos con otros personajes históricos; sino Alguien con Quien podemos tener un encuentro y de cuya compañía y amistad podemos disfrutar. Sirva, pues, este *Comentario al Nuevo Testamento*, como se dice en una antigua oración inglesa que William Barclay coloca como lema en muchos de sus libros, para ayudarnos «a conocer a Jesucristo más íntimamente, amarle más entrañablemente y seguirle más fielmente». El lo escribió, «y muerto, aún habla por ellos.»

Alberto Araujo

• MATEO •

PRESENTACIÓN

Además de las citas abundantes de los clásicos griegos y latinos y universales a las que nos tiene acostumbrados, y de sus referencias a escoceses famosos como Sir James Y. Simpson, el descubridor del cloroformo, y Sir James Barrie, el de Peter Pan, y a los libros de actualidad en su tiempo, William Barclay nos introduce repetidas veces en la literatura rabínica tradicional sirviéndonos ejemplos abundantes en los que se muestra la encarnadura de Jesús en la cultura judía, dichos de los rabinos y sabios judíos a los que presenta tan positiva como negativamente a los escribas y fariseos, con viñetas tomadas de fuentes judías. En esto también recalca el interés de Mateo en presentar en el evangelio que iba dirigido especialmente a los judíos al Ungido Rey Que vino, no para anular, sino para cumplir el A.T. Pero para nosotros, estudiantes de la Palabra de Dios, este comentario nos abre los secretos del evangelio que presenta más sistemáticamente la enseñanza de Jesucristo, al haber sido escrito por alguien que poseyó el don de la enseñanza aun por encima de otros.

El traducir estos dos tomos ha sido para mí una experiencia renovadora que no puedo por menos de desear compartir con todos vosotros, mis condiscípulos. He revivido las clases interesantísimas y sumamente edificantes de William Barclay; pero, más aún, he recordado la experiencia que sufrió William Barclay el verano de 1956, cuando estaba escribiendo este comentario y perdió a su hija Bárbara al zozobrar la barca en que ella iba con unos amigos, la larga espera desesperada de William Barclay y esposa en Irlanda hasta que se encontró el cuerpo sin vida de su hija... experiencia a la que aludió después varias veces como su tempestad particular, testificando que «en la presencia de Jesús las más terribles tempestades se convierten en paz». Muchas de estas páginas llevan el ardor de las lágrimas de los ojos y la sangre del corazón doliente que, a partir de aquella experiencia, adquirió una nueva ternura para asumir y consolar el dolor de otros corazones atormentados. «A cada uno de nosotros nos suceden cosas en este mundo que no podemos entender; es entonces cuando la fe se pone a prueba hasta su último límite; y en tales momentos es dulzura para el alma recordar que Jesús también lo pasó en Getsemaní... Cada persona tiene su propio Getsemaní, y cada persona tiene que aprender a decir: “Hágase Tu voluntad...”» Y sobre el grito de Jesús en la Cruz, «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»: «Puede ser que haya algo aquí —si podemos decirlo así— más humano. A mí me parece que Jesús no sería Jesús si no hubiera sondeado las simas más profundas de la experiencia humana. En la experiencia humana, en el transcurso de la vida, cuando las más amargas tragedias la invaden, hay momentos cuando nos parece sentir que Dios Se ha olvidado de nosotros; cuando estamos inmersos en una situación que sobrepasa nuestro entendimiento y nos sentimos abandonados hasta de Dios... Aquí vemos a Jesús sondeando las más negras profundidades de la situación humana, para que no hubiera ninguna de la que pudiéramos decir que Él no la pasó antes que nosotros... Aquí tenemos algo de valor incalculable. Jesús pasó por el abismo más insondable, y salió de nuevo a la luz. Nosotros también, si nos aferramos a Dios aun cuando parece que no hay Dios, manteniendo los restos de nuestra fe desesperada e invenciblemente, no cabe duda que la aurora romperá y saldremos victoriosos. El vencedor es el que se niega a creer que Dios Se ha olvidado de él aun cuando todas las fibras de su ser se sientan abandonadas. Vencedor es aquel que no deja que se le pierda nunca la fe, aun cuando sienta que ya ha perdido toda su base. Vencedor es el que se ha sumido hasta las profundidades, y todavía se aferra a Dios, porque eso es lo que hizo Jesús».

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO

LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

Mateo, Marcos y Lucas se conocen generalmente como los *Evangelios Sinópticos*. *Sinóptico* viene de dos palabras griegas que quieren decir *ver juntamente*, y quiere decir por tanto *lo que se puede ver juntamente*. La razón de este nombre es la siguiente. Cada uno de estos tres evangelios hace un relato de los mismos acontecimientos de la vida de Jesús. Cada uno de ellos añade u omite algo; pero, hablando en general, sus materiales y distribución son los mismos. Por tanto es posible colocarlos en columnas paralelas para compararlos entre sí.

Cuando se hace eso, se ve claramente que existe la más íntima relación imaginable entre ellos. Si, por ejemplo, comparamos la historia de la alimentación de los cinco mil (*Mateo 14:12-21; Marcos 6:30-44; Lucas 9:10-17*) nos encontramos con exactamente la misma historia contada en casi exactamente las mismas palabras.

Otro ejemplo es la historia de la curación del parálítico (*Mateo 9:1-8; Marcos 2:1-12; Lucas 5:17-26*). Los tres relatos son tan parecidos que hasta un pequeño paréntesis —«dijo entonces al parálítico»— ocurre en los tres exactamente en el mismo lugar. La correspondencia entre los tres evangelios es tan considerable que no podemos evitar llegar a la conclusión de que, o los tres extrajeron el material de una fuente común, o dos de ellos se basaron en el otro.

EL PRIMERO DE LOS EVANGELIOS

Cuando examinamos el asunto más detenidamente vemos que hay razones para creer que *Marcos* fue el primer evangelio que se escribió, y que los otros dos, *Mateo* y *Lucas*, usaron *Marcos* como base.

Marcos se puede dividir en 105 secciones. De éstas, 93 secciones aparecen en *Mateo* y 81 en *Lucas*. De las 105 secciones de *Marcos* hay sólo 4 que no se encuentran ni en *Mateo* ni en *Lucas*.

Marcos tiene 661 versículos; *Mateo* tiene 1.068, y *Lucas* 1.149. *Mateo* reproduce no menos de 606 de los versículos de *Marcos*; y *Lucas* 320. De los 55 versículos de *Marcos* que *Mateo* no reproduce, *Lucas* reproduce 31; así que no hay más que 24 versículos en todo *Marcos* que no se encuentran ni en *Mateo* ni en *Lucas*.

No es solamente la sustancia de los versículos lo que se reproduce, sino hasta las mismas palabras. *Mateo* usa el 51 por ciento de las palabras de *Marcos*; y *Lucas* el 53 por ciento.

Como regla general, tanto *Mateo* como *Lucas* siguen el orden de los acontecimientos de *Marcos*. A veces uno de los dos se aparta; pero nunca están de acuerdo *los dos* en diferir de *Marcos*; siempre por lo menos uno de ellos sigue el orden de *Marcos*.

MEJORAS A MARCOS

Como *Mateo* y *Lucas* son los dos más largos que *Marcos*, se podría sugerir que *Marcos* es un resumen de *Mateo* y *Lucas*; pero hay otra serie de hechos que demuestran que *Marcos* es anterior. *Mateo* y *Lucas* tienen la costumbre de mejorar y corregir a *Marcos*, si podemos decirlo así. Vamos a fijarnos en algunos ejemplos.

Algunas veces *Marcos* parece limitar el poder de Jesús; por lo menos, algún crítico mal intencionado podría tratar de demostrar que eso es lo que hace. Aquí tenemos tres relatos del mismo incidente:

Marcos 1:34: Y sanó a muchos que padecían de diversas enfermedades, y echó fuera muchos demonios;
Mateo 8:16: y con la palabra echó fuera a los demonios y sanó a todos los enfermos,
Lucas 4:40: y Él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba.

Vamos a tomar otros tres ejemplos parecidos:

Marcos 3:10: como había sanado a muchos,
Mateo 12:15: y sanaba a todos,
Lucas 6:19: y sanaba a todos.

Mateo y *Lucas* cambian el *muchos* de *Marcos* por *todos* para que no quede ninguna sugerencia de que el poder de Jesucristo fuera limitado.

Hay un cambio similar en el relato de los acontecimientos de la visita de Jesús a Nazaret. Vamos a comparar el relato de *Marcos* con el de *Mateo*.

Marcos 6:5-6: No pudo hacer allí ningún milagro... Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos.

Mateo 13:58: Y no hizo allí muchos milagros debido a la incredulidad de ellos.

Mateo se resiste a decir que Jesús *no pudo* hacer ningún milagro; y cambia la expresión en consecuencia.

Algunas veces *Mateo* y *Lucas* omiten pequeños detalles de *Marcos* que pudieran tomarse como para minimizar a Jesús. *Mateo* y *Lucas* omiten tres afirmaciones de *Marcos*:

Marcos 3:5: Entonces, mirándolos con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones,

Marcos 3:21: Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderlo, porque decían: «Está fuera de Sí».

Marcos 10:14: Jesús, se indignó.

Mateo y *Lucas* se resisten a atribuir emociones humanas de ira e indignación a Jesús, y se rebelan a creer que nadie pudiera sugerir que Jesús estaba loco.

A veces *Mateo* y *Lucas* alteran ligeramente las cosas de *Marcos* para librarse de afirmaciones que podría parecer que muestran a los apóstoles en una luz negativa. No citamos más que un ejemplo, el de la ocasión en que Santiago y Juan trataron de asegurarse los puestos principales en el Reino venidero. Comparemos la introducción a esa historia en *Marcos* y *Mateo*:

Marcos 10:35: Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se Le acercaron y Le dijeron:

Mateo 20:20: Entonces de Le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante Él y pidiéndole algo.

Mateo se resiste a atribuirles motivos de ambición directamente a los dos apóstoles, y se los atribuye a su madre.

Todo lo dicho deja suficientemente claro que *Marcos* es el primero de los evangelios. *Marcos* hace una narración sencilla, clara y directa; pero *Mateo* y *Lucas* ya han empezado a sentir la influencia de consideraciones doctrinales y teológicas, lo que los hace más cuidadosos con lo que dicen.

LA ENSEÑANZA DE JESÚS

Ya hemos visto que *Mateo* tiene 1.068 versículos; y *Lucas*, 1.149; y que entre los dos reproducen 582 de los versículos de *Marcos*. Eso quiere decir que en *Mateo* y *Lucas* hay otros materiales que *Marcos* no supe. Cuando examinamos ese material nos encontramos con que más de 200 versículos de él aparecen casi idénticos en *Mateo* y *Lucas*. Por ejemplo, pasajes como *Lucas 6:41s*, y *Mateo 7:3, 5*; *Lucas 10:21s* y *Mateo 11:25-27*; *Lucas 3:7-9* y *Mateo 3:7-10* son casi exactamente iguales, respectivamente.

Pero aquí notamos otra diferencia. El material que *Mateo* y *Lucas* tomaron de *Marcos* era casi exclusivamente el que contenía hechos de la vida de Jesús; pero estos 200 versículos adicionales comunes a *Mateo* y *Lucas* contienen, no lo que Jesús *hizo*, sino lo que Jesús *dijo*. Es evidente en estos versículos que *Mateo* y *Lucas* están usando *un libro de dichos de Jesús como fuente común*.

Ese libro ya no existe; pero los investigadores le han asignado la letra Q que representa *Quelle*, que quiere decir *fuentes* en alemán. Tiene que haber sido un libro extraordinariamente importante en su tiempo, porque sería el primer manual de las enseñanzas de Jesús.

LUGAR DE MATEO EN LA TRADICIÓN EVANGÉLICA

Aquí es donde nos encontramos con el apóstol *Mateo*. Los estudiosos están de acuerdo en que el primer evangelio, tal como ha llegado hasta nosotros no fue obra de *Mateo*. Uno que hubiera sido testigo presencial de la vida de Cristo no habría necesitado usar *Marcos* como fuente para la vida de Jesús como hizo *Mateo*. Pero uno de los primeros historiadores de la Iglesia, un hombre que se llamaba Papías, nos da este importantísimo detalle de información: «*Mateo* recogió los dichos de Jesús en lengua hebrea».

Así que podemos creer que no fue sino *Mateo* mismo el que escribió ese libro que había de ser la fuente a la que todos acudieran si querían saber lo que Jesús había enseñado. Y fue porque mucho de ese libro-fuente se incorporó en el primer evangelio por lo que se le adscribió el nombre de *Mateo*. Debemos estar agradecidos a *Mateo* siempre al recordar que es a él a quien debemos el Sermón del Monte y casi todo lo demás que sabemos de las enseñanzas de Jesús. Hablando en general, le debemos a *Marcos* nuestro conocimiento de los *acontecimientos* de la vida de Jesús, y a *Mateo* el de la esencia de la *enseñanza* de Jesús.

MATEO EL PUBLICANO

De *Mateo* mismo sabemos muy poco. Leemos de su vocación en *Mateo 9:9*. Sabemos que era publicano, y que sería un hombre intensamente odiado, porque los judíos odiaban a los miembros de su propia raza que se habían puesto al servicio de sus conquistadores. Considerarían a *Mateo* un colaboracionista.

Pero había un don que Mateo poseía. La mayor parte de los discípulos eran pescadores. Tendrían poco conocimiento y práctica en eso de reflejar palabras en un papel; pero Mateo sería un experto en ello. Cuando Jesús llamó a Mateo, que estaba sentado en el puesto de los tributos públicos, Mateo se levantó y le siguió dejándolo todo atrás menos una cosa: su pluma. Y Mateo usó noblemente su habilidad literaria para llegar a ser el primer hombre que compiló las enseñanzas de Jesús.

EL EVANGELIO DE LOS JUDÍOS

Veamos ahora las características principales del evangelio de Mateo para seguirlas atentamente cuando lo leamos.

En primero y principal lugar, *Mateo es el evangelio que fue escrito para los judíos*. Lo escribió un judío para convencer a los judíos.

Uno de los propósitos principales de *Mateo* es demostrar que las profecías del Antiguo Testamento se cumplieron en Jesús, y que por tanto Él tiene que ser el Mesías. Tiene una frase que resuena por todo el evangelio como un tema sinfónico: «Esto sucedió para que se cumpliera lo que fue dicho por el Señor por medio de los profetas». Esta frase aparece en el evangelio no menos de 16 veces. El nacimiento de Jesús y Su nombre fueron el cumplimiento de la profecía (1:21-23); también lo fue la huida a Egipto (2:14s); la matanza de los niños (2:16-18); el que José fijara su residencia en Nazaret y Jesús creciera allí (2:23); el uso que Jesús hizo de parábolas (13:34s); la entrada triunfal (21:5-11); la traición por treinta piezas de plata (27:9), y el echarse a suertes la ropa de Jesús cuando pendía de la cruz (27:35). El propósito primario y deliberado de *Mateo* es mostrar que las profecías del Antiguo Testamento tuvieron su cumplimiento en Jesús; que todos los detalles de Su vida fueron vislumbrados por los profetas, y así obligar a los judíos a reconocer que Jesús era el Mesías.

A *Mateo* le interesaban principalmente los judíos. La conversión de los judíos era lo que más anhelaba el corazón del escritor. Cuando la mujer siriofenicia busca Su ayuda, la primera respuesta de Jesús es: «Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (15:24). Cuando Jesús envía a los Doce al trabajo de evangelización, Sus instrucciones son: «Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (10:5s). Sin embargo no se ha de pensar que este evangelio excluye a los gentiles. Muchos vendrán de Oriente y Occidente a asentarse en el Reino de Dios (8:11). El Evangelio se ha de predicar a todo el mundo (24:14); y es *Mateo* el que nos da la gran comisión de la Iglesia: «Id y haced mis discípulos a todos los pueblos» (28:19). Está claro que el interés primario de *Mateo* son los judíos, pero prevé el día en que todas las naciones se incorporarán.

El judaísmo de *Mateo* también se ve en su actitud para con la Ley. Jesús no vino para destruirla, sino para cumplirla. Ni la parte más insignificante de ella debe omitirse. No hay que enseñar a nadie a quebrantar la Ley. La integridad de los cristianos debe exceder a la de los escribas y fariseos (5:17-20). *Mateo* lo escribió uno que conocía y amaba la Ley, y que veía que aún la Ley tiene su lugar en la economía cristiana.

Una vez más encontramos una aparente paradoja en la actitud de *Mateo* hacia los escribas y fariseos. Se les reconoce una autoridad especial: «En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo» (23:2). Pero al mismo tiempo es el evangelio que más sería y constantemente los condena.

El mismo principio nos encontramos en la salvaje denuncia de ellos que hace Juan el Bautista llamándolos raza de víboras (3:7-12). Objetaban a que Jesús comiera con publicanos y pecadores (9:11). Atribuía el poder de Jesús, no a Dios, sino al príncipe de los demonios (12:24). Conspiraban para eliminarle (12:14). Jesús advierte a sus discípulos contra la levadura de los escribas y fariseos, su mala enseñanza (16:12). Son como malas hierbas condenadas a ser desarraigadas (15:13). Son incapaces de leer las señales de los tiempos (16:3). Son los asesinos de los profetas (21:41). No hay capítulo en todo el Nuevo Testamento que contenga una condenación más violenta que *Mateo 23*, que no es una condenación de lo que enseñaban los escribas y los fariseos, sino de cómo eran. Jesús los condena porque no estaban a la altura de sus propias enseñanzas y sí muy por debajo de cómo deberían ser.

Hay algunos otros intereses especiales en *Mateo*. *Mateo muestra un interés especial en la Iglesia*. De hecho, es el único de los Evangelios Sinópticos que usa la palabra iglesia. Sólo *Mateo* introduce el pasaje acerca de la Iglesia después de la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo (*Mateo 16:13-23*; cp. *Marcos 8:27-33*; *Lucas 9:18-22*). Sólo *Mateo* dice que hay que zanjar las diferencias en la iglesia (18-17). Para cuando *Mateo* se escribió la Iglesia ya se había convertido en una gran organización e institución; y, por supuesto, era el factor dominante de la vida cristiana.

Mateo especialmente tiene un fuerte interés apocalíptico. Es decir, que *Mateo* tiene un fuerte interés especialmente en todo lo que Jesús dijo acerca de Su Segunda Venida, el fin del mundo y el Juicio Final. *Mateo 24* nos da un relato más completo que ninguno de los otros evangelios del discurso apocalíptico de Jesús. *Mateo* es el único que tiene las parábolas de los Talentos (25:14-30); las Vírgenes prudentes e insensatas, y las Ovejas y los Cabritos (25:31-46). *Mateo* tiene un interés especial en las últimas cosas y en el Juicio Final.

Pero hasta ahora no habíamos llegado a la más importante de todas las características de *Mateo*. *Es, por encima de todo, el evangelio de la enseñanza*.

Ya hemos visto que el apóstol Mateo fue el que hizo la primera colección y el primer manual de las enseñanzas de Jesús. Mateo era un gran sistematizador. Tenía costumbre de agrupar en un lugar todo lo que sabía de la enseñanza de Jesús sobre cualquier asunto. El resultado es que en *Mateo* encontramos cinco grandes bloques en los que se reúne y sistematiza la enseñanza de Jesús. Todas estas secciones se refieren al Reino de Dios. Son las siguientes:

- (a) El Sermón del Monte, o La Ley del Reino (5-7).
- (b) Las Obligaciones de los Mensajeros del Reino (10).

- (c) Las Parábolas del Reino (13).
- (d) La Grandeza y el Perdón en el Reino (18).
- (e) La Venida del Rey (24-25).

Mateo hace mucho más que reunir y sistematizar. Hay que recordar que Mateo estaba escribiendo mucho antes de que se descubriera la imprenta, cuando los libros escaseaban y eran muy caros, porque tenían que escribirse a mano. En aquellos tiempos, comparativamente pocas personas podían poseer un libro; y, por tanto, si querían conocer y usar la enseñanza y la historia de Jesús, tenían que llevarlas en la memoria.

Mateo, por tanto, siempre organiza las cosas de manera que le sea más fácil al lector memorizarlas. Coloca las cosas en grupos de tres en tres o de siete en siete. Hay tres mensajes de Dios a José; tres negaciones de Pedro; tres preguntas de Pilato; siete parábolas del Reino en el capítulo 13; siete ayes a los escribas y fariseos en el capítulo 23.

La genealogía de Jesús con la que empieza el evangelio es un buen ejemplo de esto. Tiene por objeto demostrar que Jesús es el Hijo de David. En hebreo no había signos numéricos; cuando hacía falta indicarlos se usaban las letras del alfabeto. En hebreo no se escriben las vocales. Por ejemplo, las letras de David son DWD; si estas letras se toman como números, suman 14; y la genealogía consta de tres grupos de nombres en cada uno de los cuales hay catorce. Mateo hace todo lo posible para colocar las enseñanzas de Jesús de tal manera que se puedan asimilar y recordar.

Todos los maestros tienen una deuda de gratitud con Mateo, por que Mateo escribió lo que es por encima de todo el evangelio del maestro.

Mateo tiene una última característica final. *La idea dominante de Mateo es la de Jesús como Rey*. Escribe para demostrar la realeza de Jesús.

En el mismo principio, la genealogía está para demostrar que Jesús es el Hijo de David (1:1-17). El título Hijo de David se usa con más frecuencia en *Mateo* que en ningún otro evangelio (15:22; 21:9; 21:15). Los Magos vinieron buscando al que había nacido Rey de los judíos (2:2). La Entrada Triunfal es una presentación deliberadamente dramática de Jesús como Rey (21:1-11). Ante Pilato, Jesús acepta el título de Rey (27:11). Hasta en la Cruz, el título que figura sobre Su cabeza es el de Rey, aunque fuera en burla (27:37). En el Sermón del Monte *Mateo* nos muestra a Jesús citando la Ley, y cinco veces abrogándola con un regío: «más yo os digo...» (5:21, 27, 34, 38, 43). Su proclamación final es: «Toda autoridad me ha sido dada» (28:18).

La descripción de Jesús que encontramos en *Mateo* es la de un Hombre nacido para ser Rey. Jesús recorre sus páginas revestido de la púrpura y el oro de la realeza.

EL LINAJE DEL REY

Mateo 1:1-17

Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos. Judá engendró a Tamar a Fares y a Zara, Fares a Esrom, y Esrom a Aram. Aram engendró a Aminadab, Aminadab a Naasón, y Naasón a Salmón. Salmón engendró de Rahab a Booz, Booz engendró de Rut a Obed, y Obed a Isaí. Isaí engendró al rey David.

El rey David engendró de la que fue mujer de Urías a Salomón. Salomón engendró a Roboam, Roboam a Abías, y Abías a Asa. Asa engendró a Josafat, Josafat a Joram, y Joram a Uzías. Uzías engendró a Jotam, Jotam a Acaz, y Acaz a Ezequías. Ezequías engendró a Manasés, Manasés a Amón, y Amón a Josías. Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en el tiempo de la deportación a Babilonia.

Después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, y Salatiel a Zorobabel. Zorobabel engendró a Abiud, Abiud a Eliaquim, y Eliaquim a Azor. Azor engendró a Sadoc, Sadoc a Aquim y Aquim a Eliud. Eliud engendró a Eleazar, Eleazar a Matán, Matán a Jacob. Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo.

De manera que todas las generaciones de Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce.

Al lector moderno le parecerá que Mateo escogió una manera muy extraña de empezar su evangelio, y le alucinará tener que vadear una larga lista de nombres propios justamente al principio de todo. Pero, para un judío, esto era lo más natural y lo más interesante; y, desde luego, la manera más esencial de empezar la historia de la vida de cualquier persona.

Los judíos tenían un interés tremendo en las genealogías. Mateo llama a esta parte *el libro de la generación (biblos guenéseôs)* de Jesucristo. Esa era una frase corriente entre los judíos; y quería decir la partida del linaje de una persona, con unas pocas frases explicativas donde fueran necesarias. En el Antiguo Testamento nos encontramos frecuentemente con listas de *generaciones* de personas famosas (*Génesis 5:1; 10:1; 11:10; 11:27*). Cuando Josefo, el gran historiador judío, escribió su propia autobiografía, empezó por su propio pedigrí que, nos dice, encontró en los registros públicos.

La razón de este interés en los pedigrís era que los judíos daban la mayor importancia a la pureza de linaje. Si hubiera en alguna persona la más ligera mezcla de sangre extranjera, perdería su derecho de ciudadanía como judío y como miembro del pueblo de Dios. Un sacerdote, por ejemplo, estaba obligado a presentar el certificado ininterrumpido de su pedigrí remontándose hasta Aarón; y, si se casaba, su mujer tenía que presentar su pedigrí por lo menos de las últimas cinco generaciones. Cuando Esdras estaba reorganizando el culto de Dios, después que el pueblo volvió del exilio, y estaba instalando el sacerdocio en su ministerio, los hijos de Habaía, los de Cos y los de Barzilai fueron excluidos del sacerdocio y considerados contaminados porque «buscaron su registro genealógico pero no lo hallaron» (*Esdas 2:62*).

Estos registros genealógicos los guardaba el sanedrín. A Herodes el Grande siempre le despreciaron los purasangres judíos porque era medio edomita; y podemos advertir la importancia que el mismo Herodes concedía a estas genealogías por el hecho de que hizo destruir todos los registros oficiales para que nadie pudiera demos-

trar un pedigrí más puro que el suyo. Este puede que nos parezca un pasaje sin ninguna importancia, pero para un judío contiene un asunto de la máxima importancia: el que la genealogía de Jesús se pudiera trazar hasta Abraham.

Además ha de notarse que esta genealogía está dispuesta con sumo cuidado. Comprende tres grupos de catorce nombres cada uno. Es, de hecho, lo que técnicamente llamaríamos mnemotécnica; es decir, algo que se coloca de manera que se pueda memorizar fácilmente. Debemos recordar siempre que los evangelios se escribieron siglos antes de que existiera tal cosa como libros impresos. Muy pocas personas serían capaces de poseer ejemplares de ellos; así que, si querían poseerlos, los tenían que memorizar. Esta genealogía, por tanto, está organizada de tal manera que sea fácil de memorizar. Su finalidad es demostrar que Jesús fue el Hijo de David, y está dispuesta para que resulte fácil conservarla en la memoria.

LAS TRES ETAPAS

Mateo 1:1-17 (continuación)

Hay algo representativo en la manera como está organizada esta genealogía: hay en ella tres secciones, que corresponden a las tres grandes etapas de la historia de Israel.

La primera sección incluye la historia hasta David. David fue el hombre que fraguó a Israel como nación, e hizo de los judíos un poder en el mundo. La primera sección sigue la historia hasta el surgimiento del más grande rey de Israel.

La segunda sección continúa la historia hasta la cautividad de Babilonia. Es la sección que nos cuenta la vergüenza, y la tragedia, y el desastre de la nación.

La tercera sección continúa la historia hasta Jesucristo. Jesucristo fue la Persona Que liberó a la humanidad de la esclavitud, Que la rescató del desastre, y en Quien la tragedia se transformó en triunfo.

Estas tres secciones representan tres etapas de la historia espiritual de la humanidad.

(i) *El hombre fue creado para la grandeza.* «Y creó Dios al hombre a Su imagen, a imagen de Dios lo creó» (*Génesis 1:27*). Dios dijo «Hagamos al hombre a Nuestra imagen, conforme a Nuestra semejanza» (*Génesis 1:26*). Adán —el primer hombre y la raza humana— fue creado a imagen de Dios. El sueño de Dios para el hombre era un sueño de grandeza. El hombre estaba diseñado para la comunión con Dios. Fue creado para nada menos que vivir en intimidad con Dios. Como lo veía el pensador latino Cicerón: «La única diferencia entre el hombre y Dios es en cuanto al tiempo». Adán nació esencialmente para ser rey.

(ii) *El hombre perdió su grandeza.* En vez de ser siervo de Dios, se convirtió en esclavo del pecado. Como dijo G. K. Chesterton: «Entre otras cosas tal vez, lo que es seguro es que el hombre no es lo que se supuso que fuera.» Usó su libre albedrío para desafiar y desobedecer a Dios más bien que para entrar en una relación de amistad y comunión con Él. Culpablemente frustró el designio y el plan de Dios en Su creación.

(iii) *El hombre puede recuperar su grandeza.* Aun entonces, Dios no abandonó al hombre a su destino frustrado, Dios no permitió que el hombre fuera destruido por su propia necedad. No dejó que la

historia acabara en tragedia. A este mundo Dios mandó a Su Hijo Jesucristo para que rescatara al hombre de la cienaga del pecado en que se había perdido; y le liberara de las cadenas del pecado en las que él mismo se había aherrojado, para que por medio de Él el hombre pudiera recuperar la comunión con Dios que había perdido.

En su genealogía Mateo nos muestra la realeza original; la tragedia de la libertad perdida; la gloria de la libertad restaurada. Y esa, por la misericordia de Dios, es la historia de la humanidad y de cada persona humana.

REALIZACIÓN DE LOS SUEÑOS HUMANOS

Mateo 1:1-17 (continuación)

Este pasaje hace hincapié en dos cosas especiales acerca de Jesús: (i) Subraya el hecho de que era el Hijo de David. Era, desde luego y principalmente, para demostrar este hecho para lo que se compuso la genealogía. El Nuevo Testamento lo subraya una y otra vez.

Pedro lo afirmó en el primer sermón cristiano del que tenemos referencia, el del día de Pentecostés (*Hechos 2:29-36*). Pablo dice que Jesucristo fue descendiente de David según la carne (*Romanos 1:3*). El autor de las epístolas pastorales nos exhorta a recordar que Jesucristo, descendiente de David, resucitó de entre los muertos (*2 Timoteo 2:8*). El autor del *Apocalipsis* oye decir al Cristo resucitado: «Yo soy la raíz y el linaje de David» (*Apocalipsis 22:16*).

Repetidamente se Le llama así a Jesús en la historia evangélica. Después de la curación del hombre ciego y mudo, la gente exclamó: «¿Será Éste aquel Hijo de David?» (*Mateo 12:23*). La mujer de Tiro y Sidón que le pedía a Jesús que ayudara a su hija le llamó «Hijo de David» (*Mateo 15:22*). Los dos ciegos que clamaron a Jesús cuando pasaba Le llamaron «Señor, Hijo de David» (*Mateo 20:30s*). Fue como Hijo de David como las multitudes Le saludaron y aclamaron cuando entró en Jerusalén por última vez (*Mateo 21:9, 15*). Aquí hay algo sumamente significativo. Está claro que fue la multitud, la gente corriente, la que llamaba a Jesús Hijo de David. Los judíos eran un pueblo a la expectativa. Nunca olvidaban, y nunca podían olvidar, que eran el pueblo escogido de Dios. Aunque su historia era una larga serie de desastres, aunque entonces eran un pueblo sometido, nunca olvidaron su destino. Y era el sueño de la gente del pueblo que algún día vendría a este mundo un descendiente de David que los conduciría a la gloria que ellos creían que les pertenecía por derecho.

Es decir: Jesús es la respuesta a los sueños humanos. Es verdad que muchas veces no se ve así. Se ve la respuesta a los sueños en el poder, en la riqueza, en la abundancia material, y en la realización de las ambiciones que se han acariciado. Pero si han de cumplirse los sueños de paz y amor, de grandeza y satisfacción, solamente podrá ser en Jesucristo.

Jesucristo y la vida que ofrece son la respuesta a los sueños humanos. En la vieja historia de José hay un texto que sobrepasa la historia misma. Cuando José estaba en la cárcel, el copero y el panadero principales del Faraón estaban presos con él. Tuvieron cada uno un sueño que los dejó turbados y les hizo clamar en confusión: «Hemos tenido sueños, pero no hay nadie que nos los interprete» (*Génesis 40:8*). Porque el hombre es hombre, porque es una criatura de la eternidad, el hombre está siempre alucinado por su sueño; y la única manera de que pueda realizarse está en Jesucristo.

(ii) Este pasaje también hace hincapié en que Jesús es el cumplimiento de la profecía. En Él se hace realidad el mensaje de los profetas. En nuestro tiempo tomamos bastante a la ligera la profecía. No tenemos interés la mayor parte de nosotros en buscar los dichos del Antiguo Testamento que se cumplen en el Nuevo. Pero es verdad que la profecía contiene esta gran verdad eterna: Que en este universo hay un propósito y un diseño, y que Dios quiere y se propone que sucedan ciertas cosas.

J. H. Withers cita un dicho de la obra de Gerald Healy *El extranjero negro*. La escena tiene lugar en Irlanda, en los terribles días de hambre de mediados del siglo diecinueve. Por falta de nada mejor que hacer, y por carecer de ninguna otra solución, el gobierno había enviado hombres que hicieran carreteras sin ningún sentido y que no conducían a ninguna parte. Michael lo descubre y vuelve a casa un día diciéndole a su padre con angustiada sorpresa: «Están haciendo carreteras que no van a ninguna parte».

Si creemos en la profecía, eso es lo que no podemos decir nunca. La Historia no puede nunca ser una carretera que no lleva a ninguna parte. Puede que no usemos la profecía de la misma manera que nuestros padres; pero, tras el hecho de la profecía descansa el eterno hecho de que la vida y el mundo no siguen un camino que no lleva a ninguna parte, sino el camino cuya meta es Dios.

NO JUSTOS, SINO PECADORES

Mateo 1:1-17 (conclusión)

Con mucho lo más maravilloso de este pedigrí son los nombres de mujeres que aparecen en él.

No es normal que encontremos nombres de mujeres en las genealogías judías. La mujer no tenía derechos legales; se la consideraba no como una persona, sino como una cosa. No era más que una posesión de su padre o de su marido, quienes podían hacer con ella lo que quisieran. En la fórmula tradicional de oración matutina, el judío le da gracias a Dios por no haberle hecho ni un gentil, ni un esclavo, ni una mujer. La misma existencia de estos nombres en cualquier pedigrí es ya un fenómeno de lo más sorprendente y extraordinario.

Pero cuando nos fijamos en quiénes eran estas mujeres y en lo que hicieron, la cosa se vuelve todavía más alucinante. Rajab —o como se la llama en el Antiguo Testamento, Rahab—, era una prostituta de Jericó (*Josué 2:1-7*). Rut no era judía, sino moabita (*Rut 1:4*), y es que no establecía la ley misma que: «No entrará el amonita ni el moabita en la congregación del Señor, ni siquiera en su décima generación; no entrarán nunca en la congregación del Señor?» (*Deuteronomio 23:3*)? Rut pertenecía a un pueblo ajeno y aborrecido. Tamar fue una seductora y adúltera (*Génesis 38*). Betsabé, la madre de Salomón era la mujer de Urías a la que David sedujo con una crueldad imperdonable (*2 Samuel 11 y 12*). Si Mateo hubiera escarbado las páginas del Antiguo Testamento buscando candidatas improbables no podría haber descubierto cuatro antepasadas de Jesucristo más increíbles. Pero sin duda hay algo encantador en esto. Aquí, justamente al principio, Mateo nos da una muestra del Evangelio de Dios en Jesucristo, porque nos muestra las barreras que se vienen abajo.

(i) *Desaparece la barrera entre judío y gentil*. Rahab, la mujer de Jericó, y Rut, la mujer de Moab, hallan su sitio en el pedigrí de Jesucristo. Ya está aquí la gran verdad de que en Cristo no hay judío ni griego. Aquí, en el mismo principio, encontramos el universalismo del Evangelio y del amor de Dios.

(ii) *Desaparece la barrera entre varón y mujer*. En ningún pedigrí ordinario se encontraría el nombre de ninguna mujer; pero sí en el de Jesús. El viejo desprecio ha desaparecido; y varones y mujeres se encuentran en el mismo nivel en el amor de Dios y son igualmente importantes en Sus propósitos.

(iii) *Desaparece la barrera entre santo y pecador*. Dios se las arregla para usar para Su propósito a los que han sido grandes pecadores. «Yo he venido —dijo Jesús—, no para llamar a los justos, sino a los pecadores» (*Mateo 9:13*).

Aquí, al principio mismo del evangelio, se nos da un adelanto de la amplitud del amor de Dios que lo abarca todo. Dios puede encontrar servidores entre aquellos que los respetables ortodoxos evitarían con horror.

LA LLEGADA DEL SALVADOR AL MUNDO

Mateo 1:18-25

El nacimiento de Jesucristo tuvo lugar de la siguiente manera.

María, Su Madre, era la prometida de José; y, antes que llegasen a ser marido y mujer, se supo que ella estaba embarazada por obra del Espíritu Santo.

Aunque José, su marido, era cumplidor de la Ley, no quiso humillarla públicamente; decidió divorciarse de ella en secreto. Y cuando estaba haciendo los preparativos, fíjase: un ángel del Señor se le apareció en sueños, y le dijo:

—José, hijo de David: no dudes en tomar por mujer a María; porque lo de su embarazo procede del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él es el Que salvará a Su pueblo de sus pecados. Todo esto ha sucedido para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta: «He aquí que la muchacha concebirá y dará a luz un Hijo, y le llamarás de nombre Emanuel, que significa “Dios está con nosotros”».

Así es que, cuando José se despertó del sueño, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor: tomó a María por mujer, y no la conoció hasta después de que ella dio a luz a un niño; y él Le puso por nombre Jesús.

Para nuestra manera occidental de pensar, las relaciones que salen en este pasaje son muy extrañas. En primer lugar, se nos dice que María estaba *desposada* (Reina-Valera, revisiones anteriores a la del 95) con José; luego hemos traducido que él estaba haciendo los preparativos para divorciarse de ella en secreto; y luego se la llama su

mujer o esposa. Pero la relación entre ambos representa el procedimiento judío normal, en el que había tres pasos.

(i) Estaba el *compromiso*. Este se hacía a menudo cuando la pareja no eran más que niños. Lo hacían corrientemente los padres, o por medio de un casamentero profesional. Y se hacía a menudo sin que los que formaban la pareja se hubieran visto nunca. El matrimonio se consideraba que era un paso demasiado serio para dejarlo a los dictados del corazón humano.

(ii) Estaba el *desposorio*. Este era lo que podríamos llamar la ratificación del compromiso que ya había contraído la pareja. Hasta ese momento, el compromiso que se había establecido por medio de los padres o del casamentero, se podía romper si una de las dos partes no quería continuar con él. Pero una vez que se llegaba al desposorio era absolutamente vinculante. Duraba un año. Durante ese año la pareja se consideraban marido y mujer, aunque todavía no tenían esa relación. El desposorio no se podía dar por concluido de ninguna manera más que por el divorcio. En la ley judía nos encontramos frecuentemente lo que nos parece una frase curiosa. Una chica cuyo prometido había muerto durante el año de los desposorios se llamaba «una virgen que es viuda». En esta etapa se encontraban José y María. Estaban desposados; y si José quería acabar el desposorio no lo podía hacer más que con el divorcio; y ese año de desposorio a María se la conocía legalmente como su esposa.

(iii) La tercera etapa era el *matrimonio propiamente dicho*, que tenía lugar al final del año de desposorio.

Si tenemos presentes las costumbres matrimoniales normales de los judíos, entonces la relación que se indica en este pasaje está perfectamente clara.

Así que en esta etapa se le dijo a José que María iba a tener un Niño, que había sido concebido por obra del Espíritu Santo, y que él, José, debería ponerle por nombre Jesús. *Jesús* es la forma griega del nombre hebreo *Josué*, que quiere decir *Jehová es salvación*. Hacía mucho tiempo, el salmista había oído decir a Dios: «Él redimirá a Israel de todos sus pecados» (*Salmos 130:8*). Y a José se le dijo que el Niño que nacería llegaría a ser el Que salvara al pueblo de Dios de sus pecados. Jesús fue, aún más que el Hombre nacido para ser Rey, el Hombre nacido para ser Salvador. Vino a este mundo no por Su propia cuenta, sino por la de los hombres y su salvación.

NACIDO DEL ESPÍRITU SANTO

Mateo 1:18-25 (continuación)

Este pasaje nos dice que Jesús nació por la acción del Espíritu Santo. Nos habla de lo que llamamos el Nacimiento Virginal. De momento lo único que nos concierne es descubrir lo que quiere decir para nosotros.

Si miramos este pasaje con naturalidad y lo leemos como si fuera la primera vez encontramos que lo que subraya no es tanto que Jesús naciera de una mujer virgen como que el nacimiento de Jesús fue la obra del Espíritu Santo. «Se supo que María estaba embarazada del Espíritu Santo.» «Lo que ella ha concebido es del Espíritu Santo.» Es como si estas frases estuvieran subrayadas o impresas en tipo grande. Eso es lo que Mateo quiere decirnos en este pasaje. Entonces, ¿qué quiere decir que en el nacimiento de Jesús el Espíritu Santo de Dios estuvo especialmente operativo? Dejemos las cuestiones dudosas o debatibles y concentrémonos en esa gran verdad, como Mateo quería que hiciéramos.

En el pensamiento judío el Espíritu Santo tenía ciertas funciones muy definidas. No podemos traer a este pasaje la idea *cristiana* del Espíritu Santo en toda su plenitud, porque José no sabría nada de eso. Debemos interpretarlo a la luz de la idea *judía* del Espíritu Santo, porque esa sería la interpretación que José le daría inevitablemente a este pasaje, porque era la única que conocía.

(i) Según la idea judía, *el Espíritu Santo era la Persona Que traía a los hombres la verdad de Dios*. Era el Espíritu Santo el Que enseñaba a los profetas lo que habían de decir; era el Espíritu Santo el Que enseñaba a los hombres lo que debían hacer; era el Espíritu Santo Quien a lo largo de edades y generaciones traía la verdad de Dios a la humanidad. Así que Jesús es la única Persona que trae la verdad de Dios a la humanidad.

Para decirlo de otra manera: Jesús es la única Persona que nos puede decir cómo es Dios y lo que Dios quiere que seamos. Solamente en Él podemos ver cómo es Dios y cómo debemos ser nosotros. Antes de que Jesús viniera, la humanidad no tenía más que unas ideas vagas e imprecisas, y a menudo erróneas, acerca de Dios; lo único que podía ser suponer y andar a tientas; pero Jesús pudo decir: «El que Me ha visto ha visto al Padre» (*Juan 14:9*). En Jesús vemos

el amor, la compasión, la misericordia, el corazón buscador, la pureza de Dios, como no los podemos ver en ningún otro lugar del mundo. Con la venida de Jesús, el tiempo de las suposiciones ha terminado, y ha llegado el de las certezas. Antes de que Jesús viniera no sabíamos realmente lo que era la bondad. Solamente en Jesús podemos ver lo que son la verdadera humanidad, la verdadera bondad, la verdadera obediencia a la voluntad de Dios. Jesús vino al mundo a decirnos la verdad acerca de Dios y acerca de nosotros mismos.

(ii) Los judíos creían que el Espíritu Santo no solo traía la verdad de Dios a los hombres, sino también *capacitaba a los hombres para reconocer esa verdad cuando la vieran*. Así es que Jesús nos abre los ojos a la verdad. Los hombres son cegados por su propia ignorancia; son descarriados por sus propios prejuicios; tienen la mente y los ojos oscurecidos por su propio pecado y por sus pasiones. Jesús puede abrir nuestros ojos para que podamos ver la verdad.

En una de las novelas de William J. Locke hay una descripción de una mujer que tenía más dinero del que podía contar, y que había pasado la mitad de su vida visitando los museos de pintura del mundo. Estaba cansada y aburrida. Entonces conoció a un francés que tenía muy poco de las cosas de este mundo, pero que tenía un conocimiento amplio y un amor profundo por la belleza. Fue con ella, y en su compañía las cosas aparecieron totalmente diferentes. «Yo nunca supe cómo eran las cosas —le dijo ella— hasta que tú me enseñaste a mirarlas.»

La vida se convierte en algo totalmente diferente cuando Jesús nos enseña a mirar las cosas. Cuando Jesús viene a nuestro corazón, nos abre los ojos para que veamos las cosas tal como son de veras.

CREACIÓN Y RE-CREACIÓN

Mateo 1:18-25 (conclusión)

(iii) Especialmente, los judíos *conectaban al Espíritu de Dios con la obra de la creación*. Fue por medio de Su Espíritu como Dios realizó Su obra creadora. En el principio, el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas y el caos llegó a ser un mundo (*Génesis 1:2*). «Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos —dijo el salmista—; y todo el ejército de ellos por el aliento de Su boca» (*Salmos 33:6*). (Tanto en hebreo, *rûaj*, como en griego, *pneuma*, la palabra para aliento y espíritu es la misma). «Envías Tu Espíritu, son creados y renuevas la faz de la tierra» (*Salmos 104:30*). «El Espíritu de Dios me hizo —decía Job— y el soplo del Omnipotente me dio vida» (*Job 33:4*).

El Espíritu es el Creador del mundo y el Dador de la vida. Así que en Jesús vino al mundo el poder vivificador y creador de Dios. Ese poder, que convirtió en orden el caos primigenio, ha venido a traer orden a nuestra desordenada vida. Ese poder, que alentó vida donde antes no la había, ha venido a alentar vida en nuestra debilidad y frustración. Podríamos decir realmente que no estamos vivos de veras hasta que Jesús entra en nuestras vidas.

(iv) Los judíos conectaban al Espíritu especialmente, no solo con la obra de la creación, sino también *con la obra de la re-creación*. Ezequiel traza un cuadro sombrío del valle de los huesos secos. Pasa luego a contar cómo los huesos secos volvieron a la vida; y entonces oye decir a Dios: «Yo hago entrar espíritu en vosotros y viviréis» (*Ezequiel 37:1-14*). Los rabinos tenían un dicho: «Dios dijo a Israel: “En este mundo Mi Espíritu ha puesto sabiduría en vosotros, pero en el futuro Mi Espíritu os hará vivir de nuevo”». Cuando los hombres están muertos en pecado y en letargo, es el Espíritu de Dios el Que puede despertarlos a una vida nueva.

Así pues, en Jesús vino a este mundo el poder que puede re-crear la vida. Puede traer otra vez a la vida al alma que está muerta en pecado; puede reavivar otra vez los ideales que han muerto; puede hacer fuerte otra vez la voluntad de la bondad que ha perecido. Puede renovar la vida, cuando las personas han perdido todo lo que la vida representa.

Hay mucho más en este capítulo que el hecho escueto de que Jesucristo nació de una madre virgen. La esencia de la historia de Mateo es que, en el nacimiento de Jesús, el Espíritu de Dios estuvo operativo como nunca antes en este mundo. Es el Espíritu el Que trae a la humanidad la verdad de Dios; el Que capacita a las personas a reconocer esa verdad cuando la ven; el Que fue el Agente de Dios en la creación del mundo; el Único Que puede re-crear el alma humana que ha perdido la vida que debería tener.

Jesús nos capacita para ver cómo es Dios y cómo debemos ser nosotros; nos abre los ojos de la mente para que podamos ver la verdad de Dios para nosotros; es el poder creador venido entre los hombres; es el poder re-creador que puede liberar las almas humanas de la muerte del pecado.

EL LUGAR DEL NACIMIENTO DEL REY

Mateo 2:1-2

Cuando nació Jesús en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes, sucedió que llegaron a Jerusalén unos sabios del Oriente. Y preguntaron: —¿Dónde está el recién nacido Rey de los judíos? Porque hemos visto aparecer Su estrella, y venimos a rendirle homenaje.

Fue en Belén donde nació Jesús. Belén era un pueblecito a unos ocho kilómetros al Sur de Jerusalén. Antiguamente se había llamado Efrat o Efratá. El nombre completo en hebreo es *Betléjem*, que quiere decir *casa de pan*, y Belén estaba situado en una región fértil, lo que justificaba su nombre. Estaba ubicado sobre unas montañas de caliza gris a más de ochocientos metros sobre el nivel del mar. Tenía una cima a cada lado y un hondón como una silla de montar entre las dos. Así que, por su posición, Belén parecía un pueblo asentado en un anfiteatro de colinas.

Belén tenía una larga historia. Fue allí donde Jacob enterró a Raquel y erigió un pilar en su memoria junto a la tumba (*Génesis 48:7; 35:20*). Fue allí donde vivió Rut después de casarse con Booz (*Rut 1:22*), y desde Belén Rut podía ver la tierra de Moab, su antigua patria, al otro lado del valle del Jordán. Pero, sobre todo, Belén fue el hogar y la ciudad de David (*1 Samuel 16:1; 17:12; 20:6*); y era del agua del pozo de Belén de lo que David tenía tanta nostalgia cuando era un fugitivo perseguido por las colinas, lo que motivó una preciosa escena de lealtad y de piedad (*2 Samuel 23:14s*).

En tiempos posteriores leemos que Jeroboam fortificó el pueblo de Belén (*2 Crónicas 11:6*). Pero, en la historia de Israel y en las mentes del pueblo, Belén era supremamente la ciudad de David. Era de la dinastía de David de la que Dios haría venir al gran Libertador de Su pueblo. Como dijo el profeta Miqueas: «Pero tú, Belén Efratá, tan pequeña entre las familias de Judá, de ti ha de salir el que será Señor en Israel; Sus orígenes se remontan al inicio de los tiempos, a los días de la eternidad» (*Miqueas 5:2*).

Era en Belén, la ciudad de David, donde los judíos esperaban que naciera el mayor Hijo del gran David; era de allí de donde esperaban que viniera al mundo el Ungido de Dios. Y así fue.

La imagen del establo y del pesebre como el lugar del nacimiento de Jesús está grabada indeleblemente en nuestras mentes; pero puede que no sea totalmente correcta. Justino Mártir, uno de los más grandes de los primeros padres, que vivió hacia 150 d.C. y que procedía del distrito cercano a Belén, nos dice que Jesús nació en una cueva cerca de la aldea (Justino Mártir, *Diálogo con Trifón 78, 304*); y es probable que la información de Justino fuera correcta. Las casas de Belén están construidas en la ladera de la montaña de piedra caliza; y era muy corriente en aquel entonces el tener establos en forma de cuevas en la roca vaciada por debajo de las casas mismas; y muy probablemente fue en un tipo de cueva-establo así donde nació Jesús.

Hasta este día se enseña en Belén una cueva así como el lugar del nacimiento de Jesús, sobre la que se ha construido la Iglesia de la Natividad. Hace mucho tiempo que se enseña esta cueva como el lugar del nacimiento de Jesús. Ya era así en los días del emperador romano Adriano; porque éste, en un deliberado intento de profanar el lugar, erigió un altar al dios pagano Adonis sobre él. Cuando el imperio romano se hizo cristiano, a principios del siglo IV, Constantino, el primer emperador cristiano, construyó allí una gran iglesia que es la que todavía puede verse, considerablemente reformada y restaurada posteriormente.

H. V. Morton nos cuenta su visita a la Iglesia de la Natividad de Belén. Llegó a una gran muralla en la que había una puerta tan baja que uno se tenía que encorvar para entrar; y al otro lado de la puerta, y al otro lado de la muralla, estaba la iglesia. Por debajo del altar mayor de la iglesia está la cueva, y cuando el peregrino desciende a ella se encuentra con una pequeña caverna de unos trece metros de largo por cuatro de ancho, alumbrada por lámparas de plata. En el suelo hay una estrella y alrededor de ella una inscripción latina: «Aquí nació Jesucristo de la Virgen María».

Cuando el Señor de la Gloria vino a esta Tierra nació en una cueva en la que se guardaban los animales. La cueva de la Iglesia de la Natividad de Belén puede que sea la misma, o que no. Eso nunca lo sabremos de seguro. Pero hay algo hermoso en el simbolismo de la iglesia en la que la puerta es tan baja que uno tiene que inclinarse para entrar. Es supremamente apropiado el que todos nos acerquemos al Niño Jesús de rodillas.

EL HOMENAJE DEL ORIENTE

Mateo 2:1-2 (conclusión)

Cuando Jesús nació en Belén vinieron a rendirle homenaje unos sabios de Oriente. El nombre que se les da en el original es *magoi*, una palabra que es difícil de traducir. Heródoto (1: 101, 132) tiene cierta información acerca de los Magoi. Dice que eran en su origen una tribu de Media. Los medos eran parte del imperio de Persia. Trataron de desplazar a los persas sustituyendo su poder por el de los medos. El intento fracasó. Desde entonces, los Magoi dejaron de tener ninguna ambición de poder o de prestigio, y se convirtieron en una tribu de sacerdotes. Llegaron a ser en Persia algo parecido a lo que eran los levitas en Israel. Se convirtieron en los maestros e instructores de los reyes persas. En Persia no se podía ofrecer ningún sacrificio a menos que estuviera presente uno de los Magoi. Llegaron a ser hombres de santidad y sabiduría.

Estos magos eran hombres versados en filosofía, medicina y ciencias naturales. Eran profetas e intérpretes de sueños. En tiempos posteriores la palabra *magos* adquirió un significado mucho más bajo, y llegó a querer decir poco más que adivino, brujo o charlatán. Tal era Elimas el mago (*Hechos 13:6-8*), y Simón, conocido corrientemente como Simón Mago (*Hechos 8:9,11*). Pero en su mejor época los Magoi eran hombres buenos y santos, que buscaban la verdad.

En aquellos días de la antigüedad, todo el mundo creía en la astrología. Creían que se podía predecir el futuro por las estrellas, y creían que el destino de una persona quedaba decidido por las estrellas bajo las que nacía. No es difícil de comprender cómo surgió esa creencia. Las estrellas siguen cursos invariables; representan el orden del universo. Y entonces, si repentinamente aparecía alguna estrella brillante, si el orden invariable de los cielos se quebrantaba por algún fenómeno especial, parecía como si Dios estuviera interviniendo en Su propio orden, y anunciando algo muy especial.

No sabemos cuál fue la brillante estrella que vieron aquellos antiguos Magoi. Se han hecho muchas sugerencias. Hacia el año 11 a.C., el cometa Halley estuvo visible cruzando brillantemente los cielos. Hacia el año 7 a.C. hubo una brillante conjunción de Saturno y Júpiter. En los años 5 a 2 a.C. hubo un fenómeno astronómico inusual. En esos años, el primer día del mes egipcio, Mesori, Sirio, la estrella perro, salió helicoidalmente, es decir, al amanecer, mostrando un brillo extraordinario. Ahora bien, el nombre *Mesori* quiere decir *el nacimiento de un príncipe*, y para aquellos antiguos astrólogos tal estrella querría decir indudablemente el nacimiento de algún gran rey. No podemos decir cual fue la estrella que vieron los Magoi; pero su profesión consistía en observar los cielos, y algún brillo celestial les anunció la entrada de un gran Rey en el mundo.

Puede que nos parezca extraordinario el que aquellos hombres iniciaran un viaje desde Oriente para encontrar a un rey; pero lo extraño es que, precisamente en el tiempo en que nació Jesús, hubo en el mundo un sentimiento extraño de expectación de la venida de un rey. Hasta los historiadores romanos lo sabían. No mucho tiempo después, Suetonio podía escribir: «se había extendido por todo el Oriente una vieja creencia establecida de que estaba programado para aquel tiempo que vinieran hombres de Judea a regir el mundo» (Suetonio: *Vida de Vespasiano 4: 5*). Tácito nos habla de la misma creencia de que «había una firme convicción... de que por este mismo tiempo el Oriente habría de tener mucho poder, y gobernantes que vinieran de Judea adquirirían un imperio universal» (Tácito: *Historias, 5: 13*). Los judíos tenían la creencia de que «hacia ese tiempo uno de su país se convertiría en el gobernador de todo el mundo habitado» (Josefo: *Guerras de los judíos, 6: 5, 4*). En un tiempo ligeramente posterior encontramos a Tirídates, rey de Armenia, visitando a Nerón en Roma acompañado con sus Magui (Suetonio: *Vida de Nerón 13: 1*). Encontramos a los Magui en Atenas sacrificando en memoria de Platón (Séneca: *Epístolas, 58: 31*). Casi por el mismo tiempo en que nació Jesús encontramos al emperador Augusto aclamado como el Salvador del Mundo; y Virgilio, el poeta latino, escribe en su Cuarta égloga, que se conoce como la Égloga Mesíasica, acerca de los dorados días por venir.

No tenemos ni la más mínima necesidad de pensar que la historia de la llegada de los Magoi a la cuna de Cristo sea simplemente una preciosa leyenda. Es exactamente la clase de cosa que podía suceder fácilmente en aquel mundo antiguo. Cuando vino Jesucristo, el mundo estaba en una ansiedad de expectación. La humanidad estaba esperando a Dios, y el deseo de Dios estaba en sus corazones. Habían descubierto que no podían construir la edad de oro sin Dios. Fue a un mundo en expectativa al que vino Jesús; y, cuando vino, los fines de la Tierra se reunieron a Su cuna. Fue la primera señal y símbolo de la conquista universal de Cristo.

EL REY ASTUTO

Mateo 2:3-9

Cuando el rey Herodes se enteró de la noticia, se quedó muy preocupado, y lo mismo toda Jerusalén. Así es que convocó a todos los principales sacerdotes y a los escribas del pueblo, y les preguntó dónde había de nacer el Ungido de Dios. Y ellos le dijeron:

—En Belén de Judea, porque así está escrito en los profetas: «Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos el menor entre los jefes de Judá; porque de ti saldrá un Pastor que apacentará a Mi pueblo Israel».

Entonces Herodes citó en secreto a los sabios y los interrogó astutamente acerca de cuándo había aparecido la estrella. Luego los envió a Belén, diciéndoles:

—Id vosotros allá; y haced todo lo posible por descubrir lo que sea de ese Niño. Y cuando Le encontréis, hacédmelo saber, para que yo también vaya a adorarle.

Después de esta entrevista con el rey, los sabios siguieron su camino.

Llegó a los oídos de Herodes la noticia de que habían llegado de Oriente unos sabios, y que estaban buscando a un Niño que había nacido para ser el Rey de los judíos. Cualquiera rey se habría preocupado de la noticia de que había nacido un niño que iba a ocupar su trono. Pero Herodes se preocupó por partida doble.

Herodes era medio judío y medio edomita. Tenía sangre edomita en las venas. Se había hecho útil a los romanos en las guerras y en los levantamientos de Palestina, y confiaban en él. Le habían nombrado gobernador en el año 47 a.C.; el 40 a.C. había recibido el título de rey; y su reinado se prolongó hasta el 4 a.C. Había ejercido el poder mucho tiempo. Se le llamaba Herodes el Grande, y en muchos sentidos merecía ese título. Fue el único gobernador de Palestina que consiguió mantener la paz e imponer el orden. Fue un gran constructor; fue el que construyó el templo de Jerusalén. Sabía ser generoso. En los tiempos difíciles reducía los impuestos para hacerle las cosas más fáciles al pueblo; y en el hambre del año 25 a.C. llegó hasta fundir su propia vajilla de oro para comprar trigo para el pueblo hambriento.

Pero había un fallo terrible en el carácter de Herodes. Era suspicaz hasta casi la locura. Siempre había sido suspicaz; y cuanto más viejo se hacía, también se hacía más suspicaz hasta que, en su vejez, era, como dijo alguien, «un viejo asesino». Si sospechaba que alguien pudiera ser su rival en el poder, eliminaba a esa persona a toda prisa. Asesinó a su esposa Mariamne y a su madre Alejandra. Su hijo mayor, Antípater, y otros dos de sus hijos, Alejandro y Aristóbulo, también fueron asesinados por orden suya. Augusto, el emperador romano, había dicho amargamente que estaba más a salvo un cerdo de Herodes que un hijo de Herodes. (Este dicho resulta todavía más epigramático en griego, porque *hus* es la palabra para *cerdo*, y *hyiós* es la palabra para *hijo*). Algo de la naturaleza salvaje, amargada y retorcida de Herodes se puede ver en los preparativos que hizo cuando veía cerca la muerte. Cuando tenía setenta años, sabía que se iba a morir. Se retiró a Jericó, la más encantadora de todas sus ciudades. Ordenó que se hiciera una recolección de los ciudadanos más distinguidos de Jerusalén, que los arrestaran con acusaciones amañadas y los metieran en la cárcel. Y dio orden de que en el momento en que él muriera, los mataran a todos. Dijo sarcásticamente que se daba cuenta de que nadie lloraría su muerte, y estaba decidido a que se derramaran lágrimas cuando él muriera.

Está claro lo que un hombre así sentiría cuando le llegó la noticia de que había nacido un Niño que estaba destinado a ser Rey. Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él porque Jerusalén sabía muy bien los pasos que daría Herodes para comprobar esa noticia y eliminar a ese chico. Jerusalén conocía a Herodes y temblaba esperando su inevitable reacción. Herodes convocó a los principales sacerdotes y los escribas. Los escribas eran los expertos en las Escrituras y en la Ley. Los principales sacerdotes formaban un grupo que consistía en dos clases de personas. Por una parte, los ex-sumo-sacerdotes. El sumo-sacerdote estaba confinado a muy pocas familias. Eran la aristocracia sacerdotal, y los miembros de estas familias selectas se llamaban los principales sacerdotes. Así que Herodes convocó a la aristocracia religiosa y a los principales teólogos de su tiempo, y les preguntó dónde, según las Escrituras, había de nacer el Ungido de Dios. Ellos le citaron el texto de *Miqueas* 5:2. Herodes mandó buscar a los sabios, y los envió por delante para que hicieran una investigación diligente acerca del Niño que había nacido. Dijo que él igualmente quería ir y adorar al Niño; pero su único deseo era matarle.

Tan pronto como nació Jesús mismo a los hombres agrupándose en los tres partidos que aparecerán siempre en relación con Jesucristo. Consideremos sus tres reacciones.

(i) Tenemos la reacción de Herodes, *la reacción del odio y la hostilidad*. Herodes tenía miedo de que este Niño pudiera interferir en su vida, su posición, su poder, su influencia; y por tanto, su primer instinto fue destruirle.

Todavía hay personas que destruirían de buena gana a Jesucristo, porque ven en Él al Que interfiere en sus vidas. Quieren hacer lo que les plazca, y Cristo no les dejará; así que querrían matarle. La persona cuyo único deseo es hacer lo que le venga en gana no necesita para nada a Jesucristo. El cristiano es el que ha dejado de hacer lo que quiere para dedicar su vida a hacer lo que Cristo quiere.

(ii) Tenemos la reacción de los principales sacerdotes y los escribas, *la reacción de una indiferencia total*. No les importaba lo más mínimo. Estaban tan inmersos en el ritual de su templo y en sus discusiones legales que pasaban completamente de Jesús. No les decía nada.

Todavía hay personas que están tan interesadas en sus propios asuntos que Jesucristo no les dice nada. Todavía se puede hacer la entrañable pregunta del profeta: «¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino?» (*Lamentaciones* 1:12).

(iii) Tenemos la reacción de los sabios, *la reacción de piadoso servicio*, el deseo de poner a los pies de Jesucristo los dones más nobles que pudieran aportar.

Sin duda, cuando uno se da cuenta del amor de Dios en Jesucristo, también se pierde como ellos en admiración, alabanza y adoración.

REGALOS PARA CRISTO

Mateo 2:9-12

Y fijos: la estrella que habían visto en ascendente los siguió guiando hasta que llegó a encontrarse por encima del lugar donde estaba el Niño.

Cuando volvieron a ver la estrella se pusieron jubilosos de alegría. Y cuando entraron en la casa vieron al Niño con Su madre María, y cayeron de rodillas y Le adoraron. Luego abrieron sus tesoros y Le ofrecieron de regalo oro, incienso y mirra.

Y, comoquiera que recibieran un mensaje de Dios en sueños advirtiéndoles que no volvieron a Herodes, se volvieron a su propia tierra por otro camino.

Así que los sabios encontraron la manera de llegar a Belén. No tenemos que pensar necesariamente que la estrella se moviera como un guía por los cielos. Esto es poesía, y no debemos convertirla en prosa cruda y sin vida. Pero la estrella estaba brillando sobre Belén. Hay una leyenda preciosa que nos dice que la estrella, una vez cumplida su misión de guía, se cayó en el pozo de Belén, y que está todavía allí, y todavía la pueden ver a veces los limpios de corazón.

Leyendas posteriores se han ocupado afanosamente de los sabios. Al principio, la tradición oriental decía que habían sido doce; pero ahora, la tradición de que fueron tres es casi universal. El N.T. no dice cuántos fueron, pero la idea de que fueron tres surgió sin duda de los tres regalos que trajeron. Leyendas posteriores los hicieron reyes. Y una leyenda aún más posterior les puso nombres: Gaspar, Melchor y Baltasar. Todavía más tarde se asignó a cada uno una descripción personal, y se especificó el regalo que aportó cada uno a Jesús. Melchor era anciano, de pelo blanco y con una barba larga, y fue él el que trajo el regalo del oro. Gaspar era joven y lampiño y claro de rostro, y fue el que contribuyó el incienso. Baltasar era negro, con una barba nueva, y fue el que trajo el don de la mirra. Desde tiempos muy primitivos se ha visto lo apropiados que fueron los regalos que trajeron los sabios. Se ha visto en cada uno de ellos algo que armonizaba especialmente con alguna característica de Jesús y de Su obra.

(i) *El oro es el regalo para un rey*. Séneca nos dice que en Partia había la costumbre de que nadie se pudiera acercar al rey sin un regalo. Y el oro, el rey de los metales, era regalo apropiado para el Rey de los hombres.

Así que Jesús fue «el Hombre nacido para ser Rey». Pero había de reinar, no por la fuerza, sino por el amor; no desde un trono, sino desde una Cruz.

Haremos bien en recordar que Jesucristo es Rey. No podemos nunca encontrarnos con Él en igualdad de términos. Siempre debemos acercarnos a Él con una sumisión total. Nelson, el gran almirante, siempre trataba a sus enemigos vencidos con la mayor amabilidad y cortesía. Después de una de sus victorias navales, el almirante derrotado fue traído a bordo del buque bandera de Nelson y a su alcázar. Conociendo la reputación de cortesía que tenía Nelson, y pensando aprovecharse de ella, avanzó por el alcázar con la mano extendida, como para saludar a un igual. Nelson mantuvo la mano en el costado. «Primero vuestra espada —dijo—, y luego vuestra mano.» Antes de tratar a Cristo como amigos debemos someternos a Él.

(ii) *El incienso es el regalo para un sacerdote.* Era en el culto del templo y en sus sacrificios donde se usaba el dulce aroma del incienso. La función de un sacerdote es abrirles a los hombres el camino hacia Dios. La palabra latina para *sacerdote* es *pontifex*, que quiere decir *el que hace de puente*. Ésta es la misión y el privilegio del sacerdote: servir de puente entre Dios y los hombres.

Eso es Jesús. Abrió el camino a Dios; nos hizo posible llegar a la misma presencia de Dios.

(iii) *La mirra es el regalo para uno que va a morir.* La mirra se usaba para embalsamar los cuerpos de los muertos.

Jesús vino al mundo para morir. Holman Hunt tiene un famoso cuadro de Jesús. Nos muestra a Jesús a la puerta del taller de carpintero de Nazaret. Todavía no es más que un muchacho, y ha salido a la puerta para estirar Sus miembros que se Le han quedado agarrados con el trabajo. Está de pie en el umbral con los brazos extendidos, y detrás de Él, en la pared el sol poniente proyecta su sombra, y es la sombra de una cruz. Al fondo está María, y al ver esa sombra se refleja en sus ojos el temor de la tragedia inminente.

Jesús vino al mundo a vivir por los hombres y a morir por los hombres. Vino a dar por los hombres tanto Su vida como Su muerte.

El oro para un rey, el incienso para un sacerdote, la mirra para uno que había de morir—estos fueron los regalos de los sabios que, aun a los pies de la cuna de Cristo, predecían que había de ser el verdadero Rey, el perfecto Sumo Sacerdote y, por último, el supremo Salvador de los hombres.

LA HUIDA A EGIPTO

Mateo 2:13-15

Después de marcharse los sabios, mirad: un ángel del Señor se le apareció a José en sueños, y le dijo:

—Levántate, toma al Niño y a Su Madre y huye con ellos a Egipto y quedate allí hasta que yo te diga; porque Herodes está a punto de ponerse a buscar al Niño para quitarle la vida.

Así es que José se levantó, y tomó al Niño con Su Madre de noche y se marchó a Egipto, y se quedó allí hasta la muerte de Herodes. Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que Dios había dicho por medio del profeta: «He llamado a Mi Hijo para que saliera de Egipto».

El mundo antiguo no ponía en duda que Dios mandara Sus mensajes a los hombres en sueños. Así es que José fue advertido en un sueño para que huyera a Egipto para escapar de las intenciones asesinas de Herodes. La huida a Egipto era totalmente natural. A menudo, a lo largo de los siglos turbulentos que precedieron a la venida de Jesús, cuando algún peligro o alguna tiranía o alguna persecución les hacían la vida insostenible a los judíos, buscaban refugio en Egipto. El resultado fue que en todas las ciudades de Egipto había una colonia de judíos; y en la ciudad de Alejandría había de hecho más de un millón de judíos, y algunos de sus distritos estaban ocupados exclusivamente por ellos. José, en su hora de peligro, hizo lo que muchos judíos habían hecho antes; y cuando José y María llegaron a Egipto, no se encontrarían totalmente entre extranjeros, porque en todos los pueblos y ciudades encontrarían a judíos que se habían refugiado allí.

Es un hecho interesante que en días posteriores los enemigos del Cristianismo y los enemigos de Jesús solían atribuir a Su estancia en Egipto el origen de muchas cosas de las que Le calumniaban. Egipto era proverbialmente la tierra de la brujería y de la magia. El *Talmud* dice: «Diez medidas de brujería descendieron al mundo; Egipto recibió nueve, y el resto del mundo la otra». Así que los enemigos de Jesús pretendían que había sido en Egipto donde Jesús había aprendido la magia y la brujería que Le permitieron hacer milagros y engañar a la gente.

Cuando el filósofo pagano Celso dirigió su ataque contra el Cristianismo en el siglo III, ataque que arrojó y derrotó Orígenes, dijo que Jesús se había criado como un hijo ilegítimo, que alquiló sus servicios en Egipto, que adquirió el conocimiento de ciertos poderes milagrosos, y volvió a su propio país para usarlos proclamándose Dios (Orígenes: *Contra Celso* 1:38). Un cierto rabino, Eliezer ben Hyrcanus, dijo que Jesús tenía todas las fórmulas mágicas necesarias tatuadas en el cuerpo para no olvidarlas. Tales eran las calumnias que mentes retorcidas conectaban con la huida a Egipto; pero son obviamente absurdas, porque Jesús llegó a Egipto cuando era un bebé y era un chico pequeño cuando volvió.

Dos de las más preciosas leyendas relacionadas con el Nuevo Testamento están conectadas con la huida a Egipto. La primera es acerca del ladrón penitente, al que llama Dimas, y nos cuenta la historia como sigue. Cuando José y María iban con el Niño hacia Egipto, fue-

ron asaltados por unos ladrones. Uno de sus jefes quería matarlos inmediatamente para robar su reducido equipaje. Pero algo acerca del Niño Jesús penetró en el corazón de Dimas, que era uno de aquellos ladrones. Él impidió que se les hiciera ningún daño a Jesús y a Sus padres. Miró a Jesús y Le dijo: «¡Oh, el más bendito de los niños! Si alguna vez llega el momento de tener misericordia de mí, acuérdate de mí y no olvides esta hora». Y la leyenda dice que Jesús y Dimas se encontraron otra vez en el Calvario, y Dimas encontró en la cruz el perdón y la misericordia para su alma y la seguridad de la Salvación.

Una variante de esta leyenda es aún mejor conocida en España, porque se encuentra en el «Libro dels Tres Reis d'Orient», una joyita de los orígenes de la literatura española. Cuenta esta variante que, cuando iba huyendo de Belén a Egipto la Sagrada Familia, fue apresada por dos bandoleros; el uno era cruel, y quería matar al Niño Jesús; y el otro, compasivo, que Le salvó la vida e invitó a la Sagrada Familia a pasar la noche en su cueva. La mujer de este «buen ladrón» le cuenta a María que tiene un hijito recién nacido que está leproso. María le baña en la misma agua en la que ha bañado a Jesús, y el niño queda sano y limpio. Pasado el tiempo, en el Calvario, el hijo del ladrón alevoso muere a la izquierda de Jesús, y el del compasivo a la derecha, y este fue el que pasó al santoral de la Iglesia Católica sencillamente como «el buen ladrón», aunque diversas tradiciones le llaman Dimas, Dismas o Dimsas.

La otra leyenda es una historia de niños, pero muy encantadora. Cuando José y María y Jesús iban de camino a Egipto, cuenta la historia, a la caída de la tarde estaban cansados, y se refugiaron en una cueva. Hacía mucho frío, tanto que el suelo estaba blanco de escarcha. Una arañuela vio al bebé Jesús y quiso hacer algo para que estuviera calentito aquella fría noche. Lo único que sabía hacer era tejer telas de araña; así es que eso fue lo que hizo: urdió su tela a través de la entrada de la cueva para hacer, como si dijéramos, una cortina.

Por el sendero llegaba un destacamento de soldados buscando niños para matarlos en cumplimiento a la sangrienta orden de Herodes. Cuando llegaron a la cueva estuvieron a punto de entrar violentamente; pero su capitán notó la tela de araña, cubierta de escarcha, que cerraba la entrada de la cueva. «Fijaos—dijo— en esa tela de araña. Está intacta y no puede haber nadie en la cueva, porque cualquiera que hubiera entrado la habría roto.»

Así que los soldados pasaron, y dejaron a la Sagrada Familia en paz, gracias a que una arañuela había tejido su red en la entrada de la cueva. Y esa, por así decirlo, es la razón de que hasta este día pongamos hilillos luminosos de plata en nuestros árboles de Navidad, que representan la tela de la araña, blanca de escarcha, que se extendía de un lado a otro de la entrada de la cueva de la huida a Egipto. Es una historia preciosa; y por lo menos contiene una gran verdad: Que no hay don que Jesús reciba que se olvide nunca.

Las últimas palabras de este pasaje nos introducen en una costumbre que es característica de Mateo. El vio en la huida a Egipto el cumplimiento del dicho de Oseas. Lo cita en esta forma: «He llamado a mi hijo para que saliera de Egipto». Es una cita de *Oseas 11:1*, que dice: «Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a Mi hijo».

Está claro que, en su forma original, este dicho de Oseas no tenía nada que ver con Jesús ni con la huida a Egipto. No era más que una simple afirmación de la manera como Dios había librado a la nación de Israel de la esclavitud y de la opresión en tierra de Egipto.

Veremos una y otra vez que esto es típico del uso que hace Mateo del Antiguo Testamento. Esta dispuesto a usar como una profecía acerca de Jesús cualquier texto que pueda encajar verbalmente, aunque originalmente no tuviera nada que ver con el tema en cuestión, ni nunca se supusiera que tuviera nada que ver con ello. Mateo sabía que casi la única manera de convencer a los judíos de que Jesús era el prometido Ungido de Dios era demostrar que en Él se cumplieron las profecías del A.T. Y en su ansiedad por llevarlo a cabo encuentra profecías en el Antiguo Testamento que nunca se pretendió que lo fueran. Cuando leemos un pasaje como este debemos recordar que, aunque nos parece extraño e inconclusivo, llamaría la atención de aquellos para quienes Mateo estaba escribiendo.

LA MATANZA DE LOS NIÑOS

Mateo 2:16-18

Cuando Herodes vio que los sabios le habían burlado, mandó matar a todos los niños de Belén y sus alrededores. Mandó matar a todos los niños de dos años para abajo, calculándolo por el tiempo que había investigado de los sabios. Entonces se cumplió lo que se había dicho por medio del

profeta Jeremías: «Se oyó una voz en Ramá, llanto y grandes lamentaciones; era Raquel llorando a sus hijos inconsolablemente, porque no le quedaba ninguno».

Ya hemos visto que Herodes era un genio en el arte del asesinato. No había hecho más que subir al trono y ya empezó aniquilando el sanedrín, el tribunal supremo de los judíos. Más tarde hizo una matanza improvisada de trescientos oficiales de la corte. Después mató a su mujer Mariamne, a la madre de ésta, Alejandra, a su propio primogénito Antípater, a otros dos hijos suyos, Alejandro y Aristóbulo. Y a la hora de su muerte hizo los preparativos para la matanza de muchos nobles de Jerusalén.

No se podía esperar que Herodes aceptara tranquilamente la noticia de que había nacido un Niño que llegaría a ser Rey. Ya hemos leído cómo inquirió cuidadosamente de los sabios cuándo habían visto la estrella. Aun entonces, estaba deduciendo astutamente la edad del niño para dar los pasos para eliminarle, y en este punto puso sus planes en acción rápida y salvajemente. Dio la orden de que todos los niños de dos años para abajo de Belén y sus alrededores fueran asesinados.

Hay dos cosas que debemos notar. Belén no era un pueblo grande, y el número de los niños no pasaría de los veinte o treinta. No debemos pensar en términos de centenares. Es verdad que esto no hace el crimen de Herodes nada menos terrible, pero debemos hacernos una idea clara.

En segundo lugar, hay algunos críticos que mantienen que esta matanza no puede haber tenido lugar, porque no se menciona en ningún otro lugar fuera de este único pasaje del Nuevo Testamento. El historiador judío Josefo, por ejemplo, no lo menciona. Hay dos cosas que se deben decir. La primera, como acabamos de ver, es que Belén era un lugar relativamente pequeño, y estaba en una zona en la que el asesinato era tan corriente que la matanza de veinte o treinta bebés no causaría gran conmoción, y querría decir muy poco salvo para las afligidas madres de Belén. En segundo lugar, Carr hace notar que Macaulay, en su historia, indica que el famoso autor de diarios Evelyn, que fue de lo más asiduo y voluminoso reportero de acontecimientos contemporáneos, nunca menciona la matanza escocesa de Glencoe. El hecho de que algo no se cite, ni siquiera allí donde uno esperaría que se mencionara, no es prueba concluyente de que no sucediera. Todo este incidente es tan típico de Herodes que no tenemos por qué dudar de que Mateo nos transmitió la verdad.

Aquí tenemos una terrible ilustración acerca de lo que hacen algunos para librarse de Jesucristo. Si una persona está empeñada en seguir los dictados de su propia voluntad, y ve en Cristo a Alguien que es probable que le cierre el camino de su ambición y se oponga a sus métodos, su deseo será eliminar a Cristo; y luego se lanzará a las cosas más terribles, porque si no llega a destrozar los cuerpos de la gente, es seguro que destrozará su corazón.

De nuevo vemos la manera característica que tiene Mateo de usar el Antiguo Testamento. Cita *Jeremías 31:15*: «Así ha dicho el Señor: "Voz fue oída en Ramá, llanto y lloro amargo: Es Raquel que llora a sus hijos, y no quiso ser consolada acerca de sus hijos, porque perecieron"».

El versículo de Jeremías no tiene ninguna relación con la matanza de los niños que hizo Herodes. La escena de Jeremías es lo siguiente. Jeremías retrataba al pueblo de Israel llevado en cautiverio. En su triste caminar hacia una tierra ajena pasaron Ramá, que era donde estaba enterrada Raquel (*1 Samuel 10:2*); y Jeremías retrata a Raquel llorando, aun en su tumba, por la suerte que ha sobrevenido al pueblo.

Mateo está haciendo lo que hace a menudo. En su ansiedad, encuentra una profecía donde no la había. Pero, de nuevo, debemos recordar que lo que a nosotros nos parece extraño no se lo parecería a aquellos para los que Mateo estaba escribiendo entonces.

LA VUELTA A NAZARET

Mateo 2:19-23

Cuando murió Herodes, fijaos: el ángel del Señor se le apareció en sueños a José en Egipto y le dijo:

— Levántate, toma al Niño y a Su Madre y vete al país de Israel; porque los que intentaban acabar con Su vida ya han muerto.

Así que se levantó y tomó al Niño y a Su Madre y volvió al país de Israel. Y cuando se enteró de que Arquelao había quedado como rey de Judea después de la muerte de su padre Herodes, tuvo temor de ir allí. Así pues, después de recibir un mensaje del Señor en sueños, se retiró a la región de Galilea, y fue, y se instaló en un pueblo llamado Nazaret. Esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio de los profetas: «Se le llamará el Nazareno».

A su debido tiempo Herodes murió, y entonces todo el reino que había regido se dividió. Los romanos habían confiado en Herodes, y le habían permitido reinar sobre un territorio muy considerable; pero Herodes sabía muy bien que a ninguno de sus hijos se le permitiría detentar un poder semejante. Así que hizo dividir su reino en tres, y en su testamento dejó una parte a cada uno de sus tres hijos: Judea, a Arquelao; Galilea, a Herodes Antipas, y la región lejana al Nordeste y al otro lado del Jordán, a Felipe.

Pero la muerte de Herodes no resolvió el problema. Arquelao fue un mal rey, y no había de durar mucho en el trono. De hecho, había empezado su reinado tratando de ser más Herodes que Herodes, porque inició su gobierno con la matanza deliberada de tres mil de los más influyentes del país. Está claro, pues, que, aun cuando Herodes ya había muerto, todavía era inseguro volver a Judea cuando estaba en el trono el salvaje y despiadado Arquelao. Así es que José fue guiado a ir a Galilea donde reinaba Herodes Antipas, que era mucho mejor rey.

Fue en Nazaret donde José se afincó, y fue allí también donde se crió Jesús. No se debe pensar que Nazaret fuera un lugarejo insignificante que no tuviera contacto con la vida y con los acontecimientos.

Nazaret estaba situado en una vaguada en medio de las colinas al sur de Galilea. Pero un chico no tenía más que escalar las colinas para tener a la vista medio mundo. Podía mirar hacia el Oeste, y sus ojos se encontrarían con las aguas del Mediterráneo, azul en la distancia; y vería los navíos que salían hacia los fines de la Tierra. Sólo tenía que mirar a la llanura que se deslizaba hacia la costa, y vería, serpeando alrededor del pie de la misma colina en la que se encontraba, la carretera de Damasco a Egipto, el puente terrestre con África. Era una de las rutas de caravanas más importantes del mundo.

Era la carretera por la que, siglos atrás había ido José a Egipto vendido como un esclavo. Era la carretera que había seguido Alejandro Magno con sus legiones trescientos años antes. Era la carretera por la que siglos después había de marchar Napoleón. Era la carretera que había de tomar Allenby en el siglo XX. Algunas veces se la llamaba el Camino del Sur, y algunas veces la Carretera del Mar. En ella vería Jesús toda clase de viajeros de toda clase de naciones en toda clase de misiones, yendo y viniendo de los términos de la Tierra.

Pero había otra carretera. Se separaba de la costa en Acre o Tolemaida y se dirigía hacia el Este. Era la Carretera del Este. Conducía al extremo y a la frontera orientales del imperio romano. De nuevo la cabalgata de las caravanas con sus sedas y especias pasaría continuamente por allí; y también las legiones romanas en marcha hacia las fronteras.

Está claro que Nazaret no era ningún rincón. Jesús se crió en un pueblo al pie de cuyas colinas pasaban los términos de la Tierra. Desde los días de Su niñez debe de haber visto escenas que le hablaban de un mundo para Dios.

Ya hemos visto que Mateo enlaza todos los acontecimientos del principio de la vida de Jesús con un pasaje del Antiguo Testamento que considera que lo profetiza. Aquí cita Mateo una profecía: «Será llamado Nazareno»; y aquí nos plantea Mateo un problema insoluble, porque no hay tal texto en el Antiguo Testamento. De hecho, ni siquiera se menciona a Nazaret en el Antiguo Testamento. Nadie ha resuelto satisfactoriamente el problema de la parte del Antiguo Testamento que Mateo tenía en mente.

Los antiguos escritores eran muy aficionados a los retruécacos y juegos de palabras. Se ha sugerido que Mateo está jugando con las palabras de *Isaías 11:1*: «Saldrá una vara del tronco de Isaf; un vástago retoñará de sus raíces». La palabra para *vástago* es *nétser*, la Rama prometida del tronco de Jesé, el Descendiente de David, el prometido Ungido Rey de Dios; y *nétser* se parece a *nótsrí, nazareno*. No se puede asegurar nada. Seguirá siendo un misterio la profecía que Mateo tenía en mente.

Así que ahora ya está montada la escena; Mateo ha traído a Jesús a Nazaret, y en un sentido muy real Nazaret era la puerta del mundo entero.

LOS AÑOS DE ENTREMEDIAS

Antes de pasar al tercer capítulo del evangelio de Mateo hay algo que haremos bien en tener en cuenta. El capítulo segundo del evangelio cierra con Jesús como un chico; el tercer capítulo del evangelio se abre con Jesús como un hombre de treinta años (cp. *Lucas 3:23*). Es decir, que entre los dos capítulos hay treinta años de silencio. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Qué sucedió en esos años de silencio? Jesús vino al mundo para ser el Salvador del mundo, y pasó treinta años sin salir de los límites de Galilea excepto para ir a Jerusalén para la Pascua. Murió cuando tenía treinta y tres años, y de ellos pasó treinta,

de los que no sabemos casi nada, en Nazaret. Para decirlo de otra manera, diez onceavas partes de la vida de Jesús transcurrieron en Nazaret. ¿Qué pasaba entonces?

(i) Jesús fue creciendo y haciéndose un joven, y luego un hombre, en un buen hogar; y no puede haber mejor principio que ese para una vida. J. S. Blackie, el famoso profesor de Edimburgo, dijo una vez en público: «Quiero dar gracias a Dios por la buena casta, por así decirlo, que heredé de mis padres para el negocio de la vida». George Herbert dijo una vez: «Una buena madre vale como cien maestras». Así pasaban los años para Jesús, silenciosamente modelándole en el círculo de un buen hogar.

(ii) Jesús estaba cumpliendo los deberes que corresponden al hijo mayor. Parece muy probable que José muriera antes de que toda la familia fuera mayor de edad. Puede que ya fuera mucho mayor que María cuando se casaron. En la historia de la fiesta de bodas de Caná de Galilea no se menciona a José, aunque María sí estaba allí; y es natural suponer que José habría muerto.

Así es que Jesús pasó a ser el artesano del pueblo de Nazaret para mantener a Su Madre y a Sus hermanos menores. Todo un mundo Le estaba esperando y llamando, y, sin embargo, antes de acudir, tuvo que cumplir con Su obligación para con Su familia y hogar. Cuando murió la madre de Sir James Barrie, éste pudo escribir: «Puedo mirar atrás, y no puedo descubrir la menor cosa que dejara sin hacer». Ahí se encuentra la felicidad. Es gracias a los que aceptan los deberes más sencillos con fidelidad y sin refunfunar como se va edificando el mundo.

Uno de los grandes ejemplos de esto fue el gran médico Sir James Y. Simpson, el descubridor del cloroformo. Venía de un hogar pobre. Un día, su madre le puso en sus rodillas y empezó a zurrirle los calcetines. Cuando terminó, miró su minucioso trabajo, y le dijo: «Mi Jamie, acuérdate cuando tu madre se haya ido de que era una gran zurcidora». Jamie (el diminutivo de James) era «el chaval listo», «la cajita de sesos», y su familia lo sabía. Tenían sus sueños para él. Su hermano Sandy decía: «Ya me figuraba yo que sería famoso algún día». Y así, sin envidia y con generosidad, sus hermanos trabajaban en el taller a sus tareas para que el chaval pudiera ir a la universidad y tener una oportunidad. No habría habido un Sir James Simpson si no hubiera sido por gente humilde y generosa dispuesta a hacer cosas sencillas y negarse a sí mismos para que el chico listo tuviera una oportunidad.

Jesús es el gran ejemplo del Que aceptó los sencillos deberes de una familia.

(iii) Jesús estaba aprendiendo lo que es ser un obrero. Estaba aprendiendo lo que costaba ganarse la vida, ahorrar para comida y ropa, y puede que a veces algún extra; tratar con el cliente crítico y difícil de complacer, y con el moroso. Si Jesús había de ayudar a los hombres, tenía que empezar por saber cómo era la vida de la gente. No vino a una vida protegida y almohadillada, sino a la que cualquier hombre tenía que vivir. Tenía que hacerlo para llegar a comprender la vida de la gente normal y corriente.

Hay una historia famosa de María Antonieta, la reina de Francia, en los días cuando se estaba fraguando la Revolución Francesa por todo el país antes de estallar. La gente se moría de hambre; el gentío se amotinaba. La reina preguntó la causa de todo el jaleo, y se le dijo: «No tienen pan». «¡Pues que coman bollos!» —contestó. La idea de una vida sin abundancia no le entraba en la cabeza.

Jesús trabajó en Nazaret todos esos años de silencio a fin de poder conocer por propia experiencia cómo es nuestra vida; y para, comprendiéndolo, poder ayudarnos.

(iv) Jesús estaba cumpliendo fielmente en el trabajo menos importante antes de que se Le confiara el más importante. El gran hecho es que, si Jesús hubiera fallado en los deberes menores, la tarea impresionante de ser el Salvador del mundo no se Le habría podido confiar a Él. Fue fiel en lo poco para encargarse de lo mucho. No debemos olvidar nunca que en los deberes cotidianos de la vida hacemos o deshacemos un destino, y ganamos o perdemos una corona.

SURGIMIENTO DE JUAN EL BAUTISTA

Mateo 3:1-6

Por aquel tiempo apareció en escena Juan el Bautista, predicando en el desierto de Judea:

—¡Arrepentíos, que el Reino del Cielo está cerca!

Fue de este hombre del que hablaba el profeta Isaías cuando dijo: «La voz de uno de clama en el desierto: "¡Preparad el camino por donde ha de venir el Señor, y enderezad las sendas por donde ha de viajar!"».

El mismo Juan llevaba una ropa hecha de pelo de camello, con un cinturón de cuero en la cintura; y su comida consistía en langostas y miel

silvestre. Entonces la gente de Jerusalén y Judea y todos los distritos de alrededor del Jordán salía a su encuentro, y él los bautizaba en el río Jordán mientras ellos confesaban sus pecados.

El surgimiento de Juan fue como el repentino resonar de la voz de Dios. En aquel tiempo los judíos habían aceptado tristemente el hecho de que la voz profética ya no se dejaba oír. Decían que hacía cuatrocientos años que no había profetas. Como ellos mismos decían, «no se escuchaba la voz, y no había nadie que respondiera». Pero en Juan volvió a resonar la voz. Ahora debemos preguntarnos cuáles eran las características de Juan y de su mensaje.

(i) Denunciaba intrépidamente el mal cuando y dondequiera que lo encontraba. Si era el mismo rey Herodes el que pecaba contrayendo un matrimonio malvado e ilegal, Juan le reprendía. Si los escribas y los fariseos, los líderes del judaísmo ortodoxo, los jefes de la iglesia de aquellos tiempos, estaban inmersos en un formalismo ritualista, Juan no dudaba en declararlo. Si la gente corriente vivía volviéndole las espaldas a Dios, Juan se lo decía.

Siempre que Juan veía el mal —en el estado, en la iglesia, en la sociedad—, lo denunciaba. Era como una luz que iluminaba los lugares tenebrosos; era como el viento de Dios que barría todo el país. Se decía de un famoso periodista que era grande, pero que nunca cumplió plenamente la obra que hubiera podido llevar a cabo, que «no se indignaba lo suficiente». Hay siempre un lugar en el mensaje cristiano y para la denuncia. «La verdad —decía Diógenes— es como la luz para los ojos irritados.» «El que no ofende nunca a nadie —decía— nunca le hace ningún bien a nadie.»

Puede que haya habido tiempos en los que la Iglesia ha tenido demasiado cuidado de no ofender; pero hay situaciones en las que ya ha pasado la hora de la cortés suavidad, y ha llegado la de la re-rensión terminante.

(ii) Convocaba urgentemente a la gente a la justicia. El mensaje de Juan no era una mera denuncia negativa; era una positiva presentación de las exigencias morales de Dios. No solo denunciaba el mal que se hacía; también emplazaba al bien que se debía hacer. No solo condenaba a los hombres por cómo eran; también los desafiaba a ser como podían ser. Era como una voz que convocaba a cosas más elevadas. No solo reprendía el mal, sino también presentaba el bien.

Puede que haya habido tiempos en los que la Iglesia estaba demasiado ocupada en decirle a la gente lo que no tenía que hacer, y demasiado poco en presentarle la cima del ideal cristiano.

(iii) Juan venía de Dios. Procedía del desierto. Llegó hasta los hombres después de años de solitaria preparación con Dios. Como decía Alexander Maclaren, «fue como si Juan saltara a la palestra plenamente desarrollado y armado». Y traía, no algunas opiniones personales suyas, sino un mensaje de Dios. Antes de hablar a los hombres había estado largo tiempo en comunión con Dios.

El predicador, el maestro de voz profética, deben siempre venir a presentarse ante los hombres de la presencia de Dios.

(iv) Juan señalaba más allá de sí mismo. Era no solamente una luz que iluminaba el mal, una voz que reprendía el pecado; era también un indicador hacia Dios. No era a sí mismo al que quería que miraran, sino quería prepararlos para que reconocieran al Que había de venir.

Los judíos creían que Elías volvería antes de que llegara el Mesías, y que sería el heraldo del Rey en Su venida. «Yo os envío al profeta Elías antes que llegue el día grande y terrible del Señor» (*Malaquías 4:5*). Juan llevaba una ropa de pelo de camello, sujeta con un cinturón de cuero a la cintura. Esa era la descripción de cómo había ido vestido Elías (*2 Reyes 1:8*).

Mateo le conecta con una profecía de Isaías (40:3). En los tiempos antiguos en Oriente, las carreteras eran muy malas. Había un proverbio oriental que decía: «Hay tres situaciones miserables: la enfermedad, el hambre y el viajar». Antes de ponerse en camino para un largo viaje, se aconsejaba: «Pagar las deudas, proveer para la familia, hacer regalos de despedida, devolver todos los depósitos y hacer acopio de dinero y de buen humor para el viaje; y, por último, decir adiós a todos». Las carreteras ordinarias no eran más que senderos. No estaban en absoluto pavimentadas, porque el suelo de Palestina es duro, y soporta el tráfico de mulas, borricos, bueyes y carretas. Un viaje por esas carreteras era toda una aventura, y, por supuesto, algo que no se hacía nada más que cuando no se tenía más remedio.

Había algunas carreteras pavimentadas y construidas artificialmente. Josefo, por ejemplo, nos refiere que Salomón cubrió las calzadas que iban a Jerusalén de basalto negro para facilitarles el viaje a los peregrinos, «y para hacer alarde del buen estado de la economía de su gobierno». Todas las carreteras trazadas y pavimentadas las construían los reyes y para el uso de los reyes. De ahí que se las llamara «calzadas reales». Se mantenían en buen estado de conservación sólo si el rey las necesitaba para sus viajes. Antes de que llegara

el rey a una zona, se pregona un mensaje para que la gente tuviera la carretera real en orden para la visita del rey.

Juan estaba preparándole el camino al Rey. El predicador y el maestro de voz profética no llaman la atención a sí mismos, sino a Dios. Lo que se proponen no es que la gente se fije en su propia inteligencia, sino en la majestad de Dios. El verdadero predicador se hace invisible en su mensaje.

La gente reconocía a Juan como profeta, aun cuando hacía muchos años que no se escuchaba la voz profética, porque era una luz que alumbraba las cosas malas, una voz que convocaba a la justicia, un indicador que señalaba hacia Dios; y porque tenía en sí esa autoridad incontestable que irradian los que vienen de la presencia de Dios a presentarse ante los hombres.

EL MENSAJE DE JUAN: LA AMENAZA

Mateo 3:7-12

Quando vio Juan que muchos de los que acudían a su bautismo eran de los fariseos y de los saduceos, les dijo:

—¡Raza de víboras! ¿Quién os puso en la mente el huir de la ira venidera? Producid frutos que acrediten vuestro arrepentimiento. No creáis que os podéis decir: «Tenemos a Abraham por padre». Porque os digo que Dios puede suscitarle hijos a Abraham hasta de estas piedras. Ya está dispuesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo el que no dé buen fruto está a punto de que lo corten y echen al fuego. Yo os bautizo con agua para que os arrepintáis; pero el Que viene detrás de mí es más fuerte que yo y yo no sirvo ni para llevarle las sandalias: El es el Que os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. Ya tiene el soplillo en la mano para limpiar a fondo Su era; y luego recogerá el grano en Su granero, y quemará la paja con un fuego que nadie podrá extinguir.

En el mensaje de Juan había amenaza y había promesa. Todo su mensaje estaba lleno de ilustraciones vívidas.

Juan llama a los fariseos y a los saduceos raza de víboras, y les pregunta que quién les ha aconsejado huir de la ira venidera. Puede que haya aquí una de dos imágenes.

Juan conocía el desierto. Había en algunos sitios yerbajos secos y espinos achaparrados por la falta de humedad. Algunas veces se producía un fuego, que se extendía rápidamente por la hierba seca y los arbustos resecos como la yesca. Y adelantándose al fuego se veían escabullirse a toda prisa las serpientes y los alacranes y todos los animalejos que tenían su hábitat en la poca maleza disponible. El río de fuego los echaba de sus guaridas, y corrían como locos huyendo de la quema.

Pero puede que haya aquí otra imagen. Hay muchos animalillos en un campo de trigo: ratones de campo, ratas, conejos, pájaros. Pero cuando llegan los segadores, los echan de sus nidos y guaridas y, como el campo queda al descubierto, tienen que huir para salvar la vida.

Es en estas escenas en las que está pensando Juan. Si los fariseos y los saduceos venían buscando de veras el bautismo, eran como esas alimañas escabulléndose del fuego que se les echaba encima o de la hoz del segador que estaba poniendo fin a su precaria seguridad.

Juan les advierte que no les va a servir de nada alegar que Abraham es su padre. Para los judíos ortodoxos esa era una afirmación alucinante. Para los judíos, Abraham era único. Tan único era en su bondad y en el favor de Dios que sus méritos bastaron, no solo para él mismo, sino también para todos sus descendientes. Había allegado tal tesoro de méritos que no podían agotarlo todas las pretensiones y necesidades de todos sus descendientes. Así es que los judíos creían que simplemente por ser judíos, sin ningún mérito propio, estaban a salvo en la vida por venir. Decían: «Todos los israelitas tienen segura su porción en el mundo venidero». Hablaban de «los méritos liberadores de los padres». Decían que Abraham se sentaba a las puertas de la gehena para darle la vuelta a cualquier israelita que resultara haber sido destinado a sus terrores. Decían que eran los méritos de Abraham lo que permitía que los barcos navegaran a salvo por los mares; lo que hacía que la lluvia descendiera sobre la tierra; lo que hizo que Moisés pudiera acceder al Cielo para recibir la Torá; lo que hizo que David fuera oído. Los méritos de Abraham eran suficientes hasta para los malvados. «Si tus hijos —decían de Abraham— no fueran más que cuerpos muertos, sin venas y sin huesos, ¡tus méritos les serían suficientes!»

Era ese espíritu lo que Juan estaba reprendiendo. Puede que los judíos lo llevaran al último extremo, pero siempre hay que advertir que no se puede vivir del capital espiritual del pasado. Una edad degenerada no puede esperar obtener la salvación gracias a un pasado heroico; y un mal hijo no puede alegar a su favor los méritos de sus piosos padres.

Así que Juan, otra vez, vuelve a la metáfora de la cosecha. Al final de la estación, el guarda de las viñas y de las higueras y de los olivos pasaría revista a sus árboles; y quitaría de en medio los que no habían dado fruto. No harían más que esquilmar el terreno. La inutilidad siempre invita al desastre. La persona que es inútil para Dios y para sus semejantes corre un grave peligro y está bajo condenación.

EL MENSAJE DE JUAN: LA PROMESA

Mateo 3:7-12 (continuación)

Pero inmediatamente después de la amenaza de Juan venía la promesa —que también contenía una amenaza. Como ya hemos dicho, Juan señalaba más allá de sí mismo a Uno Que había de venir. De momento, Juan disfrutaba de una gran reputación, y blandía una influencia muy poderosa. Sin embargo dijo que no merecía ni llevarle las sandalias al Que había de venir —y llevar las sandalias era una labor de esclavo. La actitud total de Juan era de auto-obliteración, no de auto-exaltación. Él reconocía que su importancia consistía en que era un indicador que señalaba al Que había de venir.

Dijo que el Que había de venir los bautizaría con el Espíritu Santo y con fuego.

A lo largo de toda su historia, los judíos habían estado esperando el tiempo en que había de venir el Espíritu. Ezequiel había oído decir a Dios: «Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros... Pondré dentro de vosotros Mi Espíritu, y haré que andéis en Mis estatutos y que guardéis Mis preceptos y los pongáis por obra» (Ezequiel 36:26s). «Pondré Mi Espíritu en vosotros y viviréis» (Ezequiel 37:14). «No esconderé más de ellos Mi rostro; porque habré derramado sobre ellos de Mi Espíritu sobre la casa de Israel, dice el Señor Dios» (Ezequiel 39:29). «Porque Yo derramaré aguas sobre el sequedal, ríos sobre la tierra seca. Mi Espíritu derramaré sobre tu descendencia, y Mi bendición sobre tus renuevos» (Isaías 44:3). «Después de esto derramaré Mi Espíritu sobre todo ser humano» (Joel 2:28).

Entonces, ¿qué es el don y la obra del Espíritu de Dios? Al tratar de contestar esta pregunta debemos recordar que tenemos que hacerlo en términos hebreos.

Juan era judío, y hablaba a los judíos. Pensaba y hablaba no en los términos de la doctrina cristiana del Espíritu Santo, sino en los de la doctrina judía del Espíritu.

(i) La palabra hebrea para *espíritu* es *ruaj*, y *ruaj*, como *pneuma* en griego, quiere decir no solo *espíritu*, sino también *aliento*. El *aliento* es la vida; y por tanto, la promesa del Espíritu es la *promesa de la vida*. El Espíritu de Dios alienta la vida de Dios en las personas. Cuando el Espíritu de Dios entra en nosotros, nuestra vida cansada, desvaída y derrotada desaparece, y una oleada de nueva vida entra en nosotros y nos hace nuevas criaturas.

(ii) Esta palabra *ruaj* no solo quiere decir *aliento*, sino también *viento*. Es la palabra que designa el viento de la tempestad, el poderoso turbión que una vez oyó Elías. *Viento* quiere decir *poder*. La tempestad de viento se lleva los navíos por delante y desarraiga los árboles. El viento tiene un poder irresistible. *El Espíritu de Dios es el Espíritu de poder*. Cuando el Espíritu de Dios entra en un hombre, su debilidad se reviste del poder de Dios. Es capaz de hacer lo irrealizable, y de arrostrar lo imposible, y de soportar lo insoportable. Se desvanece la frustración, y llega la victoria.

(iii) El Espíritu de Dios se conecta con *la obra de la creación*. Fue el Espíritu de Dios Quien, moviéndose sobre las aguas, volvió el caos un cosmos, cambió el desorden en orden, e hizo el mundo de las nieblas increadas. El Espíritu de Dios puede re-crearnos a nosotros. Cuando el Espíritu de Dios penetra en una persona, el desorden de la naturaleza humana se convierte en el orden de Dios; nuestras vidas embarulladas, desordenadas, descontroladas, las introduce el Espíritu en la armonía de Dios.

(iv) Los judíos atribuían al Espíritu algunas funciones especiales. *El Espíritu traía la verdad de Dios a las personas*. Todo nuevo descubrimiento en cualquier reino del pensamiento es un don del Espíritu. El Espíritu penetra en la mente, y convierte las suposiciones humanas en certeza divina, y cambia la ignorancia humana en conocimiento divino.

(v) *El Espíritu capacita a las personas a reconocer la verdad de Dios cuando la ven*. Cuando el Espíritu entra en nuestro corazón, nos abre los ojos. Quita los prejuicios que antes nos tenían ciegos. Elimina la propia voluntad que nos tenía en la oscuridad. El Espíritu capacita a la persona para ver.

Tales son los dones del Espíritu como los vio Juan, y tales los que traería el Que había de venir.

EL MENSAJE DE JUAN: PROMESA Y AMENAZA

Mateo 3:7-12 (continuación)

Hay una palabra y una imagen en el mensaje de Juan que combinan la *promesa* y la *amenaza*.

Juan dice que el Bautismo del Que había de venir sería de *fuego*. En esto del Bautismo de fuego hay tres ideas.

(i) Está la idea de la *iluminación*. El destello de una llamarada lanza una luz en medio de la noche e ilumina los rincones oscuros. La llama del faro guía al marino al puerto y al viajero a su destino. En el fuego hay luz y guía. Jesús es la luz del faro que guía a la humanidad a la verdad y la dirige a su hogar en Dios.

(ii) Está la idea del *calor*. Un hombre eminente fue descrito como uno que encendía la chimenea en las habitaciones frías. Cuando llega Jesús a la vida de una persona, enciende su corazón con el calor del amor hacia Dios y hacia sus semejantes. El Cristianismo es la religión del corazón ardiente.

(iii) Está la idea de la *purificación*. En este sentido, la purificación conlleva destrucción, porque la llama purificadora destruye todo lo falso y deja lo auténtico. La llama templea y fortalece y purifica el metal. Cuando Cristo llega a la vida de una persona, la purga de toda la escoria del mal. Algunas veces tiene que suceder mediante experiencias dolorosas; pero, si creemos que en todas las experiencias de la vida Dios coopera con todas las cosas para nuestro bien, saldremos de ellas con un carácter limpio y purificado de forma que, puros de corazón, podamos ver a Dios.

Así pues, la palabra fuego contiene la iluminación, el calor y la purificación que trae consigo la venida de Jesucristo a nuestro corazón.

Pero hay también una imagen que contiene una promesa y una amenaza: la imagen de la era de la trilla. El biello era un palo largo que acababa en un transversal con cuatro puntas de madera que se usaba, como hasta hace muy poco en España, para aventar el cereal después de la trilla, lanzándolo al aire de manera que el grano fuera cayendo en un montón mientras que la brisa se llevaba más lejos la paja. Después, el grano se recogía y almacenaba, y la paja se usaba como yesca para encender cualquier fuego, como el del horno.

La venida de Cristo implica por necesidad separación. Las personas pueden, o aceptarle, o rechazarle. Cuando se encuentran frente a frente con Él, se enfrentan con una elección que no se puede evitar ni posponer indefinidamente. Están por o contra Él. Y es precisamente esa elección lo que determina el destino. La separación se hace por la reacción ante Jesucristo.

En el Cristianismo no hay manera de evitar la decisión eterna. En el verde prado de Bedford, Juan Bunyan oyó la voz que le levantó de repente y le dejó mirando a la eternidad: «¿Dejarás tus pecados e irás al Cielo, o seguirás con tus pecados e irás al infierno?». En último análisis esa es la elección de la que nadie se puede evadir.

EL MENSAJE DE JUAN: LA DEMANDA

Mateo 3:7-12 (continuación)

En la predicación de Juan había una demanda básica: «¡Arrepentíos!» (*Mateo 3:2*). Esa fue también la demanda básica del mismo Jesús, que inició Su ministerio proclamando: «¡Arrepentíos y creed la Buena Noticia!» (*Marcos 1:15*). Haremos bien en tratar de entender lo que quiere decir esta demanda básica del Rey y de Su heraldo.

Hay que advertir que tanto Jesús como Juan usan la palabra *arrepentíos* sin explicar su significado. La usan con la seguridad de que los oyentes la conocen y entienden.

Veamos cuál era la doctrina judía acerca del arrepentimiento. Para los judíos, el arrepentimiento era algo esencial en toda fe religiosa y en toda relación con Dios. G. F. Moore escribe: «El arrepentimiento es la sola, pero inexorable, condición para recibir el perdón de Dios y ser restaurados a Su favor, y el perdón y el favor divinos nunca se le niegan al que está genuinamente arrepentido». Y también escribe: «Que Dios remite plena y gratuitamente los pecados del penitente es una doctrina cardinal del judaísmo». Los rabinos decían: «Grande es el arrepentimiento, porque trae sanidad al mundo. Grande es el arrepentimiento, porque alcanza al trono de la gloria.» C. G. Montefiori escribió: «El arrepentimiento es el gran nexo mediatorial entre Dios y el hombre».

La Ley fue creada dos mil años después de la Creación; pero los rabinos enseñaban que el arrepentimiento era una de las seis cosas que fueron creadas antes que la Ley; las seis eran: el arrepentimiento, el paraíso, el infierno, el glorioso trono de Dios, el templo celestial y el nombre del Mesías. «Uno puede disparar una flecha

a unos pocos estadios, pero el arrepentimiento alcanza hasta el trono de Dios.»

Hay un famoso pasaje rabínico que coloca el arrepentimiento por delante de todo lo demás: «¿Quién es como Dios un maestro de pecadores que los conduce al arrepentimiento?». Recorriendo las distintas partes del Antiguo Testamento, le preguntaron primero a la Sabiduría: «¿Cuál será el castigo de los pecadores?» La Sabiduría contestó: «El mal persigue a los pecadores» (*Proverbios 13:21*). Entonces le preguntaron a la Profecía; y esta contestó: «El alma que pague esa morirá» (*Ezequiel 18:4*). Después le preguntaron a la Ley, que contestó: «Que ofrezca un sacrificio!» (*Levítico 1:4*). Por último le preguntaron directamente a Dios, y Él contestó: «Que se arrepienta, y obtendrá la expiación. Hijos Míos, ¿qué es lo que Yo os pido? *Buscadme y viviréis (Amós 5:4)*». Así es que, para los judíos, la única puerta de acceso a Dios es la del arrepentimiento.

La palabra hebrea que se usa corrientemente para el arrepentimiento es *teshūbá*, que es el nombre de la raíz *shūb* que quiere decir *volver*. Arrepentirse es volverle la espalda al pecado y volverse hacia Dios.

G. F. Moore escribe: «El sentido primario transparente del arrepentimiento en el judaísmo es siempre un cambio de actitud del hombre hacia Dios; y, en la conducta de la vida, una reforma religiosa y moral del pueblo y del individuo». C. G. Montefiore escribe: «Para los rabinos, la esencia del arrepentimiento radicaba en un total cambio de mentalidad tal que conducía a un cambio de vida y de conducta.» El cordobés Maimónides, la mayor autoridad judía de la Edad Media, define así el arrepentimiento: «¿Qué es el arrepentimiento? Es que el pecador abandona su pecado y lo arroja de sus pensamientos y decide totalmente en su mente no cometerlo otra vez». Como está escrito: «Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos» (*Isaías 55:7*).

G. F. Moore señala muy interesante y certeramente que, con la única excepción de las dos palabras entre paréntesis, la definición del arrepentimiento de la Confesión de Westminster sería totalmente aceptable para un judío: «El arrepentimiento para vida es una gracia salvadora por la cual el pecador, movido por un sincero sentimiento de pecado, y aprehensión de la misericordia de Dios (en Cristo), se vuelve de veras, con dolor y aborrecimiento de su pecado, se vuelve de él a Dios, con pleno propósito y esfuerzo de nueva obediencia». Una y otra vez la Biblia habla de este *volver la espalda* al pecado, y este *volverse hacia* Dios. Ezequiel lo expresa diciendo: «Vivo Yo, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva. ¡Volveos, volved de vuestros malos caminos! ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel?» (*Ezequiel 33:11*). Jeremías lo expresa de la siguiente manera: «Convírtete, y seré convertido, porque Tú eres el Señor mi Dios» (*Jeremías 31:18*). Y Oseas dice: «¡Vuelve, Israel, al Señor tu Dios...! Levad con vosotros palabras de súplica, volved al Señor» (*Oseas 14:1s*).

En todo esto se ve claramente que, en el judaísmo, el arrepentimiento incluye una demanda ética. Es un volverse del mal hacia Dios, con un cambio correspondiente de conducta. Juan estaba claramente enmarcado en la tradición de su pueblo cuando demandaba que sus oyentes produjeran frutos dignos del arrepentimiento. Hay una hermosa oración sinagoga que dice: «Haznos volver, oh Padre, a Tu Ley; acércanos, oh Rey, a Tu servicio; devuélvenos a Tu presencia en perfecto arrepentimiento. Bendito seas Tú, oh Señor, que Te deleitas en el arrepentimiento». Pero ese arrepentimiento había de mostrarse en un verdadero cambio de vida.

Un rabino, comentando *Jonás 3:10*, escribió: «Hermanos, no se dice de los ninivitas que Dios vio su cilicio y su ayuno, sino que Dios vio sus *obras*, que se volvieron de su mal camino». Los rabinos decían: «No seáis como los necios, que, cuando pecan, ofrecen un sacrificio pero no se arrepienten. Si uno dice: «Pecaré y me arrepentiré, pecaré y me arrepentiré», no se le permite arrepentirse». Hay una lista de cinco pecados imperdonables que incluye: «Los que pecan para arrepentirse, y los que se arrepienten mucho pero siempre vuelven a pecar». Decían: «Si uno tiene una cosa inmunda en las manos, aunque se las lave en todos los mares del mundo nunca será limpio; pero si arroja la cosa inmunda, le bastará con un poco de agua». Los maestros judíos hablaban de lo que llamaban «las nueve normas del arrepentimiento», las nueve cosas necesarias para que un arrepentimiento lo sea de verdad. Las encontraron en la serie de mandamientos de *Isaías 1:16*: «Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de Mis ojos, dejad de hacer lo malo, aprended a hacer el bien, buscad el derecho, socorred al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda». Ben Sirá escribe en el *Eclesiástico*: «No digáis: Pequé, y ¿qué fatiga me ha venido? Porque el Señor es paciente; no te dejará. Del perdón del pecado no te asegures del todo, para añadir pecados a pecados. Y no digas: Grande es Su misericordia; Él me perdonará la multitud de mis pecados. Porque así la ira

como la misericordia vendrá de Él apresuradamente; y Su enojo descansará sobre los pecadores. No tardes de volverte al Señor, ni lo dilates de día en día» (*Eclesiástico 5:4-8*, B.O.). Y en otro lugar: «El que se lava por haber tocado un muerto, y otra vez lo toca, ¿de qué le sirve su lavatorio? Ansí el hombre que ayuna por sus pecados, y va otra vez a cometer los mismos, ¿quién oír sus oraciones? ¿O de qué le sirvió su afligirse?» (*Eclesiástico 34:29-30*, B.O.; otras biblias, 34:25-26).

Los judíos mantenían que el verdadero arrepentimiento se manifiesta, no en un mero dolor sentimental, sino en un verdadero cambio de vida —y los cristianos, lo mismo. Los judíos mantenían que el verdadero arrepentimiento produce frutos que demuestran su autenticidad —y también los cristianos.

Pero los judíos tenían todavía más cosas que decir acerca del arrepentimiento, y debemos pasar a considerarlas.

EL MENSAJE DE JUAN: LA DEMANDA

Mateo 3:7-12 (conclusión)

Hay una nota casi aterradora en la demanda ética de la idea judía del arrepentimiento, pero hay también en ella otras cosas consoladoras.

El arrepentimiento siempre es posible. «El arrepentimiento es como el mar —decían—: uno se puede bañar en él a cualquier hora.» Puede que haya veces cuando hasta las puertas de la oración están cerradas; pero las puertas del arrepentimiento no se cierran nunca.

El arrepentimiento es totalmente esencial. Hay una historia de una especie de discusión que Abraham tuvo con Dios. Abraham le dijo a Dios: «Tú no puedes agarrar los dos cabos del cordón al mismo tiempo. Si quieres estricta justicia, el mundo no puede subsistir. Si quieres conservar el mundo, la estricta justicia no puede permanecer.» El mundo no puede continuar existiendo sin la misericordia de Dios y la puerta del arrepentimiento. Si no hubiera más que la justicia de Dios, sería el fin de todas las personas y de todas las cosas. Tan esencial es el arrepentimiento que, para hacerlo posible, Dios cancela Sus propias demandas: «Amado es el arrepentimiento ante Dios, porque por causa de él Dios cancela Sus propias palabras». La amenaza de la destrucción del pecador queda cancelada al aceptar Dios el arrepentimiento del pecador por sus pecados.

El arrepentimiento dura toda la vida. Mientras hay vida, hay posibilidad de arrepentirse. «Dios extiende Su mano bajo las alas de Su carroza celestial para rescatar al arrependido del poder de la justicia.» Rabí Simeón ben Yojai dijo: «Si un hombre hubiera sido completamente justo todos los días de su vida, y se rebelara al final, destruye todo lo anterior, porque dicho está: «La justicia del justo no lo librá el día que se rebeló» (*Ezequiel 33:12*); y si un hombre ha sido un completo malvado todos los días de su vida, y se arrepiente al final, Dios le recibe; porque dicho está: «Y la impiedad del impío no le será estorbo el día que se vuelva de su impiedad» (*Ezequiel 33:12*). «Muchos —dicen— pueden introducirse en el mundo para venir sólo después de años y años; mientras que otros lo ganan en una hora.» Muchos buscan y hallan la misericordia, como decía Cervantes, «puesto ya el pie en el estribo»; o, como dice un poeta inglés, «entre el estribo y el suelo», es decir, en el acto de desmontar.

Tal es la misericordia de Dios que recibirá aun el arrepentimiento tácito. Rabí Eleazar decía: «La costumbre del mundo es que, cuando un hombre ha insultado a su prójimo en público, y pasado el tiempo quiere reconciliarse con él, el otro le dice: “Tú me insultaste públicamente, ¿y ahora quieres que nos reconciliemos en privado los dos solos? ¡Vete a traer a todos los que estaban presentes cuando me insultaste, y me reconciliaré contigo!” Pero Dios no es así. Una persona puede plantarse en el mercado, y blasfemar, mientras el Santo dice: “Arrepiéntete entre nosotros dos, y Yo te recibiré”». La misericordia de Dios está abierta a la persona que está tan avergonzada de sí misma que no puede mostrarle su vergüenza nada más que a Dios.

Hay muchos que dicen: «Yo perdono, pero no olvido». Dios no se olvida de nada, porque es Dios; pero Su misericordia es tal que no solo perdona, sino, aunque parezca increíble, también olvida el pecado del penitente: «¿Qué Dios hay como Tú, que perdona la maldad y olvide el pecado del remanente de Su heredad?» (*Miqueas 7:18*). «Yo, Yo soy Quien borro tus rebeliones por amor de Mí mismo, y no Me acordaré de tus pecados» (*Isaías 43:25*). «Porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado» (*Jeremías 31:34*).

Pero lo más maravilloso es que Dios sale hasta la mitad del camino, y más aún, para encontrar al penitente: «Volveos lo más que podáis, y Yo os saldré al encuentro hasta ese punto del camino». Los rabinos, desde su cima más alta, vislumbraron al Padre que, en Su amor, salió corriendo para darle la bienvenida a Su hijo pródigo.

Sin embargo, hasta recordando toda Su misericordia, queda en pie el caso de que, en el verdadero arrepentimiento, es necesario hacer reparación hasta donde se pueda. Los rabinos decían: «Hay que reparar la injuria, y hay que buscar y recibir el perdón. El verdadero penitente es el que tiene la misma oportunidad de cometer el mismo pecado otra vez, en las mismas circunstancias, y no lo comete». Los rabinos subrayaban una y otra vez la importancia de las relaciones humanas, y de rectificarlas cuando es necesario.

Hay un curioso pasaje rabínico: «El que es bueno con el Cielo y no con sus semejantes, es un mal *tsaddiq*. (Un *tsaddiq* es un hombre íntegro). El que es malvado contra el Cielo y contra sus semejantes es un pecador de lo peor. El que es malvado contra el Cielo, pero no contra sus semejantes no es un pecador de lo peor».

Precisamente porque la reparación es tan necesaria es por lo que el que enseña a otros a pecar es el peor de los pecadores; porque no puede hacer reparación, ya que no puede decir nunca hasta dónde ha llegado su pecado y a cuántos ha llegado a influenciar.

La reparación no es lo único necesario en un verdadero arrepentimiento; también lo es la confesión. Una y otra vez nos encontramos esa demanda en la Biblia. «El hombre o la mujer que cometa cualquiera de los pecados con que los hombres son in fieles contra el Señor... confesará su pecado que cometió» (*Números 5:6s*). «El que oculta sus pecados no prosperará; pero el que los confiesa y se aparta de ellos alcanzará misericordia» (*Proverbios 28:13*). «Mi pecado Te declararé, y no encubriré mi iniquidad. Dije: “Confesaré mis rebeliones al Señor” y Tú perdonaste la maldad de mi pecado» (*Salmos 32:5*). Es la persona que dice que es inocente, y que se niega a admitir que ha pecado, la que es condenada (*Jeremías 2:35*). Maimónides propone la fórmula que se puede usar para confesar el pecado: «Oh Dios, he pecado, he obrado iniquidad, he transgredido delante de Ti, y he hecho esto y esto. Estoy apenado y avergonzado de mi obra, y no la haré nunca más». El verdadero arrepentimiento necesita la humildad de admitir y confesar el pecado.

No hay ningún caso desesperado para el arrepentimiento, ni ninguna persona a la que le resulte imposible arrepentirse. Los rabinos decían: «Que nadie diga: “Como he pecado, no tengo remedio”. Que confíe en Dios y se arrepienta, y Dios le recibirá». El ejemplo clásico de una aparentemente imposible reforma fue el caso de Manasés: dio culto a los baales, introdujo dioses extraños en Jerusalén, y hasta sacrificó niños a Moloc en el valle de Hinnom. Luego fue llevado cautivo a Asiria donde, encadenado, se humilló al Dios de sus padres, oró y fue atendido y volvió a Jerusalén. «Entonces reconoció Manasés que el Señor es Dios» (*2 Crónicas 33:13*). Algunas veces requiere la amenaza de Dios y Su disciplina el hacerlo, pero nadie está fuera del poder de Dios para recuperarle.

Hay una última creencia judía en relación con el arrepentimiento, y es la que debe de haber estado en la mente de Juan. Algunos, a lo menos, de los maestros judíos enseñaban que si Israel se pudiera arrepentir perfectamente aunque solo fuera por un día, vendría el Mesías. Era solo la dureza de corazón de la gente lo que retrasaba la venida del Redentor de Dios al mundo.

El arrepentimiento era el centro mismo de la fe judía, como lo es también de la fe cristiana; porque el arrepentimiento es cambiar de sentido en la vida volviéndonos del pecado hacia Dios, y hacia la vida que Dios quiere que vivamos.

JESÚS Y SU BAUTISMO

Mateo 3:13-17

Entonces Jesús vino desde Galilea al Jordán, a Juan, para que Le bautizara. Pero Juan intentó impedirselo.

—Soy yo —Le dijo— el que necesita ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a mí?

—Déjalo por ahora —le contestó Jesús—, porque esta es la manera en que nos corresponde cumplir toda justicia.

Entonces dejó que Jesús fuera bautizado.

Inmediatamente después de ser bautizado, salió Jesús del agua, y en ese mismo momento se abrieron los cielos a Juan, y vio al Espíritu de Dios descender como una paloma y posarse sobre Jesús. Y, fijas, llegó una voz desde el Cielo que decía:

—Este es Mi Hijo, el Amado, en Quien encuentro plena satisfacción.

Cuando vino Jesús a Juan para que Le bautizara, Juan se quedó perplejo y no quería bautizarle. Juan estaba convencido de que era Él mismo el que necesitaba lo que Jesús tuviera para él, y no Jesús el que necesitará nada de Juan.

Desde que se empezó a pensar en el relato evangélico, el bautismo de Jesús ha resultado difícil de entender. El bautismo de Juan era una

llamada al arrepentimiento, con el fin de obtener el perdón de los pecados; pero, si Jesús era el Que creemos que era, no tenía necesidad de arrepentirse, ni necesitaba por tanto que Dios Le perdonara. El bautismo de Juan era para los pecadores que reconocieran su pecado, y por tanto no parecía aplicable a Jesús en absoluto.

Un escritor del principio de la Iglesia sugirió que Jesús vino a bautizarse solamente para complacer a Su Madre y a Sus hermanos, y que fue la insistencia de ellos lo que casi Le obligó a someterse a aquello. *El Evangelio según los Hebreos*, que fue uno de los evangelios que no fueron incluidos en el Nuevo Testamento, tiene un pasaje sobre esto: «He aquí que la Madre del Señor y Sus hermanos Le dijeron: “Juan el Bautista está bautizando para la remisión de los pecados; vayamos a ser bautizados por él.” Pero Él les dijo: “¿Qué pecado he cometido Yo para tener que ir a que Me bautice? Salvo, tal vez, que esto que acabo de decir sea ignorancia”».

Desde los primeros tiempos de la Iglesia, los pensadores estaban perplejos con el hecho de que Jesús Se sometiera al bautismo. Pero había razones, y buenas razones, para que lo hiciera.

(i) Jesús había estado esperando treinta años en Nazaret, cumpliendo fielmente los deberes normales del hogar y del taller de carpintería. Todo ese tiempo sabía que había un mundo que Le estaba esperando. Todo ese tiempo fue haciéndose más y más consciente de Su expectativa. El éxito de cualquier empresa viene determinado por la sabiduría con que se elige el momento de embarcarse en ella. Jesús tiene que haber estado esperando que llegara Su momento, que sonara Su hora. Y cuando surgió Juan, Jesús reconoció que Su hora había llegado.

(ii) ¿Por qué había de ser así? Había una razón muy sencilla y vital. Es un hecho que nunca en toda la historia antes de este hecho había tenido que bautizarse ningún judío. Los judíos conocían y usaban el bautismo, pero solamente para los prosélitos que llegaban al judaísmo de otra o de ninguna religión. Era natural que fueran bautizados los prosélitos, que estaban manchados por el pecado y contaminados; pero ningún judío había concebido jamás que él, un miembro del pueblo elegido, un hijo de Abraham, seguro de la salvación de Dios, pudiera nunca necesitar ser bautizado. El bautismo era para los pecadores, y ningún judío se consideraba pecador y excluido de Dios. Entonces, por primera vez en toda su historia nacional, los judíos reconocían su propio pecado y su perentoria necesidad de Dios. Nunca antes había habido un movimiento así de arrepentimiento y búsqueda de Dios.

Ese era el mismísimo momento que Jesús había estado esperando. El pueblo era consciente de su pecado y de su necesidad de Dios como nunca antes. Esta era Su oportunidad; y en Su bautismo Se identificó con todas las personas que había venido a salvar, en el momento del nuevo despertar de su conciencia y de su búsqueda de Dios.

La voz que oyó Jesús en Su bautismo es de suprema importancia. «Éste es Mi Hijo amado —dijo—, en Quien encuentro plena satisfacción.» La frase está formada por dos citas: «Este es Mi Hijo amado» es una cita de *Salmos* 2:7. Todos los judíos creían que ese salmo era una descripción del Mesías, el poderoso Rey Que había de venir de Dios. «En Quien Mi alma tiene contentamiento» se encuentra en *Isaías* 42:1, que es una descripción del Siervo Doliente, una descripción que culmina en *Isaías* 53.

Así es que, en Su bautismo, Jesús recibió dos confirmaciones: la seguridad de que Él era sin duda el Escogido de Dios, y la seguridad de que el camino que tenía delante conducía a la Cruz. En ese momento supo Jesús sin la menor duda que Su trono había de ser la Cruz. En ese momento supo que estaba destinado a ser conquistador, pero que Su conquista habría de lograrse con la sola arma del poder del amor doliente. En ese momento se Le pusieron delante tanto Su misión como la única manera en que habría de cumplirla.

EL TIEMPO DE LA PRUEBA

Mateo desarrolla la vida de Jesús paso a paso. Empieza mostrándonos como nació Jesús en este mundo. Sigue mostrándonos, al menos por implicación, que Jesús tuvo que cumplir fielmente Sus obligaciones para con Su hogar antes de cumplir Su deber para con el mundo, que Jesús tenía que mostrarse fiel en las pequeñas tareas antes de que Dios Le confiara la tarea más importante del mundo y de la Historia.

Ahora pasa a mostrarnos cómo, al surgir en la escena Juan el Bautista, Jesús supo que había sonado Su hora y Le había llegado el momento de asumir Su obra. Juan nos muestra a Jesús identificándose con un pueblo que buscaba a Dios como nunca antes. En ese momento nos muestra a Jesús dándose cuenta de que Él era sin duda el Escogido de Dios, pero que el camino de la victoria había de pasar por la Cruz.

Cuando una persona tiene una visión, su problema inmediato es cómo hacerla realidad; tiene que encontrar la manera de convertir el sueño en un hecho. Ese era el problema con que se enfrentaba Jesús. Había venido a conducir a la humanidad de vuelta a Dios. ¿Cómo habría de hacerlo? ¿Qué método tendría que adoptar: el del conquistador poderoso, o el del amor doliente y sacrificial? Ese era el problema con que se enfrentaba Jesús en Sus tentaciones. Se Le había encomendado una labor. ¿Qué método habría de escoger para cumplir la tarea que Dios Le había encargado llevar a cabo?

LAS TENTACIONES DE JESÚS

Mateo 4:1-11

A continuación el Espíritu guió a Jesús al desierto para que el diablo Le tentara. Después de pasarse voluntariamente cuarenta días y noches sin comer, estaba hambriento. Fue entonces cuando el tentador se Le presentó.

—Si es verdad que eres el Hijo de Dios —Le dijo a Jesús—, díles a estas piedras que se conviertan en pan.

—Escrito está —le contestó Jesús—: una persona no vive solo de pan, sino de toda palabra que proceda de la boca de Dios.

Luego el diablo Le llevó a la santa ciudad, y Le colocó encima del pináculo del templo.

—Si es verdad que tú eres el Hijo de Dios —Le dijo—, tírate desde aquí; porque escrito está: «Les dará órdenes a Sus ángeles para que Te cuiden y Te levanten en sus brazos para que nunca ni siquiera tropieces con Tus pies en una piedra».

—También está escrito —le contestó Jesús—: «No has de intentar poner a prueba al Señor tu Dios».

El diablo Le llevó otra vez a una montaña muy alta, y Le mostró desde allí todos los reinos del mundo y su gloria, y Le dijo:

—Te daré todas estas cosas si Te postras a mis pies y me adoras.

—¡Quítate de en medio, Satanás! —le contestó Jesús—. Porque escrito está: «Adorará al Señor tu Dios, y Le servirás sólo a Él».

Entonces ya el diablo Le dejó en paz, y vinieron ángeles a prestarle servicio.

Hay algo en lo que debemos fijarnos bien justamente al principio de nuestro estudio de las tentaciones de Jesús, y es el sentido de la palabra *tentar*. La palabra que se usa aquí en el original es *peirazein*. En español, la palabra *tentar* tiene un sentido uniforme y sistemáticamente malo. Siempre quiere decir inducir a una persona a hacer algo que no está bien, procurar seducirla al pecado, tratar de persuadirla a tomar una decisión contraria a la moral o a la ley de Dios. Pero *peirazein* tiene un elemento completamente diferente en su significado. Quiere decir *probar* mucho más que *tentar* en nuestro sentido de la palabra.

Uno de los grandes relatos del Antiguo Testamento es el que nos cuenta por qué poco evitó Abraham sacrificar a su hijo único Isaac. Ahora bien, ese relato empezaba diciendo: «Y aconteció después de estas cosas, que tentó Dios a Abraham» (*Génesis* 22:1. R-V.09). Está claro que la palabra *tentar* no puede querer decir aquí *tratar de seducir al mal*. Es impensable el que Dios intentara hacer a un hombre un malhechor. Pero todo queda totalmente claro cuando entendemos que quiere decir: «Aconteció después de estas cosas, que probó Dios a Abraham» (R-V.60). Había llegado la hora para la prueba suprema de la lealtad de Abraham. Lo mismo que tiene que probarse el metal sometándolo a una presión y tensión superiores a las que tendrá que soportar antes de usarlo para un uso práctico, así un hombre tiene que ser probado antes de que Dios pueda usarle para Su propósito. Los judíos tenían un dicho: «El Santo, bendito sea Su nombre, no eleva a un hombre a una dignidad hasta después de probarle y analizarle; y si resiste la tentación, entonces Dios le eleva a la dignidad.»

Aquí tenemos, pues, una gran verdad edificante. Lo que llamamos tentación no nos viene para hacernos pecar, sino para capacitarnos para conquistar el pecado; no para hacernos malos, sino buenos; no para debilitarnos, sino para que surjamos de la prueba más fuertes y auténticos y puros. La tentación no es un castigo por ser humanos, sino la gloria de serlo. Es la prueba que sobreviene a una persona que Dios quiere usar. Así que debemos pensar en todo este incidente, no tanto como la *tentación*, sino como la *prueba* de Jesús.

Tenemos también que fijarnos en dónde tuvo lugar esta prueba. Fue en *el desierto*. Entre Jerusalén, en la meseta central que es la espina dorsal de Palestina, y el Mar Muerto se extiende el desierto. El Antiguo Testamento lo llama *y'simón*, que quiere decir *la devastación*, un nombre apropiado. Se extiende por un área de 50 por 25 kilómetros.

Sir George Adam Smith que se lo recorrió, nos lo describe. Es un área de arena amarilla, de caliza quebradiza y de cantos dispersos.

Es un área de estratos deformes en los que las arrugas van en todas las direcciones como si estuvieran alabeadas y retorcidas. Las colinas son como montones de polvo; la piedra caliza está erosionada y pedrada; las rocas están desnudas y puntiagudas; a menudo hasta el mismo suelo suena a hueco cuando lo pisan los pies humanos o los cascos de las caballerías. Deslumbra y reluce con el calor como un horno inmenso. Se precipita hacia el Mar Muerto en una caída de cuatrocientos metros de piedra caliza, pedernal y marga, entre salientes y entrantes y precipicios.

En ese desierto, Jesús podía estar más solo que en ningún otro lugar de Palestina. Jesús se fue al desierto completamente solo. Había recibido Su tarea; Dios Le había hablado; tenía que pensar cómo iba a emprender la obra que Dios Le había confiado; tenía que tener las cosas claras antes de empezar; tenía que estar solo.

Puede que a menudo erremos sencillamente porque nunca hacemos lo posible para estar solos. Hay ciertas cosas que una persona tiene que resolver a solas. Hay momentos cuando no nos sirve de nada el consejo que se nos pueda dar. Hay veces cuando una persona tiene que retenerse de actuar, y empezar a pensar. Puede que cometamos muchos errores precisamente porque no nos damos la oportunidad de estar a solas con Dios.

EL SAGRADO RELATO

Mateo 4:1-11 (continuación)

Hay algunas consideraciones que debemos hacernos antes de proceder al estudio detallado del relato de las tentaciones.

(i) Los tres evangelistas sinópticos parecen hacer hincapié en que las tentaciones siguieron inmediatamente al bautismo de Jesús. Como dice Marcos «Inmediatamente el Espíritu Le impulsó al desierto» (*Marcos 1:12*; R-V sigue manteniendo la palabra *luego* en su primera acepción: «Prontamente, sin dilación», D.R.A.E.).

Es una de las realidades de la vida el que después de todo gran momento viene un momento de reacción —y una y otra vez es en la reacción donde se oculta el peligro. Eso fue lo que le sucedió a Elías. Con un coraje imponente, Elías se enfrentó completamente solo y derrotó a los profetas de Baal en el monte Carmelo (*1 Reyes 18: 17-40*). Ese fue el gran momento del valor y del testimonio de Elías. Pero la matanza de los profetas de Baal provocó la ira de la malvada Jezabel, que se propuso acabar con Elías. «Entonces tuvo miedo y se levantó y huyó para salvar la vida a Beerseba» (*1 Reyes 19:3*). El hombre que se había mantenido intrépidamente frente a todos sus opositores huye ahora para salvar la vida con el terror en los talones. Había llegado el momento de la reacción.

Parece ser ley de vida que precisamente después que nuestro poder de resistencia ha estado en su punto más alto se achanta hasta lo más bajo. El tentador escogió cuidadosa, sutil y astutamente su momento para atacar a Jesús —pero Jesús le venció. Haremos bien en mantenernos especialmente en guardia después de cada vez que la vida nos ha llevado a las alturas, porque es precisamente entonces cuando asalta el más grave peligro de las simas.

(ii) No tenemos por qué considerar esto como una experiencia externa de Jesús. Fue una lucha que tuvo lugar en Su propio corazón y mente y alma. La prueba está en que no existe ninguna montaña desde la que se puedan ver todos los reinos de la Tierra, pese al Tibidabo. Fue una batalla interior.

Es en nuestros pensamientos y deseos más íntimos como viene a nosotros el tentador. Lanza su ataque en nuestras propias mentes. Es verdad que es tan real que casi podemos hasta ver al diablo. Hasta este día se puede ver una mancha de tinta en la pared de la habitación de Lutero en el castillo de Wartburg en Alemania: Lutero le tiró el fintero al diablo que le estaba tentando. Pero el poder del diablo estriba en el hecho de que supera nuestras defensas y nos ataca desde dentro. Encuentra aliados y armas entre nuestros pensamientos y deseos más íntimos.

(iii) No tenemos que creer que Jesús derrotó definitivamente al tentador en una sola campaña, y que éste no volvió a atacarle ya nunca más. El tentador Le habló otra vez a Jesús en Cesarea de Filipo cuando Pedro trató de disuadirle de seguir el camino de la Cruz, y cuando tuvo que decirle a Pedro las mismas palabras que le había dicho al tentador en el desierto: «¡Quédate de en medio, Satanás!» (*Mateo 16:23*). Al final de su recorrido, Jesús pudo decirles a sus discípulos: «Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas» (*Lucas 22:28*). Y nunca en toda la historia humana ha habido una lucha con la tentación como la que Jesús mantuvo en Getsemaní con el tentador que trataba de apartarle del camino de la Cruz (*Lucas 22:42-44*).

«La vigilancia eterna es el precio de la libertad.» En la milicia cristiana no hay licencia ni se dan permisos. Hay veces en que nos

preocupamos porque creemos que deberíamos alcanzar una etapa en la que estuviéramos más allá de la tentación, una etapa en la que el poder del tentador ya estuviera quebrantado para siempre. Jesús nunca alcanzó esa etapa. Desde el principio hasta el fin de su carrera tuvo que mantenerse en la lucha; por eso puede ayudarnos a pelear la nuestra.

(iv) Una cosa sobresale en esta historia: Las tentaciones fueron tales que no podían sobrevenirle a una persona que no tuviera unos poderes muy especiales y supiera que los tenía. Sanday describe las tentaciones como «el problema de qué hacer con los poderes sobrenaturales». Las tentaciones que sobrevinieron a Jesús sólo le podían atacar a uno que supiera que había cosas extraordinarias que él podría hacer.

Debemos recordar siempre que una y otra vez somos atacados por medio de nuestros dones. La persona dotada con algún encanto tendrá la tentación de usarlo para salirse con la suya. La persona dotada con el poder de la palabra tendrá la tentación de recurrir a la labia para presentar disculpas que justifiquen cualquier comportamiento suyo. La persona con una imaginación viva y gráfica sufrirá agonías de tentación que una persona flemática no experimentará nunca. La persona con grandes talentos mentales estará tentada a usarlos para su propio bien y no para el de otros, para convertirse en amo y no en servidor de la humanidad. Es un hecho inexorable de la tentación que es precisamente donde nos consideramos más fuertes donde debemos tener más cuidado de no bajar la guardia.

(v) Nadie puede leer este relato sin darse cuenta de que su fuente tiene que haber sido el mismo Jesús. No había nadie con Él en el desierto cuando se estaba librando esta batalla. Y tenemos noticias de ella solamente porque Jesús mismo tiene que habérselo contado a sus hombres. Es como si Jesús nos estuviera relatando una parte de su autobiografía espiritual.

Debemos siempre acercarnos a esta historia con una reverencia única y especial, porque Jesús nos descubre en ella Su más íntimo corazón y alma. Está refiriéndonos Su experiencia. Es la más sagrada de todas las historias, porque Jesús nos está diciendo en ella que puede ayudar a los demás en sus tentaciones porque Él mismo fue tentado. Nos descubre el velo de Sus propias luchas para ayudarnos en las nuestras.

EL ATAQUE DEL TENTADOR

Mateo 4:1-11 (conclusión)

El tentador lanzó su ataque contra Jesús en tres frentes, en cada uno de los cuales había algo inevitable.

(i) Está la tentación de hacer que las piedras se volvieran pan. El desierto estaba sembrado de pequeños cantos de caliza que parecían exactamente panecillos; hasta ellos le sugerirían a Jesús esta tentación.

Era una tentación doble. La tentación de que Jesús usara Sus poderes egoístamente y para Su propio provecho, y eso fue precisamente lo que Jesús siempre se negó a hacer. Siempre hay la tentación de usar egoístamente cualesquiera poderes que Dios nos haya dado.

Dios le ha dado un don a cada persona, y cada persona puede hacerse una de dos preguntas. Puede preguntarse: «¿Qué partido puedo yo sacar de este don?» o: «¿Cómo puedo yo usar este don para el bien de los demás?» Esta clase de tentación se nos puede presentar en la cosa más sencilla. Una persona puede poseer, por ejemplo, una voz agradable de escuchar; puede proponerse sacarle partido, y negarse a usarla a menos que se le pague. No hay razón para rehusar que se le pague, pero hay toda clase de razones para no deber usarla solamente para que se le pague. No hay persona que no tenga la tentación de usar egoístamente el don que Dios le haya asignado.

Pero esto de la tentación tiene otra cara. Jesús era el Mesías de Dios, y Él lo sabía. En el desierto se estaba enfrentando con la elección del método para ganar las almas para Dios. ¿Qué método había de usar para la tarea que Dios Le había asignado? ¿Cómo había de materializar Su visión y sueño?

Un camino infalible para convencer a la gente a que Le siguiera era darles pan, es decir, cosas materiales. ¿Acaso no lo justificaba la historia? ¿No había dicho Dios: «Os haré llover pan del cielo?» ¿No incluían las visiones de la futura edad de oro ese mismo sueño? ¿No había dicho Isaías: «No tendrán hambre ni sed?» (*Isaías 49:10*) ¿No era el Banquete Mesianico una figura consagrada entre los Testamentos de los sueños del Reino? Si Jesús hubiera querido darle pan a la humanidad, tendría suficiente justificación para hacerlo.

Pero el haberles dado pan a los hombres habría sido una doble equivocación. En primer lugar, habría sido sobornarlos para que Le siguieran. Habría sido convencer a la gente para que Le siguiera por

lo que pudieran sacar, mientras que la recompensa que Jesús tenía para ofrecer era una Cruz. Llamaba a la gente a una vida de dar, no de obtener. Sobornar a la humanidad con cosas materiales habría sido la negación de todo lo que Él vino a decir y habría sido finalmente la derrota de Sus propios fines.

En segundo lugar, habría sido suprimir los síntomas sin tratar la enfermedad. La gente está hambrienta; pero debemos preguntarnos: ¿Por qué está hambrienta? ¿Es por culpa de su propia estupidez, y descuido, y holgazanería? ¿O es porque hay algunos que poseen egoístamente demasiado mientras otros carecen de lo necesario? La verdadera manera de curar el hambre es eliminar sus causas —y las causas están en el alma de las personas. Y, sobre todo, hay un hambre del corazón que no se puede satisfacer con cosas materiales.

Así es que Jesús contestó al tentador con las mismas palabras que expresan la lección que Dios había tratado de enseñarle a Su pueblo en el desierto: «La persona no vive solo de pan, sino de todo lo que proceda de la boca del Señor» (*Deuteronomio 8:3*). La única manera de encontrar la verdadera satisfacción es aprender a depender totalmente de Dios.

(ii) Entonces el tentador reforzó su ataque en otro frente. En una visión, llevó a Jesús al *pináculo del templo*. Eso puede querer decir una de dos cosas.

El templo estaba edificado en la cima del monte de Sion, que formaba como una meseta donde estaban situados los edificios del templo. Había una esquina en la que se unían el pórtico de Salomón y el pórtico Real, y en esa esquina había una caída de 150 metros al valle del torrente de Cedrón. ¿Por qué no había de ponerse Jesús en ese pináculo, tirarse y aterrizar ileso en el fondo del valle? El pueblo seguía admirando al que fuera capaz de semejante hazaña.

Otra posibilidad sería que, en la cubierta del templo mismo había un saliente donde se colocaba todas las mañanas un sacerdote con una trompeta en la mano, esperando el primer arrebol de la aurora a través de las colinas de Hebrón. A la primera señal del alba tocaba la trompeta para anunciar la hora del sacrificio de la mañana. ¿Por qué no podía Jesús ponerse allí, y saltar precisamente al patio del templo, haciendo que Le siguieran todos estupefactos? ¿No había dicho Malaquías: «Y vendrá súbitamente a Su templo el Señor?» (*Malaquías 3:1*). ¿No había una promesa de que los ángeles llevarían en sus manos al hombre de Dios para que no le sobreviniera ningún daño? (*Salmos 91:11s*).

Esto era precisamente lo que prometían los falsos mesías que surgían cada dos por tres. Un tal Teudas había hecho salir al pueblo prometiéndole que a su palabra se dividirían las aguas del Jordán en dos partes. Un famoso pretendiente egipcio (*Hechos 21:38*) había prometido que con una sola palabra arrasaría las murallas de Jerusalén. Simón Mago, se dice, había prometido volar por los aires, pero pereció en el intento. Estos pretendientes habían ofrecido credenciales que no pudieron cumplir. Jesús podía cumplir todo lo que prometiera. ¿Por qué no había de seguir ese método?

Jesús tenía dos buenas razones para no adoptar ese curso de acción. La primera, que el que busque atraer a sí a las personas proveyéndolas de sensaciones habrá elegido un camino que, literalmente, no tiene futuro. La razón es bien sencilla: para conservar el poder tendría que seguir produciendo sensaciones cada vez más grandes. Las maravillas tienen un tiempo limitado. La sensación de este año será algo corriente el que viene. Un evangelio basado en el sensacionalismo estaría condenado al fracaso. La segunda, que esa no es la manera en que se ha de usar el poder de Dios. «No intentarás someter al Señor tu Dios a prueba», dijo Jesús (*Deuteronomio 6:16*). Lo que quería decir era que no es bueno querer ver hasta dónde puede uno llegar con Dios; no tiene sentido ponerte deliberadamente en una situación peligrosa, atrevida e innecesariamente, y esperar que Dios te libre de las consecuencias.

Dios espera que asumamos riesgos por fidelidad a Él, pero no para elevar nuestro prestigio. La fe que depende de las señales y los milagros no es la verdadera fe. Si la fe no puede creer sin las sensaciones es que no es realmente fe, sino una duda que está buscando una prueba, y buscándola donde no la puede encontrar. El poder salvador de Dios no es algo con lo que se puede jugar ni experimentar, sino algo en lo que hay que confiar sin aspavientos en la vida diaria.

Jesús rechazó el sensacionalismo porque sabía que conducía, y conduce, al fracaso; y porque buscar sensaciones no es confiar, sino desconfiar de Dios.

(iii) Así es que el tentador atacó todavía por otro frente. Era el mundo lo que Jesús había venido a salvar, y Le vino a la mente una representación del mundo. La voz del tentador Le dijo: «Póstrate y adórame, y yo Te daré todos los reinos del mundo!» ¿No dijo Dios mismo a Su escogido: «Pídeme, y Te daré por herencia las naciones, y como posesión Tuya los confines de la Tierra?» (*Salmos 2:8*).

Lo que quería decir el tentador era: «¡Transige! ¡Lleguemos a un acuerdo! ¡No pongas el listón demasiado alto! Hazte un poco el ciego al mal y a las cosas discutibles, y Te harás con las masas». Esta era la tentación a pactar con el mundo en vez de presentarle clara y terminantemente las demandas de Dios. Era la tentación a avanzar retirándose, y a tratar de cambiar el mundo haciéndose como él.

La contestación de Jesús no se hizo esperar: «Al Señor tu Dios temerás, a Él solo servirás y por Su nombre jurarás» (*Deuteronomio 6:13*). Jesús estaba absolutamente seguro de que no se puede vencer al mal entrando en componendas con él. Estableció la insobornabilidad de la fe cristiana. El Cristianismo no se puede doblegar para ponerse al nivel del mundo, sino elevar al mundo a su propio nivel. Ningún otro principio funcionará.

Así es que Jesús hizo Su decisión. Decidió que nunca sobornaría a nadie para que Le siguiera; decidió que el camino del sensacionalismo no era para Él, y decidió que no podía transigir en el mensaje que predicaría ni en la fe que demandara. Su elección significaba inevitablemente la Cruz —pero la Cruz significaba también inevitablemente la victoria final.

EL HIJO DE DIOS EN CAMPAÑA

Mateo 4:12-17

Cuando se enteró Jesús de que habían entregado a Juan a las autoridades, se retiró a Galilea. Se marchó de Nazaret y fue a fijar Su residencia a Cafarnaún, que está a la orilla del lago, en el distrito de Zabulón y Nefalí. Esto se hizo para que se cumpliera lo que había dicho Dios por medio del profeta Isaías: «¡Tierra de Zabulón, y tierra de Nefalí, camino de la mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles! La gente que moraba en las tinieblas ha visto una gran luz, una gran luz les ha resplandecido a los que estaban asentados en la tierra y a la sombra de la muerte.»

Desde aquel tiempo Jesús se puso a proclamar Su Mensaje y a decir: —¡Arrepentíos, que el Reino del Cielo se ha acercado!

No pasó mucho tiempo antes que le sobreviniera el desastre a Juan. Le detuvieron y le metieron en la cárcel en las mazmorras del castillo de Maqueronte por orden del rey Herodes. Su crimen había sido el denunciar públicamente que Herodes había seducido a la mujer de su hermano, y luego se había casado con ella después de divorciarse de la mujer anterior. No está uno nunca a salvo si denuncia a un déspota oriental, y el valor de Juan le trajo en consecuencia primero la cárcel y luego la muerte. Más tarde volveremos a los detalles de esa historia que Mateo no nos dice hasta *Mateo 14:3-12*.

Jesús supo que ya Le había llegado el momento de ponerse en campaña.

Fijémonos en lo que fue lo primero que hizo. Se marchó de Nazaret y puso su residencia en el pueblo de Cafarnaún. Había una especie de finalidad simbólica en esa mudanza. En aquel momento Jesús se marchó de su casa para no volver a vivir en ella nunca más. Es como si se cerrara la puerta que dejaba atrás antes de abrir la que tenía delante. Era un corte limpio entre lo antiguo y lo nuevo. Se había terminado un capítulo y empezaba otro. A veces llegan a la vida esos momentos de decisión. Siempre es mejor recibirlos con un corte hasta quirúrgico que vacilar indecisamente entre dos cursos de acción.

Fijémonos adónde fue Jesús. Se fue a Galilea. Cuando Jesús se fue a Galilea para adonde Su misión y Su ministerio, Él sabía lo que estaba haciendo. Galilea era el distrito más septentrional de Palestina. Se extendía desde el río Litani, el antiguo Leontes, al Norte hasta la llanura de Esdrelón al Sur. Por el Oeste no llegaba hasta la costa del Mediterráneo, porque la banda costera estaba en posesión de los fenicios. Limitaba por el Nordeste con Siria, y su frontera oriental eran las aguas del Mar de Galilea. Galilea no era muy extensa; solo ochenta kilómetros de Norte a Sur por cuarenta de Este a Oeste.

Pero, aunque fuera pequeña, Galilea estaba densamente poblada; era con mucho la región más fértil de Palestina; su fertilidad era fenomenal y proverbial. Había un dicho de que era más fácil criar una legión de olivos en Galilea que un chico en Judea. Josefo, que fue en un tiempo gobernador de la provincia, dice: «Es rica por todas partes de suelo y pastos, produciendo todas las variedades de árboles e invitando por su productividad hasta a los que tienen menos interés en la agricultura; está toda labrada; no se deja ninguna parte en barbecho, y es productiva en su totalidad». En consecuencia, Galilea tenía una enorme población comparada con su tamaño. Josefo nos dice que había doscientos cuatro pueblos en ella, ninguno con menos de quince mil habitantes. Jesús empezó Su misión en la parte de Palestina donde había más personas que pudieran oírle; empezó Su obra en un área que hervía de gente a la que se podía proclamar el Evangelio.

Pero Galilea no era solo un distrito populoso; sus habitantes tenían ciertas características. De todas las partes de Palestina, Galilea era la más abierta a las nuevas ideas. Josefo dice de los galileos: «Siempre les gustaban las innovaciones, y estaban dispuestos por naturaleza a los cambios, y alucinaban con las sediciones». Siempre estaban dispuestos a seguir a un líder y empezar una insurrección. Eran notoriamente vivos de genio y dados a las peleas. Pero, a pesar de todo, eran de lo más caballerosos. «Los galileos —dice Josefo— no están nunca desprovistos de coraje.» «La cobardía no fue nunca una característica de los galileos.» «Les importaba más el honor que la ganancia.» Las características innatas de los galileos eran tales que los hacían tierra fértil para que se les predicara el Evangelio.

Su apertura a nuevas ideas se debía a ciertos hechos.

(i) El nombre de *Galilea* viene de la palabra hebrea *Galil*, que quiere decir *círculo*. El nombre completo de la zona era *Galilea de los gentiles*. Plummer sugiere que quería decir «la pagana Galilea». Pero la frase procedía del hecho de que Galilea estaba literalmente rodeada de gentiles. Por el Oeste, sus vecinos eran los fenicios. Por el Norte y el Este, los sirios, y hasta por el Sur estaba el territorio de los samaritanos. Galilea era de hecho la única parte de Palestina que estaría inevitablemente en contacto con influencias e ideas no judías. Galilea no tenía más remedio que estar abierta a nuevas ideas más que ninguna otra parte de Palestina.

(ii) Por Galilea pasaban las grandes carreteras del mundo, como ya hemos visto cuando hablábamos del pueblo de Nazaret. El Camino del Mar iba de Damasco a Egipto y África pasando por Galilea. La carretera del Este que llegaba hasta las últimas fronteras pasaba por Galilea. El tráfico del mundo pasaba por Galilea. Allí lejos al Sur, Judea estaba remetida en una esquina, aislada y encerrada. Como se ha dicho muy bien, «Judea no está de camino a ninguna parte; Galilea está de camino a todas partes». Judea podía erigir una valla para protegerse de todas las influencias extranjeras y de todas las nuevas ideas; Galilea nunca podría hacerlo. Era inevitable que llegaran las nuevas ideas a Galilea.

(iii) La posición geográfica de Galilea había afectado su historia. Una y otra vez había sido invadida y conquistada, y las oleadas de extranjeros habían fluido a menudo sobre ella y algunas veces la habían inundado.

En sus orígenes había sido asignada a las tribus de Aser, Neftalí y Zabulón cuando los israelitas llegaron por primera vez a la tierra (*Josué 9*); pero estas tribus no habían tenido nunca un éxito total en expulsar a los habitantes nativos canaanitas, y desde el principio Galilea tuvo una población mezclada. Más de una vez las invasiones extranjeras la habían barrido desde el Norte y el Este desde Siria, y en el siglo VIII a.C. los asirios la habían inundado totalmente, llevándose al exilio a la mayor parte de su población y asentando a extranjeros en su tierra. Inevitablemente esto produjo una considerable inyección de sangre extranjera en Galilea.

Desde el siglo VIII hasta el II a.C. había estado mayormente en manos gentiles. Cuando volvieron los judíos del exilio bajo Neheemías y Esdras, muchos de los galileos se mudaron al Sur para vivir en Jerusalén. En 164 a.C., Simón Macabeo persiguió a los asirios al Norte, echándolos de Galilea a su propia tierra; y en su viaje de vuelta se llevó consigo a Jerusalén el resto de los galileos que quedaba.

La cosa más sorprendente de todas fue que el año 104 a.C. Aristóbulo reconquistó Galilea para la nación judía e hizo circuncidar a la fuerza a los habitantes de Galilea, haciéndolos así judíos quisieran que no. La historia había obligado a Galilea a abrir sus puertas a nuevos tipos de sangre y a nuevas ideas y a nuevas influencias.

Las características naturales de los galileos, y la preparación de la historia, habían hecho de Galilea el único lugar de toda Palestina donde un nuevo maestro con un nuevo mensaje tenía una oportunidad bien real de que le oyeran, y fue allí donde Jesús empezó Su misión y anunció por primera vez Su Mensaje.

EL HERALDO DE DIOS

Mateo 4:12-17 (conclusión)

Antes de salirnos de este pasaje hay algunas cosas más que debemos notar.

Fue al pueblo de Cafarnaún a donde se mudó Jesús. La forma correcta del nombre es *Cafarnaum*. La forma *Capernaúm* no aparece en absoluto hasta el siglo V d.C., pero a algunos se nos ha fijado en la memoria de tal manera que sigue manteniéndose en la Reina-Valera.

Ha habido mucha discusión acerca de la localización de Cafarnaún. Se han sugerido dos lugares. La identificación más corriente, y la más probable, es que Cafarnaún es Tell Hum que se encuentra

al lado occidental del extremo norte del Mar de Galilea; la identificación alternativa y menos probable, es que fuera Jan Minyeh, que está a unos cuatro kilómetros más al suroeste. En cualquier caso, no quedan más que unas ruinas para mostrar dónde estuvo Cafarnaún una vez.

Mateo tenía la costumbre de encontrar en el Antiguo Testamento algo que podía usar como una profecía acerca de cualquier acontecimiento de la vida de Jesús. Encuentra esta profecía en *Isaías 9:1s*. De hecho, es otra de las profecías que Mateo extrae violentamente de su contexto y usa en su extraordinaria manera. Es una profecía que se retrotrae al reinado de Peka. En aquellos días, la parte septentrional de Palestina, incluyendo Galilea, había sido arrasada por el ejército invasor de los asirios; y ésta fue originalmente una profecía de la liberación de estos territorios conquistados que tendría lugar algún día. Mateo encuentra en ella una profecía que anunciaba la luz que traería Jesús.

Por último, Mateo nos da un breve resumen del mensaje que proclamaba Jesús. La Reina-Valera dice que Jesús comenzó a *predicar*. La palabra *predicar* ha bajado de categoría en el mundo; se conecta en las mentes de muchas personas con el aburrimiento. La palabra en griego es *kêryssein*, que es la que se usa para la proclamación de un heraldo del rey. *Kêryx* es la palabra griega para *heraldo* y el heraldo era el que traía un mensaje directamente del rey.

Esta palabra nos comunica ciertas características de la predicación de Jesús, y éstas son las características que debería tener toda predicación.

(i) El heraldo tenía en su voz una nota de *seguridad*. No había la menor duda acerca de su mensaje; no venía con tal-veces ni con puede-queda o probablemente; venía con un mensaje definitivo. Goethe decía: «Háblame de tus certezas; que para dudas ya tengo yo bastantes». La predicación es la proclamación de certezas, y nadie puede hacer que otros acepten como seguro lo que para él está en duda.

(ii) El heraldo tenía en su voz una nota de *autoridad*. Hablaba en nombre del rey; establecía y anunciaba la ley del rey, la orden del rey, la decisión del rey. Como se dijo de un gran predicador, «no suponía entre nebulosas; sabía». La predicación, como se ha dicho, es la aplicación de la autoridad profética a la situación presente.

(iii) El mensaje del heraldo procedía de una *fuerza más allá de sí mismo*; procedía del rey. La predicación habla desde una fuente más allá del predicador. No es la expresión de las opiniones personales de un hombre; es la voz de Dios transmitida al pueblo por medio de una persona. Era con la voz de Dios como Jesús hablaba a los hombres.

El mensaje de Jesús constaba de un mandamiento que era la consecuencia de una nueva situación. «¡Arrepentíos!» —decía. «Volveos de vuestros propios caminos, y volved a Dios. Levantad vuestra mirada de la tierra y poneda en el cielo. Cambiad el sentido de vuestra dirección, y dejad de alejaros de Dios y empezad a caminar hacia Dios.» Ese mandamiento había llegado a ser urgentemente necesario porque el Reinado de Dios estaba a punto de empezar. La eternidad había invadido el tiempo; Dios había invadido la Tierra en Jesucristo, y por tanto era de suprema importancia el escoger la dirección y el lado correctos.

CRISTO LLAMA A UNOS PESCADORES

Mateo 4:18-22

Cuando Jesús iba pasando por la orilla del Mar de Galilea vio a dos hermanos —Simón, al que llaman Pedro, y su hermano Andrés— que estaban echando la red al mar, porque eran pescadores. Y Jesús les dijo: —;Seguidme, y Yo os haré pescadores de hombres!

Ellos dejaron las redes inmediatamente y Le siguieron. Jesús pasó más adelante y vio a otros dos hermanos, Santiago hijo de Zebedeo y su hermano Juan. Estaban en una barca con su padre Zebedeo preparando las redes para la pesca. Jesús también los llamó, y ellos dejaron inmediatamente la barca y a su padre, y siguieron a Jesús.

Toda Galilea se centraba alrededor del Mar de Galilea. Éste tiene veinte kilómetros de largo de Norte a Sur y catorce de ancho de Este a Oeste. El Mar de Galilea es por tanto pequeño, y es interesante el hecho de que Lucas, el gentil, que había visto mucho mundo, nunca lo llama *mar* (*thalassa*), sino siempre *lago* (*limnê*). Tiene una forma ovalada, más ancho por arriba que por abajo. Se encuentra en una gran falla de la superficie de la Tierra por la que corre el valle del Jordán, y la superficie del Mar de Galilea está a doscientos diez metros bajo el nivel del mar. El hecho de encontrarse a esta profundidad en la superficie de la Tierra le da un clima muy cálido y hace la tierra de alrededor inmensamente fértil. Es uno de los lagos más encan-

tadores del mundo. W. M. Thomson lo describe: «Visto desde cualquier punto de las alturas circundantes es una bella extensión de agua —un espejo bruñido engastado en un marco de colinas y de montañas abruptas que se erigen y ruedan hacia atrás y hacia arriba hasta donde cuelga el cuadro de Hermón sobre la bóveda azul de los cielos».

En los días de Josefo había no menos de nueve ciudades populosas en sus orillas. En la década de los treinta, cuando H. V. Morton lo vio, solo quedaba Tiberíades, que era poco más que una aldea. Hoy es la ciudad mayor de Galilea, y sigue creciendo.

En los días de Jesús, el Mar de Galilea estaba abarrotado de barcas de pesca. Josefo, en una cierta expedición, no tuvo dificultad para reunir doscientas cuarenta barcas de pesca para salir de Tariquea; pero ahora los pescadores son pocos y dispersos.

Había tres métodos de pesca. Estaba la pesca de anzuelo.

Estaba la pesca con red. Ésta solía ser circular y de unos tres metros de ancho. Se lanzaba hábilmente al agua desde la tierra o desde los bajíos al borde de la orilla del lago. Llevaba unas pesas de plomo alrededor de la circunferencia. Se hundía en el mar y rodeaba a los peces; entonces se tiraba de ella a través del agua como si se tratara de una tienda de campaña con forma de campana, en la que se cogían los peces. Esa era la clase de red que estaban manipulando Pedro y Andrés, y Santiago y Juan, cuando Jesús los vio. Se llamaba *amfiblêstron*.

La red barredera se usaba desde una barca, o mejor desde dos. Se echaba al agua con cuerdas en las cuatro esquinas. Llevaba pesas en un lado; así que, como si dijéramos, se quedaba derecha de pie en el agua. Cuando las barcas iban remando con la red por detrás, ésta tomaba la forma de un gran cono, en el que cogían los peces y se traían a las barcas. Esta clase de red es la que se menciona en la parábola de la red; y se llamaba *saguênê*.

Jesús pasaba por la orilla del lago; conforme iba andando, llamó a Pedro y Andrés, y a Santiago y Juan. No tenemos que creer que era la primera vez que los veía, o ellos a Él. Según Juan el Evangelista, por lo menos algunos de ellos ya eran discípulos de Juan el Bautista (*Juan 1:35*). Sin duda ya habían hablado con Jesús y Le habían escuchado; pero fue en este momento cuando les llegó el desafío de una vez para siempre de asociarse con Él.

Los griegos solían contar cómo habían encontrado Jenofonte a Sócrates por primera vez. Sócrates se le encontró en una callejuela, y le cerró el paso con el bastón. Primero le preguntó si sabía dónde podía comprar esto y aquello, y si sabía dónde se hacía esto y lo otro. Jenofonte le dio la información requerida. A continuación Sócrates le preguntó:

—¿Sabes dónde hacen a los hombres buenos y virtuosos?

—No —le contestó Jenofonte. Y entonces Sócrates le dijo:

—¡Pues sígueme y aprende!

Jesús también llamó así a estos pescadores a seguirle. Es interesante ver la clase de personas que eran. No eran gente de gran preparación intelectual, o influyente, o rica, o de posición social. Tampoco eran pobres. Eran simplemente trabajadores, sin una posición social especial y, seguro que cualquiera habría dicho, sin un gran futuro. Eran hombres normales y corrientes los que Jesús escogió.

Una vez acudió a Sócrates un hombre que no tenía nada especial, que se llamaba Esquines.

—Soy un pobre hombre —le dijo—; no tengo nada más, pero me doy a ti.

—¿Te das cuenta —le dijo Sócrates— de que me das lo que tiene más valor?

Lo que Jesús necesita es gente corriente que se Le den a sí mismos. Jesús puede hacer cualquier cosa con personas así.

Además, estos hombres eran pescadores. Muchos investigadores han indicado que un buen pescador tiene que tener estas cualidades que le pueden hacer un buen pescador de hombres.

(i) Debe tener *paciencia*. Debe aprender a esperar pacientemente hasta que piquen los peces. Si es inquieto y no se puede estar quieto nunca hará un buen pescador. El buen pescador de hombres tendrá necesidad de paciencia. Rara vez obtenemos resultados rápidos en la predicación o en la enseñanza. Tenemos que aprender a esperar.

(ii) Debe tener *perseverancia*. Tiene que aprender a no desanimarse nunca, sino seguir intentando. El buen predicador y maestro no debe desanimarse cuando no parece que sucede nada. Siempre debe estar dispuesto a intentar otra vez.

(iii) Debe tener *coraje*. Como decía un viejo griego cuando rezaba por la protección de los dioses: «¡Mi barca es tan pequeña y el mar tan grande!». Debe estar dispuesto a arriesgarse y a arrostrar la furia de la mar y de la tempestad. El buen predicador y maestro debe ser consciente de que hay siempre un peligro en decirle a la gente la verdad. La persona que dice la verdad, más a menudo que lo contrario, se juega la reputación y la vida.

(iv) Debe tener *vista para el momento oportuno*. El pescador sensato sabe muy bien que hay veces que es inútil intentar pescar. Sabe cuándo echar la red y cuándo no. El buen predicador y maestro elige el momento. Hay veces que la gente recibe la verdad, y veces cuando la resiente. Hay veces que la verdad los mueve, y veces que la verdad los endurece en su oposición a la verdad. El predicador y maestro sensato sabe que hay un tiempo de hablar, y un tiempo de callar.

(v) Debe *escoger el cebo de acuerdo con el pez*. Un pez acudirá a un cebo, y otro a otro. Pablo decía que se hacía todo a todos para estar en condiciones de ganar a algunos. El predicador y maestro sensato sabe que el mismo enfoque no sirve para todas las personas. Puede que tenga que descubrir y reconocer sus propias limitaciones. Puede que tenga que descubrir que hay ciertos ambientes en los que puede trabajar y otros en los que no.

(vi) El pescador sensato tiene que *mantenerse fuera de la vista*. Si hace notar su presencia, o aun su sombra, seguro que los peces no picarán. El predicador y maestro sensato siempre tratará de presentarle a su audiencia, no su propia persona, sino a Jesucristo. Su objetivo es que la gente fije la mirada, no en él, sino en la Figura que está detrás.

EL MÉTODO DEL MAESTRO

Mateo 4:23-25

Jesús hizo un viaje circular por toda Galilea, enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y curando toda clase de enfermedades y dolencias entre la gente; y la fama de Sus actividades se corrió por toda Siria, de forma que Le traían a todos los que estaban enfermos, los que estaban aquejados de las dolencias y dolores más diversos, los que estaban poseídos por demonios, epilépticos y paralíticos; y Jesús los sanaba. Y Le seguían grandes multitudes procedentes de Galilea, y de Decápolis, y de Jerusalén, y de Judea, y del otro lado del Jordán.

Jesús había escogido la ciudad de Galilea para comenzar Su misión, y ya hemos visto lo bien preparada que estaba Galilea para recibir la semilla. Dentro de Galilea, Jesús escogió empezar Su campaña en las sinagogas.

La sinagoga era la institución más importante de la vida judía. Había una diferencia entre las sinagogas y el templo. No había más que un solo templo, el de Jerusalén, pero dondequiera que hubiese la más pequeña colonia de judíos, había una sinagoga. El templo existía exclusivamente para ofrecer sacrificios; allí no había predicación ni enseñanza. La sinagoga era esencialmente una institución docente. Las sinagogas se han definido como «las universidades religiosas populares de su tiempo». Si un hombre tenía alguna enseñanza o ideas religiosas que quería propagar, la sinagoga era incuestionablemente donde debía empezar.

Además, el culto de la sinagoga ofrecía al nuevo maestro una oportunidad. Constaba de tres partes. La primera eran oraciones. La segunda parte, lecturas de la Ley y de los Profetas, en las que tomaban parte miembros de la congregación. La tercera parte era la plática. El hecho importante y curioso era que no había una persona fija que hiciera la plática. No había tal cosa como un ministerio profesional. El presidente de la sinagoga se encargaba de los preparativos del culto. Se le podía pedir a cualquier forastero distinguido que hiciera la plática, y cualquiera que tuviese un mensaje que compartir se ofrecía voluntario para hacerlo; y, si el gobernador o presidente de la sinagoga le consideraba persona capacitada para hablar, se lo permitía. Así que, al principio, la puerta y el púlpito de la sinagoga estaban abiertos para Jesús. Empezó en la sinagoga porque era allí donde podía encontrar las personas más sinceramente religiosas de aquel tiempo, y se le ofrecía la oportunidad de hablarles. Después de la plática había un tiempo de coloquio, preguntas y discusión. La sinagoga era el lugar ideal para presentarle al pueblo una nueva enseñanza.

Pero Jesús no solo predicaba; también sanaba a los enfermos. No nos sorprende que las noticias de lo que estaba haciendo se divulgaran, y acudieran multitudes a oírle, y a verle, y a beneficiarse de su piedad.

Venían de Siria. Siria era la gran provincia romana de la que formaba parte Palestina. Se extendía hacia el Norte y el Nordeste, con la gran ciudad de Damasco como su centro. Eusebio nos transmite una de las leyendas más preciosas, que se remonta a este tiempo (*Historia Eclesiástica* 1.13). Esta historia relata que había un rey llamado Abgar en Edesa que estaba enfermo. Así que, se dice, Le escribió una carta a Jesús: «Abgar, gobernador de Edesa, a Jesús el muy excelente Salvador Que ha aparecido en el país de Jerusalén: Saludos. He tenido noticias de Ti y de Tus curaciones, realizadas sin medicina

ni hierbas; porque se dice que haces que los ciegos vean y los cojos anden, limpias a los leprosos, echas a los espíritus y demonios, sanas a los afligidos de enfermedades crónicas y levantas a los muertos. Ahora bien, como he sabido todo esto acerca de Ti, he llegado a la conclusión de que una de dos cosas debe ser verdad: O bien Tú eres Dios, Que, habiendo descendido del Cielo, haces estas cosas, o bien eres un hijo de Dios por lo que haces. Te escribo, por tanto, para pedirte que vengas a curarme la enfermedad que padezco. Porque he oído que los judíos murmuran contra Ti y conspiran males contra Ti. Ahora bien: Yo tengo una ciudad pequeñita pero excelente que es lo bastante grande para nosotros dos». Se decía que Jesús le había contestado: «¡Bendito seas por haber creído en Mí sin haberme visto; porque está escrito acerca de Mí que los que Me han visto no creerán en Mí, mientras que los que no Me han visto creerán y serán salvos. Pero, en cuanto a tu invitación para que vaya allí, tengo que cumplir aquí todas las cosas para las que he sido enviado; y, después de cumplirlas, volver otra vez al Que Me envió. Sin embargo, después de ascender, te enviaré a uno de mis discípulos para que te cure de tu enfermedad y para darte vida a ti y a los tuyos». La leyenda continúa diciendo que Tadeo fue a Edesa y curó a Abgar. Tal vez sea sólo una leyenda; pero muestra que se creía que hasta en la lejana Siria se había oído de Jesús y se anhelaba de todo corazón la ayuda y la sanidad que únicamente Él podía dar.

Naturalmente venían de toda Galilea; y las noticias acerca de Jesús se extendieron hacia el Sur hasta Judea y Jerusalén, y también de allí venían. Venían también de la región al otro lado del Jordán que se llamaba Perea, que se extendía desde Pela al Norte hasta Petra al Sur. También venían de Decápolis, que era una federación de diez ciudades griegas independientes, todas ellas, excepto Escitópolis, estaban al otro lado del Jordán.

Esta lista es simbólica, porque en ella vemos no solo judíos sino también gentiles que acudían a Jesucristo por lo que sólo Él podía darles. Ya se estaban uniendo a Él los fines de la Tierra.

LAS ACTIVIDADES DE JESÚS

Mateo 4:23-25 (conclusión)

Este pasaje tiene mucha importancia porque nos da un breve resumen de las tres grandes actividades de la vida de Jesús.

(i) Vino *proclamando* el Evangelio; o como dice la Reina Valera, vino *predicando*. Ahora bien: como ya hemos visto, la predicación es la proclamación de certezas. Por tanto, *Jesús vino a derrotar la ignorancia humana*. Vino a decirnos la verdad acerca de Dios, lo que nunca habríamos podido descubrir por nosotros mismos. Vino a poner el punto final al suponer y al andar a tientas, y a mostrarnos cómo es Dios.

(ii) Vino *enseñando* en las sinagogas. ¿Cuál es la diferencia entre *enseñar* y *predicar*? Predicar es la proclamación sin reserva de certezas; la enseñanza es la explicación de su significado y relevancia. Por tanto, *Jesús vino para derrotar los malentendidos humanos*. Hay veces cuando se conoce la verdad y se malinterpreta. Se conoce la verdad y se sacan conclusiones erróneas de ella. Jesús vino a revelarnos el sentido de la verdadera religión.

(iii) Vino *sanando* a todos los que tenían necesidad de sanidad. Es decir: *Jesús vino para derrotar el dolor humano*. Lo importante acerca de Jesús es que no se conformó con decirnos la verdad meramente en *palabras*; vino para poner la verdad en acción. Florence Allshorn, la gran maestra misionera decía: «Un ideal no es nunca tuyo hasta que se te sale por la punta de los dedos». El ideal no es nuestro hasta que se materializa en obras. Jesús hacía realidad Su propia enseñanza en obras de ayuda y sanidad.

Jesús vino *predicando* para derrotar toda *ignorancia*. Vino *enseñando* para derrotar todos los *malentendidos*. Vino *sanando* para derrotar todo *dolor*. Nosotros, también, debemos proclamar nuestras certezas; nosotros, también, tenemos que estar dispuestos a explicar nuestra fe; nosotros, también, debemos traducir el ideal a la acción y a las obras.

EL SERMÓN DEL MONTE

Como ya hemos visto, Mateo tiene un esquema cuidadosamente preparado en su evangelio.

En su relato del bautismo de Jesús nos Le muestra dándose cuenta de que ha sonado Su hora, de que Le ha llegado la llamada a la acción y que tiene que iniciar Su cruzada. En su relato de las tentaciones de Jesús nos Le presenta eligiendo deliberadamente el método que va a usar para llevar a cabo Su labor, y rechazando deliberadamente

otros métodos que Él sabía que eran contrarios a la voluntad de Dios. Si uno asume una gran tarea necesita ayudantes, asistentes y personal; así es que Mateo pasa a mostrarnos a Jesús seleccionando los hombres que serán Sus colaboradores.

Pero si los ayudantes y asistentes han de hacer su trabajo inteligente y eficazmente habrá que empezar por instruirlos. Y aquí, en el Sermón del Monte, Mateo nos muestra a Jesús instruyendo a Sus discípulos en el Mensaje que era Suyo y que ellos habían de transmitir a la humanidad. En el relato de Lucas del Sermón del Monte esto aparece aún más claro. Sigue inmediatamente a lo que podríamos llamar la elección oficial de los Doce (*Lucas 6:13ss*).

Por esta razón, un gran investigador llamó al Sermón del Monte «El sermón de ordenación de los Doce». De la misma manera que hay que presentarle su tarea a un joven pastor que está a punto de encargarse de su primer trabajo, así Jesús les dirigió a los Doce este sermón de ordenación antes de que salieran a realizar su labor. Por esa razón otros investigadores le han dado al Sermón del Monte otros títulos. Se ha llamado «El compendio de la doctrina de Cristo», «La Carta Magna del Reino», «El manifiesto del Rey». Todos están de acuerdo en que en el Sermón del Monte tenemos la esencia de la enseñanza de Jesús al círculo más íntimo de Sus seguidores.

EL SUMARIO DE LA FE

Es un hecho que esto es aún más verdad de lo que parece a primera vista. Hablamos del Sermón del Monte como si fuera un sermón determinado predicado en una sola ocasión. Pero es mucho más que eso. Hay buenas e indiscutibles razones para creer que el Sermón del Monte es mucho más que un sermón; que es, de hecho, una especie de epítome de todos los sermones que predicó Jesús.

(i) Cualquiera que lo oyera por primera vez en su forma actual estaría agotado mucho antes del final. Hay demasiado material es él para una sola audición. Una cosa es sentarse y *leerlo*, haciendo pausas o deteniéndose a pensar cuando se quiere, y otra *escucharlo* seguido por primera vez. Podemos leerlo a nuestro paso, reconociendo y saboreando cada palabra; pero oírlo por primera vez en su forma presente sería deslumbrarnos del exceso de luz mucho antes de que se terminara.

(ii) Hay algunas secciones del Sermón del Monte que surgen, por así decirlo, sin previo aviso; no tienen conexión con lo precedente ni con lo consiguiente. Por ejemplo: *Mateo 5:31s*, y *Mateo 7:7-11* están desconectadas de su contexto. Hay una cierta dislocación en el Sermón del Monte.

(iii) Lo más importante es que, tanto Mateo como Lucas nos dan una versión del Sermón del Monte. En la versión de Mateo hay 107 versículos. De estos 107, 29 se encuentran juntos en *Lucas 6:20-49*; 47 no tienen paralelo alguno en la versión de Lucas, y 34 los encontramos desperdigados por todo el evangelio de Lucas en diferentes contextos.

Por ejemplo: el símil de la sal está en *Mateo 5:13* y en *Lucas 14:34s*; el símil de la lámpara está en *Mateo 5:15* y en *Lucas 8:16*; el dicho de que no se omitirá ni un punto ni una tilde de La ley está en *Mateo 5:18* y en *Lucas 16:17*. Es decir, que pasajes que son consecutivos en el evangelio de Mateo aparecen en capítulos ampliamente separados del evangelio de Lucas.

Para tomar otro ejemplo: el dicho acerca de la mota en el ojo de nuestro hermano y la viga en el nuestro está en *Mateo 7:1-5* y en *Lucas 6:37-42*; y el pasaje en que Jesús exhorta a pedir y buscar y encontrar está en *Mateo 7:7-12* y en *Lucas 11:9-13*.

Si tabulamos estos pasajes lo vemos todavía más claro.

<i>Mateo 5:13</i>	=	<i>Lucas 14:34s</i>
<i>Mateo 5:15</i>	=	<i>Lucas 8:16</i>
<i>Mateo 5:18</i>	=	<i>Lucas 16:17</i>
<i>Mateo 7:1-5</i>	=	<i>Lucas 6:37-42</i>
<i>Mateo 7:7-12</i>	=	<i>Lucas 11:9-13</i>

Ahora bien: como ya hemos visto, *Mateo* es esencialmente el evangelio de la enseñanza; su característica es que recoge la enseñanza de Jesús bajo ciertos epígrafes importantes; y es mucho más probable que Mateo agrupara las enseñanzas de Jesús en un esquema general, que que Lucas tomara ese esquema y lo desmembrara, y dispersara sus piezas por todo su evangelio. El Sermón del Monte no es un sermón único que Jesús predicara en una ocasión determinada; es el sumario de Su enseñanza. Se ha sugerido que, después de escoger definitivamente a los Doce, puede que Jesús se retirara con ellos a algún lugar tranquilo durante una semana o más, y que durante ese tiempo les enseñara todo el tiempo; y el Sermón del Monte es la destilación de esa enseñanza.

LA INTRODUCCIÓN DE MATEO

De hecho, la frase introductoria de Mateo ya nos aclara esto considerablemente.

Viendo las multitudes, Jesús subió a un monte; y se sentaba, y sus discípulos se le acercaban, y él abrió su boca y les enseñaba.

En este breve versículo hay tres claves acerca del verdadero sentido del Sermón del Monte.

(i) Jesús se puso a enseñarles *después de sentarse*. Cuando un rabino judío estaba impartiendo su enseñanza oficialmente, se sentaba para hacerlo. Nosotros seguimos hablando de las *cátedras* de los profesores, y el que un papa hable *ex cathedra* quiere decir que lo hace desde el asiento de su autoridad. A menudo los rabinos enseñaban cuando estaban de pie o iban andando; pero su enseñanza oficial la daban cuando habían ocupado un asiento. Así pues, la misma observación de que Jesús se sentara es ya una indicación de que su enseñanza era central y oficial.

(ii) Mateo sigue diciendo que, *abriendo su boca*, les enseñaba. Esta frase *abriendo su boca* no es simplemente una perífrasis decorativa para *decir*. Esta frase tiene en griego un doble significado. (a) Se usa para un pronunciamiento solemne, grave y dignificado. Se usa, por ejemplo, del dicho de los oráculos. Es el prefacio natural para un dicho de importancia. (b) Se usa de la manifestación de una persona que abre de veras su corazón y deja fluir su mente y sentimientos totalmente. Se usa de una enseñanza íntima y sin barreras entre maestro y discípulos. De nuevo el mismo uso de esta frase indica que el material del Sermón del Monte no es una pieza ocasional de enseñanza. Es el grave y solemne pronunciamiento sobre cosas centrales; Jesús abrió y exponía aquí su corazón y mente a los que habían de ser sus hombres de confianza.

(iii) En griego hay, como en español, dos pasados simples: el *aoristo*, que corresponde a nuestro pretérito indefinido y que expresa una acción que tuvo lugar y se completó en el pasado; y el *imperfecto*, como el pretérito imperfecto nuestro, que describe una acción repetida, continua o habitual en el pasado. Compárese: «*asistió* a una conferencia una vez» (aoristo), con «*asistía* a clase regularmente (imperfecto).

Ahora bien: la cosa es que el griego en esta oración que estamos estudiando no está en *aoristo*, sino en *imperfecto*, y por tanto describe una acción repetida o habitual, y podríamos traducirla: «Esto es lo que solía enseñarles». Mateo nos ha dicho en griego para mayor claridad que el Sermón del Monte no es un sermón de Jesús entre otros, sino la esencia de todo lo que Jesús enseñaba constante y habitualmente a sus discípulos.

El Sermón del Monte es aún más importante de lo que pensamos. Mateo, en su introducción, quiere hacernos comprender que se trata de la enseñanza oficial de Jesús; que en el Sermón del Monte Jesús les abrió su mente y corazón a sus discípulos; que es el sumario de la enseñanza que Jesús solía impartir en su círculo íntimo. El Sermón del Monte no es nada menos que la memoria concentrada de muchas horas de comunicación de corazón a corazón entre el Maestro y sus discípulos.

En nuestro estudio del Sermón del Monte vamos a colocar a la cabecera de cada bienaventuranza la traducción de la Reina-Valera; y luego, al final de su estudio, expresaremos su significado en el lenguaje de hoy.

LA SUPREMA BIENAVENTURANZA

Mateo 5:3

*Bienaventurados los pobres en espíritu,
porque de ellos es el reino de los cielos.*

Antes de estudiar en detalle cada una de las bienaventuranzas hay dos hechos generales que debemos apuntar.

(i) En la primera parte de cada bienaventuranza no hay ningún verbo. Se podría esperar *son* después de la primera palabra, como aparece en las biblias inglesas, en cursiva para indicar que se ha añadido. ¿Por qué es así? Jesús no dijo las bienaventuranzas en griego; él hablaba arameo, una lengua emparentada con el hebreo. Estas dos tienen una forma de expresión muy corriente, que es en realidad una exclamación y que quiere decir: «¡Oh la bienaventuranza de...!». Esa expresión (*ashrê* en hebreo) es muy corriente en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, el primer salmo empieza en hebreo: «¡Oh la bienaventuranza del hombre que no anda en el consejo de los impíos!» (*Salmos 1:1*), que es la forma que usó Jesús en las bienaven-

turanzas. Es decir, que las bienaventuranzas no son simplemente afirmaciones, sino exclamaciones: «¡Oh la bienaventuranza de los pobres en espíritu!».

Esto tiene mucha importancia, porque quiere decir que las bienaventuranzas no son piadosas esperanzas de algo que puede ser; no son luminosas pero irreales profecías de alguna futura bienaventuranza; son felicitaciones de algo que ya se es. La bienaventuranza que pertenece al cristiano no se pospone a algún futuro reino de gloria; es una bienaventuranza que existe aquí y ahora. No es algo en lo que el cristiano *entrará*; es algo donde *ya ha entrado*.

Es verdad que alcanzará su plenitud y su consumación en la presencia de Dios; pero a pesar de eso es una realidad presente que se disfruta aquí y ahora. Las bienaventuranzas dicen en efecto: «¡Oh la bendición de ser cristiano! ¡Oh el gozo de seguir a Cristo! ¡Oh la diáfana felicidad de conocer a Jesucristo como Maestro, Salvador y Señor!» La misma forma gramatical de las bienaventuranzas es una afirmación de la emoción jubilosa y la radiante dicha de la vida cristiana. Ante la realidad de las bienaventuranzas, un cristianismo triste y tenebroso es inconcebible.

(ii) La palabra *bienaventurado* que se usa en cada una de las bienaventuranzas es una palabra muy especial. Es la palabra griega *makarios*. *Makarios* es un término que se aplica especialmente a los dioses. En el Cristianismo se participa de la alegría de Dios.

El sentido de *makarios* se puede comprender mejor por un uso particular de esta palabra. Los griegos siempre llamaban a la isla de Chipre *hê makaria* (la forma femenina del adjetivo), que quiere decir *La Isla Feliz*, porque creían que Chipre era tan preciosa, tan rica, y tan fértil que no habría necesidad de buscar más allá de sus costas para encontrar la vida perfectamente feliz. Tenía tal clima, tales flores y frutos y árboles, tales minerales, tales recursos naturales que contenía todos los materiales necesarios para la perfecta felicidad.

Makarios, pues, describe ese gozo que tiene su secreto en sí mismo, ese gozo que es sereno e inalterable y autosuficiente, ese gozo que es completamente independiente de todos los azares y avatares de la vida. La palabra española *bienaventuranza* delata su origen. Contiene la palabra *ventura*, que indica que es algo que depende de las circunstancias cambiantes de la vida, algo que la vida puede dar pero puede igualmente destruir. La bendición cristiana es totalmente inexpugnable e indestructible. «Nadie —dijo Jesús— os quitará vuestro gozo» (*Juan 16:22*). Las bienaventuranzas nos hablan de ese gozo que nos busca a través del dolor, ese gozo que la tristeza y la pérdida, el dolor y la angustia, no pueden afectar, ese gozo que brilla a través de las lágrimas, y que nada en la vida o en la muerte puede arrebatar.

El mundo puede ganar sus gozos, y los puede igualmente perder. Los cambios de la fortuna, el colapso de la salud, el fracaso de un plan, la desilusión de una ambición, hasta un cambio atmosférico pueden llevarse el gozo frágil que el mundo puede dar. Pero el cristiano tiene el gozo sereno e inalterable que viene de caminar para siempre en la compañía y en la presencia de Jesucristo.

La grandeza de las bienaventuranzas es que no son vislumbres imaginadas de alguna futura belleza; no son promesas doradas de alguna gloria distante; son gritos triunfantes de bendición por un gozo permanente que nada en el mundo puede arrebatar.

LA BENDICIÓN DE LOS INDIGENTES

Mateo 5:3 (conclusión)

Parece una manera sorprendente de empezar a hablar acerca de la felicidad el decir: «¡Benditos los pobres en espíritu!». Tenemos dos enfoques para llegar al sentido de la palabra *pobre*.

Como aparece en las bienaventuranzas en griego, la palabra que se usa para *pobre* es la palabra *ptôjos*. Está la palabra *pênes*. *Pênes* describe a la persona que tiene que trabajar para ganarse la vida; la definían los griegos como la palabra que describe a un hombre como *autodiákonos*, es decir, *el hombre que subviene sus propias necesidades con sus propias manos*. *Pênes* describe al trabajador, que no tiene nada superfluo, que no es rico pero tampoco es un indigente. Pero, como ya hemos visto, no es *pênes* la palabra que se usa en esta bienaventuranza sino *ptôjos*, que describe la *pobreza absoluta y abyecta*. Está conectada con la raíz *ptôssein*, que quiere decir *encogerse o acobardarse*; y describe la pobreza que golpea hasta poner de rodillas. Como se ha dicho, *pênes* describe al hombre que no tiene nada superfluo; *ptôjos* describe al hombre que no tiene absolutamente nada. Eso hace esta bienaventuranza aún más sorprendente. Bendito el hombre que está aquejado por una pobreza abyecta y absoluta. Bendito es el hombre que está absolutamente indigente.

Como ya hemos visto también, las bienaventuranzas no se dijeron originalmente en griego, sino en arameo. Ahora bien, los judíos tenían una manera especial de usar la palabra *pobre*. En hebreo la palabra es 'aní o ebyón. estas palabras experimentaron en hebreo un desarrollo de cuatro etapas en su significado.

(i) Empezaron significando simplemente *pobre*.

(ii) Pasaron a significar, *porque pobre, por tanto no teniendo influencia o poder o ayuda, o prestigio*.

(iii) Pasaron a significar, *por no tener influencia, por tanto avasallados y oprimidos por los hombres*.

(iv) Por último pasaron a describir *al hombre que, porque no tiene absolutamente ningunos recursos terrenales, pone toda su confianza en Dios*.

Así es que en hebreo la palabra *pobre* se usaba para describir a la persona humilde e indigente que pone toda su confianza en Dios. Es así como usa la palabra el salmista cuando escribe: «Este *pobre* clamó, y le oyó el Señor, y le libró de todos sus temores» (Salmos 34:6). De hecho es cierto que en los salmos el *pobre*, en este sentido del término, es el hombre bueno al que Dios ama. «La esperanza de los pobres no perecerá perpetuamente» (Salmos 9:18). Dios libra a los pobres (Salmos 35:10). «Por tu bondad, Dios, has provisto para el pobre» (Salmos 68:10). «Defenderá la causa de los pobres del pueblo» (Salmo 72:4). «Levanta de la miseria al pobre y hace multiplicar sus familias como a rebaños de ovejas» (Salmos 107:41). «A sus pobres saciaré de pan» (Salmos 132:15). En todos estos casos, el *pobre* es el humilde, la persona indefensa que ha puesto su confianza en Dios.

Ahora tomemos los dos lados, el griego y el arameo, y juntémoslos. *Ptôjos* describe al hombre totalmente indigente, que no tiene absolutamente nada; 'aní y ebyón describe al pobre, humilde e indefenso que ha puesto toda su confianza en Dios. Por tanto, «benditos los pobres en espíritu» quiere decir esto:

¡Bendita la persona que es consciente de su total indefensión, y que pone toda su confianza en Dios!

Si una persona es consciente de su total destitución y ha puesto toda su confianza en Dios, entrarán en su vida dos cosas que son como las dos caras de la misma realidad. Estará totalmente *desligado de las cosas*, porque sabrá que las cosas no tienen la capacidad de dar felicidad o seguridad; *dependerá totalmente de Dios*, porque sabrá que sólo Dios puede darle ayuda, y esperanza, y fuerza. La persona que es pobre en espíritu se ha dado cuenta de que las cosas no quieren decir nada, y Dios quiere decir todo.

Debemos tener cuidado con pensar que esta bienaventuranza considera una cosa buena la actual pobreza material. La pobreza no es nada bueno. Jesús no habría llamado nunca bendito a un estado en que las personas viven en chabolas y no tienen suficiente de comer, y en que la salud se deteriora porque todo está en su contra. Esa clase de pobreza es un mal que el Evangelio trata de eliminar. Tampoco se refiere a ser pobres *de espíritu* en el sentido corriente de ser faltos de carácter. La pobreza que es bendita es la *pobreza en espíritu*, cuando la persona se da cuenta de su absoluta falta de recursos para enfrentarse con la vida, y encuentra su ayuda y fuerza únicamente en Dios.

Jesús dice que a tal pobreza pertenece el Reino del Cielo. ¿Por qué había de ser así? Si tomamos las dos peticiones de la Oración Dominical y las ponemos juntas:

Venga Tu Reino.

Hágase Tu voluntad en la Tierra como en el Cielo,

obtenemos la definición: El Reino de Dios es una sociedad en la que la voluntad de Dios se realiza tan perfectamente en la Tierra como en el Cielo. Eso quiere decir que solamente el que hace la voluntad de Dios es ciudadano del Reino; y solo podemos hacer la voluntad de Dios cuando somos conscientes de nuestra absoluta indefensión, ignorancia e incapacidad para enfrentarnos con la vida, y cuando ponemos toda nuestra confianza en Dios. La obediencia se funda siempre en la confianza. El Reino de Dios es la posesión de los pobres en espíritu, porque son ellos los que se han dado cuenta de su absoluta incapacidad aparte de Dios, y han aprendido a confiar y a obedecer.

Así pues, esta bienaventuranza quiere decir:

¡AH, LA BIENAVENTURANZA DEL QUE ES CONSCIENTE DE SU PROPIA Y TOTAL INDEFENSIÓN, Y QUE HA PUESTO TODA SU CONFIANZA EN DIOS; PORQUE SÓLO ASÍ PUEDE RENDIR A DIOS AQUELLA PERFECTA OBEEDIENCIA QUE LE HARÁ CIUDADANO DEL REINO DEL CIELO!

LA BIENAVENTURANZA DEL CORAZÓN QUEBRANTADO

Mateo 5:4

Bienaventurados los que lloran, porque recibirán consolación.

Tenemos que notar desde el principio al estudiar esta bienaventuranza que la palabra para *llorar* que se usa aquí es la más fuerte que existe en griego. Es la que se usa para *hacer duelo* por los difuntos, para expresar el apasionado lamento por la muerte de alguien que se ha amado entrañablemente. En la Septuaginta, la versión griega del Antiguo Testamento, se usa del llanto de Jacob cuando dio por muerto a su hijo José (Génesis 37:34). Se define como la clase de pesar que se apodera de una persona y que no se puede ocultar. No es sólo un dolor que produce dolor de corazón, sino que hace incontenibles las lágrimas. Aquí tenemos una alucinante clase de bienaventuranza:

¡Bendito el que está de duelo como aquel al que se le ha muerto un ser querido!

Hay tres maneras de tomar esta bienaventuranza.

(i) Se puede tomar literalmente: ¡Bendita la persona que ha soporado el dolor más amargo que puede producir la vida! Los árabes tienen un proverbio: «La luz del sol produce un desierto». La tierra sobre la que siempre brilla el sol acabará por convertirse en un lugar árido en el que no pueda crecer la vida. Hay ciertas cosas que sólo la lluvia puede producir; y ciertas experiencias que sólo puede germinar el dolor.

La aflicción puede hacer dos cosas por nosotros. Puede mostrarnos, mejor que ninguna otra cosa, la esencial amabilidad de nuestros semejantes; y puede mostrarnos, mejor que ninguna otra cosa, el consuelo y la compasión de Dios. Muchas y muchas personas a la hora del dolor han descubierto a sus semejantes y a Dios como nunca antes. Cuando todo nos va bien es posible vivir años en la superficie de las cosas; pero cuando llega la aflicción le hace a uno profundizar en las cosas de la vida y, si se acepta debidamente, produce una nueva fuerza y belleza en el alma.

Anduve con el Placer, y no hizo más que charlar, pero no me hizo más sabio lo que me llegó a contar.

Anduve con el dolor y no pronunció palabra; ¡y hay que ver lo que aprendí en una breve jornada!

(ii) Algunos han considerado que lo que quiere decir esta bienaventuranza es:

¡Benditos los que están desesperadamente apenados por el dolor y el sufrimiento que hay en el mundo!

Cuando estábamos pensando en la primera bienaventuranza veíamos que siempre está bien desligarse de *las cosas*, pero no desligarse de *las personas*. Este mundo habría sido un lugar mucho más pobre si no hubiera habido en él personas que se interesaban intensamente por las angustias y los sufrimientos de los demás. El Lord Shaftesbury hizo probablemente más por los hombres y mujeres trabajadores y por los niños de lo que haya hecho nunca ningún otro reformador social. Todo ello empezó muy sencillamente. Cuando era un muchacho estudiando en Harrow, iba por una calle un día cuando se encontró con el entierro de un pobre. El ataúd era una caja fea y mal hecha. Lo llevaban en un carro de mano del que iban tirando cuatro hombres que estaban borrachos; mientras tiraban y empujaban iban cantando canciones indecentes y gesticulando y bromeando entre ellos. Cuando iban subiendo una cuesta con el carro, la caja que era el ataúd se cayó del carro, y se reventó. Algunas personas habrían pensado que todo el asunto era de risa; algunos se habrían vuelto, asqueados; algunos habrían movido los hombros y se habrían dicho que aquello no iba con ellos, aunque fuera una pena el que sucedieran esas cosas. El joven Shaftesbury lo vio y se dijo a sí mismo: «Cuando sea mayor voy a dedicar mi vida a que no sucedan cosas así». Dedicó, pues, su vida a cuidarse de los demás.

El Cristianismo es cuidarse de los demás. Lo que quiere decir esta bienaventuranza es: ¡Bendito el que se interesa intensamente por los sufrimientos, las angustias y las necesidades de otros!

(iii) Sin duda las dos ideas están en esta bienaventuranza, pero su principal pensamiento es: Bendita la persona que está desesperadamente dolorida por su propio pecado e indignidad.

Como ya hemos visto, el primer mensaje de Jesús fue: «¡Arrepentíos!». Arrepentirse quiere decir tener pesar por los pecados. Lo que realmente cambia a una persona es el encontrarse de pronto cara a cara con algo que le abre los ojos a lo que es y puede hacer el pecado. Un chico o una chica pueden vivir a su aire sin pensar en los efectos o las consecuencias; pero cuando algún día sucede algo y el chico o la chica ven la tristeza dolorida en los ojos de su padre o su madre, entonces, de pronto, descubren lo que es el pecado.

Ese es el efecto que produce la Cruz en todos nosotros. Cuando miramos a la Cruz, no tenemos más remedio que decir: «Eso es lo que el pecado puede hacer. El pecado puede apoderarse de la vida más encantadora del mundo y aplastarla en una Cruz». Uno de los grandes efectos de la Cruz es abrirles los ojos a hombres y mujeres al horror del pecado. Y cuando una persona ve el pecado en todo su horror, no puede por menos de experimentar intenso pesar por su pecado.

El Cristianismo empieza por un sentimiento de pecado. Bendita la persona que está intensamente apesadumbrada por su pecado, cuyo corazón se quebranta al pensar en lo que Le ha hecho a Dios y a Jesucristo, la persona que ve la Cruz y se siente oprimida por el estrago que ha causado el pecado.

La persona que ha tenido esta experiencia será, sin duda, consolada; porque esa experiencia es lo que llamamos penitencia —del latín *poenitere*, *dolerse*, *condolerse*—, y al corazón contrito y humillado Dios no despreciará jamás (*Salmos 51:17*). El camino que conduce al gozo del perdón pasa por el dolor desesperado del corazón quebrantado.

El verdadero sentido de la segunda bienaventuranza es:

¡AH, LA BIENAVENTURANZA DE LA PERSONA QUE TIENE EL CORAZÓN DESTROZADO ANTE EL SUFRIMIENTO DEL MUNDO, Y POR SU PROPIO PECADO; PORQUE EN SU DOLOR ENCONTRARÁ EL GOZO DEL SEÑOR!

LA BIENAVENTURANZA DE LA VIDA BAJO EL CONTROL DE DIOS

Mateo 5:5

*Bienaventurados los mansos,
porque recibirán la tierra por heredad.*

En el español actual la palabra *manso* no es una de las palabras honorables de la vida. Ahora conlleva la idea de servilismo, bajeza de carácter, consentimiento al mal e incapacidad o falta de voluntad para resistirse a una afrenta vergonzosa. Nos presenta el retrato de una criatura sumisa e ineficaz. Pero resulta que la palabra *manso* —en griego *praiis*— era una de las grandes palabras éticas.

Aristóteles tenía mucho que decir de la cualidad de la *mansedumbre* (*praotês*). Aristóteles seguía un método para definir cualquier virtud que consistía en encontrar el término medio entre dos extremos. Por una parte estaba el extremo por exceso; y por la otra, por defecto; y entre ambos estaba la virtud misma, el término medio feliz. Para dar un ejemplo: En un extremo se encontraría el pródigo, y en el otro, el tacaño; y entre ambos, la persona generosa.

Aristóteles define la *mansedumbre* (*praotês*), como el término medio entre *orguilotês*, que quiere decir *ira excesiva*, y *aorguêsía*, que quiere decir *pasotismo*. *Praotês*, *mansedumbre*, como veía aristóteles, es el feliz término medio entre la excesiva, y la falta de, ira. Así es que la primera traducción posible de esta bienaventuranza sería:

*¡Bendito el que se indigna a su debido tiempo y por la debida causa,
y no al contrario!*

Si nos preguntamos cuál es el debido tiempo y cuál el contrario diríamos que, por regla general, en la vida no se debe uno enfurecer por un insulto o una injuria que se le hace a él personalmente; eso es algo que un cristiano no debe nunca tener en cuenta; pero se debe uno indignar por las injurias que se les hacen a otras personas. La ira egoísta es siempre un pecado; la ira limpia de egoísmo puede ser una de las grandes dinámicas del mundo.

Pero la palabra *praiis* tiene un segundo uso general en griego. Es la que se usa con referencia a un animal que ha sido domesticado, que está acostumbrado a obedecer la palabra de mando, que ha aprendido a obedecer las riendas. Es la palabra que se usa de un animal que ha aprendido a aceptar el control. Así que la segunda posible traducción de esta bienaventuranza sería:

*¡Bendita la persona que tiene bajo control todos sus instintos, impulsos
y pasiones! ¡Bendito el que se mantiene total y constantemente bajo su
propio control!*

Pero en el momento en que decimos esto nos damos cuenta de que necesita un cambio. No se trata tanto de la bendición de la persona que se controla *a sí misma*, porque eso está fuera de la capacidad humana; sino más bien de la persona que está totalmente bajo el control *de Dios*, porque sólo en Su servicio encontramos la perfecta libertad, y en hacer Su voluntad, la paz.

Pero hay todavía un tercer enfoque de esta bienaventuranza. Los griegos contrastaban siempre la cualidad que llamaban *praotês*, y que la Reina-Valera traduce por *mansedumbre*, con la cualidad que llamaban *hysêlokardía*, que quiere decir *altivez de corazón*. En *praotês* se encuentra la verdadera humildad que destierra todo orgullo.

Sin humildad no se puede aprender, porque el primer paso en el aprendizaje es ser conscientes de nuestra propia ignorancia. Quintiliano, el gran maestro de oratoria hispanorromano, decía de algunos de sus alumnos: «No me cabe duda de que serían excelentes alumnos si no estuvieran convencidos de que ya lo saben todo». No se le puede enseñar nada a una persona que cree que ya lo sabe todo. Sin humildad no puede haber tal cosa como amor, porque el verdadero principio del amor es el sentimiento de indignidad. Sin humildad no puede haber verdadera religión, porque toda verdadera religión empieza por un darse cuenta de la propia debilidad y necesidad de Dios. Una persona solo alcanza su verdadera humanidad cuando es siempre consciente de que es una criatura y Dios es el Creador, y que sin Dios no puede hacer nada.

Praotês describe la humildad, la aceptación de la necesidad de aprender y de la necesidad de ser perdonados. Describe la única actitud adecuada del hombre para con Dios. Así que la tercera posible traducción de esta bienaventuranza sería:

*¡Bendito el que tiene la humildad de reconocer su propia ignorancia,
debilidad y necesidad!*

Es esta mansedumbre, dice Jesús, la que heredará la Tierra. Es un hecho de la Historia que siempre han sido las personas que tenían este don de autocontrol, que tenían sus pasiones, instintos e impulsos bajo disciplina, las que han sido verdaderamente grandes. *Números* dice de Moisés, el más grande líder y legislador que ha conocido el mundo: «Moisés era un hombre muy manso, más que todos los hombres que había sobre la Tierra» (*Números 12:3*). Moisés no tenía un carácter aguado; no era una ameaba que no pudiera erguirse y mantenerse firme; podía ponerse al rojo de ira; pero siempre era un hombre que tenía la ira en la trailla, soltándola sólo en el momento debido. El autor de *Proverbios* dice: «El que domina su espíritu es mejor que el que conquista una ciudad» (*Proverbios 16:32*).

Fue la falta de esa misma cualidad lo que fue la ruina de Alejandro Magno que, en un ataque de genio incontrolado, en medio de una orgía, le arrojó una lanza a su mejor amigo y le mató. Uno no puede guiar a otros a menos que sea dueño de sí mismo; ni puede servir a otros hasta que se haya sometido a sí mismo; ni estar en control de otros si no ha aprendido a controlarse a sí mismo. Pero la persona que se ha sometido al perfecto control de Dios obtendrá esta mansedumbre que de veras de permitirá heredar la Tierra.

Está claro que esta palabra *praiis* quiere decir mucho más y otra cosa que lo que quiere decir ahora la palabra española *manso*; está claro, de hecho, que no hay ninguna palabra española que la traduzca perfectamente, aunque tal vez la palabra *apacible* sea la que más se le aproxime.

La traducción completa de esta tercera bienaventuranza debería ser la siguiente:

¡AH, LA BIENAVENTURANZA DEL QUE SE INDIGNA SIEMPRE A SU DEBIDO TIEMPO Y POR LA CAUSA DEBIDA, Y NO AL CONTRARIO; Y QUE TIENE BAJO CONTROL, PORQUE ÉL MISMO ESTÁ BAJO EL CONTROL DE DIOS, TODO INSTINTO, IMPULSO Y PASIÓN; Y QUE TIENE LA HUMILDAD DE RECONOCER SU PROPIA IGNORANCIA Y DEBILIDAD; PORQUE TAL PERSONA ES SOBERANA ENTRE LOS SERES HUMANOS!

LA BIENAVENTURANZA DEL ESPÍRITU HAMBRIENTO

Mateo 5:6

*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán
saciados.*

Las palabras no tienen una existencia aislada; existen sobre el trasfondo de la experiencia y del pensamiento; y el significado de cualquier palabra está condicionado por el trasfondo de la persona que la pronuncia. Eso es particularmente cierto de esta bienaventuranza. Les haría a los que la oyeron por primera vez una impresión totalmente diferente de la que nos hace a nosotros.

El hecho es que muy pocos de nosotros en las condiciones modernas de vida sabemos realmente lo que es tener hambre o sed. En el mundo antiguo era muy diferente. El salario diario de un obrero sería el equivalente a 6 céntimos; y, aun teniendo en cuenta la diferencia del valor adquisitivo del dinero, uno no se ponía gordo con tal sueldo. En Palestina, un obrero comía carne sólo una vez por semana; y en Palestina un trabajador o un jornalero nunca estaban muy lejos de la línea que marca la verdadera hambre y la muerte por inanición.

Y esto era todavía más real en el caso de la sed. A la inmensa mayoría de la gente no le era posible abrir un grifo y recibir agua clara y fresca en su casa. Uno podía estar de viaje, y sorprenderle el viento cálido que traía tormentas de arena. No podía hacer nada más que taparse la cabeza con el blusón y ponerse de espaldas al viento y esperar mientras los remolinos de arena se le metían por la nariz hasta la garganta a punto de sofocarle y hasta que se apergaminaba todo de una sed imperiosa. En las condiciones de la vida moderna de Occidente no hay nada parecido a eso.

Así pues, el hambre que describe esta bienaventuranza no es el agradable apetito que se satisface con un bocadillo de media mañana; la sed de la que habla no se podía mitigar con una taza de café o bebida fresca. Era el hambre de la persona a punto de morir de inanición, o la sed del que se morirá si no bebe.

En ese caso, esta bienaventuranza contiene realmente una pregunta y un desafío. En efecto demanda: «¿Hasta qué punto quieres la bondad? ¿La quieres tanto como quiere un hambriento la comida, o el agua el que se está muriendo de sed?». ¿Hasta qué punto es intenso nuestro deseo de bondad?

La mayoría de la gente tiene un deseo instintivo de bondad; pero ese deseo es imaginario y nebuloso más bien que agudo e intenso; y cuando llega el momento de la decisión no están preparados a hacer el esfuerzo y el sacrificio que demanda la bondad real. La mayor parte de la gente sufre de lo que llamaba Robert Louis Stevenson «la enfermedad, tan española, de la desgana». Sin duda implicaría una gran diferencia en el mundo el que deseáramos la bondad más que ninguna otra cosa.

En primer lugar, hacemos constar que hemos traducido aquí la palabra original *dikaiosynē* por *bondad* o *integridad* en vez de por *justicia*, porque esta última sugeriría más bien, o exclusivamente, la idea de la justicia que debe reinar en la sociedad, y aun que se nos debe como oprimidos. Naturalmente que es algo que debemos desear apasionadamente; pero en esta bienaventuranza creemos que se trata de una cualidad que uno desea poseer personalmente; no del deseo natural de que se nos haga justicia o de que haya justicia en el mundo, sino de que la justicia, la bondad de Cristo reine en nuestra vida. En la biblia inglesa se usa en esta bienaventuranza y en otros muchos lugares con este sentido la palabra *righteousness*, no *justice*.

Cuando enfocamos esta bienaventuranza desde este punto de vista es la más exigente, y hasta la más aterradora, de todas. Pero no solo es la bienaventuranza más exigente; a su propia manera es también la más consoladora. Por detrás de ella está el sentido de que la persona que es bienaventurada no lo es necesariamente porque alcance esta bondad, sino porque la anhela con todo su ser. Si la bendición viniera solamente a la persona que alcanza su objetivo, entonces nadie sería bendito; pero la bendición alcanza a la persona que, a pesar de fallos y fracasos, todavía aspira con un apasionado amor a lo más alto.

H. G. Wells dijo en algún sitio: «Uno puede ser un mal músico, pero estar apasionadamente enamorado de la música». Robert Louis Stevenson hablaba de los que han llegado hasta a hundirse en las simas más profundas y «llevan todavía adheridos restos de virtud en el burdel o en el cadalso». Sir Norman Birkett, el famoso abogado y juez, una vez, hablando de los criminales con los que había estado en contacto en su trabajo, hablaba de eso inextinguible de cada persona. La bondad, «el implacable cazador», está siempre a nuestros talones. La peor de las personas está «condenada a alguna especie de nobleza».

Lo más maravilloso del hombre no es que es pecador, sino que aun en su pecado le acecha la bondad de tal manera que, hasta en el cieno, nunca puede olvidar del todo las estrellas. David siempre había querido construir el templo de Dios; nunca logró su ambición; se le negó y prohibió; Dios le dijo: «Bien has hecho en tener tal deseo» (1 Reyes 8:18). En Su misericordia, Dios nos juzga, no solamente por nuestros logros, sino también por nuestros sueños. Aunque un hom-

bre nunca alcance la bondad, si toda su vida tiene esta hambre y sed de ella, no está excluido de la bendición.

Hay todavía otro detalle en esta bienaventuranza que aparece claramente en el original. Es una regla de gramática griega (y en esto coincide con la española) que los verbos que indican tener hambre o sed se construyen con el genitivo, que es el caso que se suele expresar en español con la preposición *de*; *del hombre* es el genitivo de *el hombre*. El genitivo que sigue a los verbos de hambre y sed se llama en gramática griega *genitivo partitivo*, porque indica que se tiene hambre o sed de una parte de aquello. Cuando se dice en griego, como es español: «Tengo hambre *de pan*», o: «Tengo sed *de agua*», ya se supone que no quiere todo el pan o el agua que exista, sino solo una parte.

Pero en esta bienaventuranza, lo más corriente es que *justicia* se ponga en acusativo directo y no en genitivo. Ahora bien: cuando un verbo de hambre o sed se pone en griego en acusativo en vez de en genitivo se *hambrea toda aquella cosa*. En el caso del pan querría decir todo el pan, y en el del agua, todo el cacharro que la contiene. Por tanto aquí, la traducción correcta sería:

¡Benditos los que tienen hambre y sed de verdadera y total integridad!

Esto es de hecho lo que pocas veces se quiere. Nos contentamos con parte de la integridad. Un hombre, por ejemplo, puede que sea bueno en el sentido de que, por mucho que se le buscara, no se le podría encontrar ninguna falta moral. Su honradez y respetabilidad están fuera de duda; pero tal vez sería la clase de persona a la que uno no acudiría para desahogarse contándole algo muy íntimo; se congelaría si lo intentara. Hay una clase de integridad que suele ir acompañada de dureza, intolerancia o falta de simpatía. Esa integridad no es más que parcial.

Esta bienaventuranza nos dice que no hay que conformarse con una bondad parcial. Bendita la persona que tiene hambre desesperada y sed ardiente de la bondad que es total. Ni una gélida impecabilidad ni una sensiblera amabilidad bastan.

Así es que la traducción de la cuarta bienaventuranza podría ser algo así:

¡AH, LA BIENAVENTURANZA DEL QUE ANHELA UNA INTEGRIDAD TOTAL, COMO ANSÍA EL QUE ESTÁ MURIENDO DE HAMBRE EL ALIMENTO Y EL AGUA EL QUE ESTÁ PERECIENDO DE SED; PORQUE TAL PERSONA ALCANZARÁ UNA COMPLETA SATISFACCIÓN!

LA BIENAVENTURANZA DE LA PERFECTA SIMPATÍA

Mateo 5:7

Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.

Hasta así expresado, este es sin duda un gran dicho; y es la afirmación de un pensamiento que recorre todo el Nuevo Testamento, que insiste en que para ser perdonados tenemos que ser perdonadores. Como decía Santiago: «Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no muestre misericordia» (Santiago 2:13). Jesús termina la parábola del deudor que se negó a perdonar con la advertencia: «Eso es lo que hará Mi Padre celestial con cualquiera de vosotros si no perdonáis de corazón a vuestros hermanos» (Mateo 18:35). La Oración Dominical va seguida de dos versículos que explican y subrayan la petición: «Perdónanos nuestras deudas como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores.» «Porque si perdonáis a vuestros semejantes sus ofensas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los demás sus ofensas, tampoco os perdonará vuestro Padre vuestras ofensas» (Mateo 6:12, 14s). La enseñanza inconfundible del Nuevo Testamento es que solo se tendrá misericordia de los misericordiosos.

Pero hay más que eso en esta bienaventuranza. La palabra griega para misericordioso es *eleēmôn*. Pero, como ya hemos visto repetidas veces, el griego del Nuevo Testamento tal como lo tenemos se remonta a un original hebreo o arameo. La palabra hebrea para misericordia es *jésed*; y es una palabra intraducible. No quiere decir simplemente simpatizar con una persona en el sentido popular de esta palabra; no quiere decir solo darle a uno lástima de otro que lo pasa mal. *Jésed*, *misericordia*, quiere decir la capacidad de ponerse uno totalmente en el lugar de otro de manera que ve con sus ojos, piensa con su mente y siente con sus sentimientos.

Está claro que esto es mucho más que una oleada emocional de lástima; exige un esfuerzo deliberado de la mente y de la voluntad.

Denota una simpatía que no se da, por así decirlo, desde fuera, sino que viene de una deliberada identificación con la otra persona hasta el punto de ver y sentir como ella. Esto es lo que quiere decir literalmente la palabra *simpatía*. *Simpatía* se deriva de dos palabras griegas —*syn*, que quiere decir *juntamente con*, y *pasjein*, que quiere decir *experimentar o sufrir*—. *Simpatía* quiere decir etimológicamente *experimentar las cosas juntamente con otra persona*, pasar literalmente lo que está pasando.

Esto es precisamente lo que muchas personas ni siquiera intentan jamás, y hasta lo evitan conscientemente. La mayor parte de la gente está tan preocupada con sus propios sentimientos que no tiene gran interés en los de los demás. Cuando les da pena de alguien es, como si dijéramos, desde fuera; no hacen el esfuerzo consciente de meterse dentro del corazón y de la mente de la otra persona hasta el punto de ver y sentir las cosas como las ve y siente ella.

Si hiciéramos de veras este esfuerzo deliberado, y si llegáramos a identificarnos —hacernos idénticos— con la otra persona, las cosas nos parecería muy diferentes.

(i) Nos salvaría de ser amables equivocadamente. Hay en el Nuevo Testamento un ejemplo sobresaliente de amabilidad instintiva y equivocada. Se encuentra en el relato de la visita que hizo Jesús a Sus amigos de Betania (*Lucas 10:38-42*). Cuando Jesús los fue a ver, la Cruz estaba ya esperándole a pocos pasos. Lo que más querría Jesús sería una oportunidad para descansar y relajarse de aquella terrible tensión un poquito de tiempo.

Marta amaba a Jesús; Él era su huésped más bienvenido; y como Le amaba tanto, quería ofrecerle la mejor comida que pudiera preparar. Estaba yendo y viniendo entre el tintineo de platos y cacharros y cubiertos... que serían una tortura para los nervios tensos de Jesús, Que lo que más necesitaba era tranquilidad.

Marta quería ser amable... y no podría haber sido más cruel. Pero María comprendió que lo único que quería Jesús era paz. A menudo, cuando queremos ser amables, ofrecemos la amabilidad a nuestra manera, y la otra persona la tiene que aceptar así, quéralo o no. Nuestra amabilidad sería doblemente amable, y evitaría mucha crueldad involuntaria, si nos tomáramos la molestia de introducirnos en el interior de la otra persona.

(ii) Nos haría el perdonar y la tolerancia mucho más fáciles. Hay un principio en la vida que olvidamos muchas veces: que siempre hay una razón para que una persona piense y actúe de cierta manera; y, si conociéramos esa razón, nos sería mucho más fácil comprender y simpatizar y perdonar. Si una persona actúa, según nuestra manera de pensar, equivocadamente, puede que sea porque ha pasado por experiencias que hacen actuar así. Una persona inquieta o descortés puede que se manifieste así porque está preocupada o sufriendo algún dolor. Si una persona nos trata mal, puede que sea por algo que tiene en la mente, equivocado... o no.

El proverbio francés puede que tenga razón: «Conocerlo todo es perdonarlo todo»; pero nunca llegaremos a conocerlo todo si no hacemos el esfuerzo determinado de meternos dentro del corazón y la mente de la otra persona.

(iii) En último análisis, ¿no fue eso lo que hizo Dios en Jesucristo? En Jesucristo, en el sentido más literal, Dios se introdujo en el interior de la persona humana. Vino como un hombre: viendo las cosas con ojos humanos, sintiéndolas con sentimientos humanos, pensándolas con una mente humana. Dios sabe cómo es la vida, porque Se introdujo hasta su interior más íntimo.

La reina Victoria de Inglaterra era muy amiga del rector Tulloch, de la universidad de Saint Andrews, y su esposa. El príncipe Albert murió, y la reina Victoria se quedó sola. Precisamente por el mismo tiempo murió el rector Tulloch, y la señora Tulloch se quedó sola. Sin previo aviso, la Reina vino a visitar a la señora Tulloch, que estaba descansando en su habitación. Cuando le anunciaron a la Reina, la señora Tulloch se dio toda la prisa que pudo para levantarse y hacer una reverencia. La Reina dio un paso al frente y le dijo: «Querida mía, no te levantes. Hoy no vengo como la Reina a una de sus súbditas, sino como una mujer que ha perdido a su marido a otra en la misma situación».

Eso es precisamente lo que hizo Dios; vino a la humanidad, no como el Dios soberano, distante, remoto, aislado, mayestático; sino como un hombre. El ejemplo supremo de *misericordia, jésed*, es la venida de Dios al mundo en Jesucristo.

Solo aquellos que muestren esta misericordia recibirán misericordia. Esto es verdad a nivel humano, porque es la gran verdad de la vida que veremos en otras personas el reflejo de nuestras actitudes. Si no tenemos interés por nadie, así serán ellos con nosotros. Si ven que nos preocupamos, su corazón responderá preocupándose. Y es absolutamente cierto en el lado divino, porque el que muestra esta misericordia ha llegado nada menos que a parecerse a Dios.

Así que la traducción de la quinta bienaventuranza podría ser:

¡AH, LA BIENAVENTURANZA DE LA PERSONA QUE SE PONE HASTA TAL PUNTO EN EL LUGAR DE LOS DEMÁS QUE PUEDE VER CON SUS OJOS, PENSAR CON SU MENTE Y SENTIR CON SU CORAZÓN; PORQUE EL QUE ES ASÍ CON LOS DEMÁS DESCUBRIRÁ QUE LOS DEMÁS HACEN LO MISMO CON ÉL Y SABRÁ QUE ESO ES LO QUE DIOS HA HECHO EN JESUCRISTO!

LA BIENAVENTURANZA DEL CORAZÓN LIMPIO

Mateo 5:8

*Bienaventurados los de limpio corazón,
porque verán a Dios.*

Aquí tenemos una bienaventuranza que exige que toda persona que la lea se detenga, piense y haga un examen de conciencia.

La palabra griega para *limpio* es *katharós*, que tiene una variedad de usos, cada uno de ellos con algo nuevo que añadir al sentido de esta bienaventuranza para la vida cristiana.

(i) En su origen quería decir simplemente *limpio*, y podía usarse, por ejemplo, de la ropa sucia que se había lavado para que volviera a estar limpia.

(ii) Se usa frecuentemente del trigo que se había aventado y cribado para dejarlo limpio de polvo y paja. En sentido figurado se usa de un ejército que se ha limpiado de soldados descontentos, cobardes o flojos, y que está formado exclusivamente de luchadores de primera categoría.

(iii) Suele aparecer corrientemente en compañía de otro adjetivo griego, *akêratos*. *Akêratos* se usa de la leche o el vino sin adulterar, y del metal que no tiene ni la más ligera aleación.

Así pues, el sentido básico de *katharós* es *sin mezcla ni adulterio ni aleación*. Es por esto por lo que esta bienaventuranza es tan exigente. Podría traducirse:

*¡Bendita la persona cuyos motivos son siempre totalmente sin mezcla,
porque verá a Dios!*

Rara vez se da el caso, hasta en nuestras acciones mejores, de que no haya la menor mezcla de motivos. Si nos entregamos total y generosamente a alguna buena causa, puede que nos quede en el corazón algún resto de propia satisfacción y aprobación, alguna complacencia en la gratitud y alabanza y crédito que cosechamos. Si hacemos algo bueno que requiere algún sacrificio por nuestra parte, puede que no estemos totalmente libres del sentimiento de que otros verán en nosotros algo heroico, y nos considerarán mártires.

Hasta un predicador que sea sincero no está totalmente libre del peligro de la propia satisfacción de haber predicado un buen sermón. ¿No fue Juan Bunyan el que le contestó tristemente a uno que le dijo que su sermón había sido muy bueno: «Sí, ya lo sé; ya me lo ha dicho el diablo cuando me bajaba del púlpito»?

Esta bienaventuranza nos exige el más severo examen de conciencia. ¿Hacemos nuestro trabajo para aportar un servicio o para que nos lo paguen? ¿Cumplimos con nuestro trabajo por motivos de servicio o de paga? ¿Prestamos nuestro servicio por generosidad o por egoísmo? ¿Hacemos lo que hacemos en la iglesia para el Señor o para nuestro propio prestigio? ¿Vamos a la iglesia para encontrarnos con Dios o para cumplir con una costumbre o para que se nos considere respetables? ¿Es nuestra vida de oración y meditación inspirada por un deseo sincero de comunión con Dios o porque nos da un sentimiento agradable de superioridad? ¿Cultivamos la vida espiritual porque somos supremamente conscientes de nuestra necesidad de Dios en lo más íntimo de nuestro ser, o porque nos producen un sentimiento de comodidad y bienestar los pensamientos piadosos? El examinar nuestros propios motivos nos produce inquietud y vergüenza, porque hay pocas cosas en este mundo que aun los mejores de nosotros podemos hacer sin tener motivos diversos y discutibles.

Jesús pasó a decir que solo los puros de corazón verán a Dios. Es uno de los simples hechos de la vida que vemos solamente lo que estamos dispuestos a ver. Y eso es verdad no solo en el sentido físico, sino en todos.

Si una persona corriente mira los cielos en una noche clara, no ve nada más que una inmensidad de puntitos de luz; ve sólo lo que está capacitado para ver. Pero en los mismos cielos un astrónomo podrá llamar a las estrellas y los planetas por sus nombres, y moverse entre ellos como entre amigos; y un marino podrá encontrar en los mismos cielos el medio para llevar su navío al puerto deseado por un mar sin caminos trazados. Francisco García Navarro nos cuenta su llega-

da a Jaca el 1/1/32, donde le estaba esperando el pastor y maestro don Salvador Ramírez con sus hijos varones. «En el camino de la estación de Jaca —nos cuenta—, ya anochecido, la conversación emprendida por D. Salvador, más dirigida a sus hijos que a mí, consistió en una grata y eficaz lección planetaria, mientras nos hacía contemplar el firmamento tan plétórico de belleza como de estrellas rutilantes. Pura lección que corroboraba, decía, las palabras del Salmista: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y la expansión denuncia la obra de Sus manos” (*Salmos 19:1*). Fue para mí un placer escucharle en silencio, porque planteó la localización de estrellas y sus nombres, el movimiento y función de cada una, las constelaciones y su distinción, las galaxias y su formación, los años luz de distancia que nos separan de ellas y la perfección del Universo regido por leyes inalcanzables dictadas por el único Dios y Creador.» Buen comienzo, pensó Francisco García Navarro, de los descubrimientos que había de hacer con tan sabio «ayo» en los caminos de la teología, la moral y la educación.

Una persona corriente que vaya dándose un paseo por los caminos del campo no verá en los setos ninguna otra cosa que un amasijo de arbustos y espinos. Un botánico experimentado se fijará en cada cosa, llamándola por su nombre y conociendo su uso; y puede que hasta descubra algo de rareza y valor extraordinarios, porque tiene ojos para ver.

Si ponemos a dos personas en una habitación llena de cuadros antiguos, la que no tenga conocimiento ni habilidad no verá la diferencia que hay entre una pieza maestra y una copia sin valor, mientras que un experto crítico de arte descubrirá un valor incalculable en una pintura que otros pasarían de largo sin fijarse siquiera.

Hay gente de mente sucia que ven en cualquier situación un material para una observación soez o un chiste sucio. En cualquier esfera de la vida, cada uno ve lo que está capacitado para ver.

Así, dice Jesús, son solamente los puros de corazón los que verán a Dios. Es una seria advertencia para que recordemos que cuando mantenemos la limpieza de corazón por la gracia de Dios, o cuando lo ensuciamos por malicia humana, estamos capacitándonos o incapacitándonos para ver algún día a Dios.

Así pues, esta sexta bienaventuranza podría leerse de la forma siguiente:

¡AH, LA BIENAVENTURANZA DE LA PERSONA CUYOS MOTIVOS SON ABSOLUTAMENTE PUROS, PORQUE ALGÚN DÍA ESTARÁ CAPACITADA PARA CONTEMPLAR A DIOS!

LA BIENAVENTURANZA DE RECONCILIAR A LOS DESAVENIDOS

Mateo 5:9

Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios.

Debemos empezar el estudio de esta bienaventuranza investigando algunas cuestiones de significado de palabras.

(i) Primero, tenemos la palabra *paz*. En griego la palabra es *eirênê*, y en hebreo *shalôm*. En hebreo, *paz* no es nunca un estado negativo; nunca quiere decir exclusivamente la ausencia de guerra; siempre quiere decir *todo lo que contribuye al bienestar supremo del hombre*. En el Oriente cuando un hombre le dice a otro: ¡*Salâm!*—que es la misma palabra— no quiere decir que le desea al otro solamente la ausencia de males; le desea la presencia de todos los bienes. En la Biblia, *paz* quiere decir no solamente liberación de todos los problemas, sino disfrutar de todas las cosas buenas.

(ii) Segundo, debemos fijarnos con cuidado en lo que nos dice esta bienaventuranza. La bendición es para *los que hacen la paz*—que es lo que quiere decir etimológicamente *pacificadores* o *apaciguadores*— no necesariamente para *los que aman* la paz. Sucede a menudo que, si una persona ama la paz de una manera equivocada, conseguirá crear problemas y no paz. Puede que permitamos, por ejemplo, que se desarrolle una situación amenazadora y peligrosa, y que nuestra defensa sea no intervenir para mantener la paz. Hay mucha gente que piensa que eso es amar la paz, cuando lo que se está haciendo en realidad es amontonar problemas para el futuro, porque se rehuye arrostrar la situación y tomar las medidas que demanda. La paz que la Biblia llama bendita no viene de evadir las situaciones conflictivas, sino de arrostrarlas, tratarlas y conquistarlas. Lo que esta bienaventuranza demanda no es una aceptación pasiva de las cosas por miedo a los contratiempos que pueda traer el intervenir en ellas, sino el enfrentarnos activamente con las cosas y *hacer* la paz, aunque el camino de la paz pase por el conflicto.

(iii) La versión Reina-Valera dice que los pacificadores serán llamados *hijos de Dios*. Esto es lo que quiere decir literalmente la palabra griega *hyioí*. Esta es una expresión típicamente hebrea. El hebreo no es rico en adjetivos, y cuando quiere describir algo, a menudo usa, no un adjetivo, sino la frase *hijo de...* seguido de un nombre abstracto. De aquí que se llame a un hombre *un hijo de paz* en vez de *una persona pacífica*. A Bernabé se le llama *hijo de consolación* en vez de *consolador* y *confortador*. Esta bienaventuranza dice: Benditos los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios; lo que quiere decir: Benditos los pacificadores porque realizarán una obra característica de Dios. El que hace la paz está involucrado en la misma obra que hace el Dios de paz (*Romanos 15:33; 2 Corintios 13:11; 1 Tesalonicenses 5:23; Hebreos 13:20*).

Se ha buscado el sentido de esta bienaventuranza por tres líneas diferentes.

(i) Se ha sugerido que, puesto que *Shalôm* quiere decir todo lo que contribuye al bien supremo del hombre, esta bienaventuranza quiere decir: Benditos los que hacen este mundo un lugar más idóneo para que viva en él toda la humanidad. Abraham Lincoln dijo una vez: «Me moriré cuando sea, pero me gustaría que se dijera de mí que arranqué una ortiga y planté una flor donde pensé que podía crecer». Según esto, ésta sería la bienaventuranza de los que han elevado un poco el mundo.

(ii) La mayor parte de los primeros estudiosos de la Iglesia tomo esta bienaventuranza en un sentido puramente espiritual, y sostuvo que quería decir: Bendita la persona que hace la paz en su propio corazón y alma. En cada uno de nosotros hay un conflicto interior entre el bien y el mal, que tiran de nosotros en sentidos opuestos; todos somos hasta cierto punto una guerra civil en marcha. Feliz, por tanto, es el que ha ganado la paz interior en la que ha quedado superado su conflicto íntimo, y puede darle todo su corazón a Dios.

(iii) Pero queda todavía otro significado para esta palabra *paz*. Es un sentido sobre el cual les encantaba discutir a los rabinos judíos, y es casi seguro el sentido que Jesús tenía en mente. Los rabinos judíos sostenían que la tarea suprema que una persona puede llevar a cabo es establecer *relaciones correctas* entre persona y persona. Eso era lo que Jesús quería decir.

Hay personas que son siempre centros tempestuosos de problemas y amargura y lucha. Dondequiera que están, están siempre metidos en peleas entre ellos o provocándolas entre los demás. Son personas que causan problemas. Hay muchas así en casi todas las sociedades e iglesias, que están realmente haciéndole al diablo su trabajo. Por otra parte —gracias a Dios— hay personas en cuya presencia no puede sobrevivir la amargura, personas que hacen de puentes, que cierran las grietas, que endulzan las amarguras. Tales personas hacen un trabajo semejante al de Dios, porque el gran propósito de Dios es hacer que haya paz para cada persona consigo misma y entre unas y otras personas. El que divide a las personas está haciendo la obra del diablo; el que une a las personas está haciendo la obra de Dios.

Así pues, esta bienaventuranza podría leerse:

¡AH, LA BIENAVENTURANZA DE LOS QUE PRODUCEN RELACIONES COMO ES DEBIDO ENTRE LAS PERSONAS, PORQUE ESTÁN HACIENDO ALGO QUE RECUERDA A DIOS!

LA BIENAVENTURANZA DE SUFRIR POR CRISTO

Mateo 5:10-12

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando por mi causa os insulten, os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que vivieron antes de vosotros.

Una de las cualidades sobresalientes de Jesús era su honradez diáfana. Nunca dejó a nadie en duda en cuanto a lo que le sucedería si escogía seguirle. Estaba seguro de que había venido «No para hacer la vida fácil, sino para hacer a la gente grande».

Nos cuesta darnos cuenta de lo que tuvieron que sufrir los primeros cristianos. Todos los compartimientos de su vida se desquiciaron.

(i) Su cristianismo descabalaría su *trabajo*. Supongamos que uno era mampostero. Esa parece una profesión bastante inofensiva. Pero supongamos que su empresa tenía un contrato para construir un templo de uno de los dioses paganos. ¿Qué haría ese hombre? Supongamos que un cristiano era sastre, y que encargaban en su taller túnicas para los sacerdotes paganos. ¿Qué haría ese hombre? En una

situación semejante en la que los primeros cristianos se encontrarían, apenas existiría algún trabajo en el que un cristiano no tuviera conflicto entre sus intereses comerciales y su lealtad a Jesucristo.

La Iglesia estaría sin duda donde estaba la obligación de la persona. Más de cien años después de esto, un hombre le fue a Tertuliano con este mismo problema. Le hablo de sus dificultades comerciales. Acabó diciendo: «¿Qué puedo hacer? ¡Tengo que vivir!». «¿Estás seguro?», dijo Tertuliano. Si había que escoger entre la lealtad y la vida, un verdadero cristiano no dudaba nunca en escoger la lealtad.

(ii) Su cristianismo descabalaría sin duda su vida *social*. En el mundo antiguo, la mayor parte de las fiestas se celebraban en el templo de algún dios. En muy pocos sacrificios se quemaba todo el animal en el altar. A veces no se quemaban más que unos pelillos de la cabeza de la bestia como un sacrificio simbólico. Los sacerdotes recibían como gajes de su oficio parte de la carne, y otra parte se le devolvía al adorador. Con su parte, hacía una fiesta con sus parientes y amigos. Uno de los dioses más corrientes era Serapis. Cuando la fiesta se celebraba en su templo, las invitaciones decían algo así: «Te invito a cenar conmigo a la mesa de nuestro señor Serapis».

¿Podría un cristiano participar en una fiesta que se celebraba en un templo pagano? Hasta las comidas ordinarias en las casas empezaban con una libación, una copa de vino que se derramaba en honor de los dioses. Era como nuestro dar gracias a Dios por la comida. ¿Podía un cristiano participar en un gesto de culto pagano así? De nuevo vemos que la respuesta cristiana era clara. Un cristiano tenía que desconectarse de sus compañeros antes que prestar su aprobación a tales cosas con su presencia. Uno tenía que estar dispuesto a quedarse solo para ser cristiano.

(iii) Lo peor de todo: su cristianismo podía llegar a traerle problemas en su vida *familiar*. Sucedió una y otra vez el que un miembro de la familia se hacía cristiano y los otros no. Una mujer se podía hacer cristiana y su marido no. Lo mismo podía suceder con un hijo o una hija. Inmediatamente surgía una división en la familia. A menudo se le cerraba la puerta en la cara para siempre al que había aceptado a Cristo.

El cristianismo traía a menudo, no paz, sino una espada que dividía las familias. Era literalmente cierto que una persona tenía que amar a Cristo más que a su padre, madre, esposa, hermano o hermana. El cristianismo suponía a menudo escoger entre las personas más queridas y Jesucristo.

Además, los castigos que tenía que sufrir un cristiano eran terribles más allá de toda descripción. Todo el mundo sabe de los cristianos que se les echaban a los leones o se quemaban en el patíbulo; pero éstas eran muertes piadosas. Nerón envolvía a los cristianos en betún y les prendía fuego para usarlos como antorchas vivientes en sus jardines. Los cubría con pieles de animales salvajes y les lanzaba perros de caza para que los descuartizaran. Eran torturados en el potro; les arrancaban la piel con garfios; les echaban por encima plomo derretido; les fijaban planchas de bronce al rojo vivo en las partes más sensibles del cuerpo; les vaciaban los ojos; les cortaban partes del cuerpo y las asaban ante sus ojos; les abrasaban las manos y los pies mientras les echaban agua fría para prolongar su agonía. No es agradable pensar en estas cosas; pero uno tenía que estar dispuesto a sufrirlas si estaba de parte de Cristo. Podríamos muy bien preguntarnos por qué perseguían los romanos a los cristianos. Parece algo extraordinario el que una persona que viviera la vida cristiana se considerara una víctima apropiada para la persecución y la muerte. Había dos razones.

(i) Se habían extendido algunas calumnias acerca de los cristianos, de las cuales los judíos eran responsables en no poca medida.

(a) Se acusaba a los cristianos de canibalismo. Las palabras de la Última Cena —«Esto es Mi cuerpo» «Esta copa es el nuevo Testamento en Mi sangre»— se tomaban y tergiversaban para hacer creer que los cristianos sacrificaban a un niño para comérselo.

(b) Se acusaba a los cristianos de prácticas inmorales, y se decía que sus reuniones eran orgías indecentes. La reunión semanal de los cristianos se llamaba *Agapè*, la Fiesta del Amor; y ese nombre se interpretaba maliciosamente. Los cristianos se saludaban con el beso de la paz; y también esto se usó para construir acusaciones calumniosas.

(c) Se acusaba a los cristianos de ser incendiarios. Es verdad que hablaban del próximo fin del mundo, y revestían su mensaje con cuadros apocalípticos del mundo en llamas. Sus calumniadores tomaban esas palabras y las interpretaban como amenazas de terrorismo político y revolucionario.

(d) Se acusaba a los cristianos de deshacer los vínculos familiares. De hecho, por causa del Cristianismo se producían divisiones en las familias, como ya hemos visto; así que el Cristianismo se representaba como algo que causaba división entre marido y mujer, y que desarticulaba el hogar. Había suficientes calumnias inventadas por gente maliciosa.

(ii) Pero el mayor campo de persecución era, de hecho, el político. Pensemos en la situación. El imperio romano abarcaba a casi todo el mundo conocido, desde las Islas Británicas hasta el Eúfrates, y desde Alemania hasta el Norte de África. ¿Cómo podía amasarse hasta cierto punto una amalgama tan vasta de pueblos? ¿Qué principio unificador se podía encontrar? En un principio se encontró en el culto de la diosa Roma, el espíritu de Roma. Este era un culto que los pueblos de las provincias daban de buena voluntad, porque Roma les había traído paz y buen gobierno, orden y justicia. Se limpiaron las carreteras de bandidos y los mares de piratas; los déspotas y tiranos fueron desterrados por la imparcial justicia romana. La gente de las provincias estaba muy dispuesta a ofrecer sacrificios al espíritu del Imperio que había hecho tanto por ella.

Pero del culto de Roma se pasó a otro objeto. Había un hombre que era la personificación del imperio romano, en quien podría decirse que Roma se encarnaba, y ese hombre era el emperador; así es que llegó a considerarse un dios, y se le empezaron a dar honores divinos y a levantarse templos a su divinidad. No fue el gobierno romano el que inició este culto; de hecho, en su principio, hizo todo lo posible para desanimarlo. El emperador Claudio, decía que lamentaba que se le dieran honores divinos a cualquier ser humano. Pero, con el paso de los años, el gobierno romano vio en el culto al emperador la única práctica que podía unificar el vasto imperio romano; ahí había un centro en el que se podían reunir todos sus habitantes. Así es que acabó por, no solo aceptar, sino imponer el culto al emperador. Una vez al año, todas las personas tenían que presentarse y quemar una pizca de incienso a la divinidad del César y decir: «César es señor». Y eso era precisamente lo que los cristianos se negaban a hacer. Para ellos, Jesucristo era el único Señor, y no le darían a ningún ser humano ese título que pertenecía exclusivamente a Cristo.

Está claro que el culto al César era una prueba de lealtad política más que ninguna otra cosa. De hecho, cuando un hombre había quemado su pizquita de incienso y repetido la fórmula, recibía un certificado, un *libellus*, de que lo había hecho, y luego podía ir y dar culto a cualquier dios, siempre que no fuera contra la decencia y el orden público. Los cristianos se negaron a someterse. Al enfrentarse con el dilema «César o Cristo» no vacilaban en su elección: sólo Cristo. Se negaban en redondo a una componenda. El resultado era que, por muy bueno que fuera el hombre, aunque fuera un ciudadano excelente, quedaba fuera de la ley automáticamente. En el vasto imperio romano no se podían tolerar bloques de desafectos, y eso era exactamente lo que las autoridades romanas consideraban ser las congregaciones cristianas. Un poeta ha hablado de

«El agobiado, acurrucado rebañito
cuyo crimen era Cristo».

El único crimen de los cristianos era que colocaban a Cristo por encima del César; y por esa suprema lealtad murieron los cristianos a millares y arrojaron la tortura por causa de la exclusiva supremacía de Jesucristo.

LA BIENAVENTURANZA DEL SENDERO ENSANGRENTADO

Mateo 5:10-12 (conclusión)

Cuando vemos cómo surgió la persecución, estamos en posición de ver la verdadera gloria del sendero de los mártires. Puede que nos parezca extraordinario el hablar de la bienaventuranza de los perseguidos; pero para los que tengan ojos para ver más allá del presente inmediato, y una mente capaz de comprender la grandeza de las cuestiones implicadas, tiene que haber habido gloria en el sendero ensangrentado.

(i) El tener que sufrir persecución era una oportunidad de demostrar la fidelidad a Jesucristo. Uno de los mártires más famosos fue Policarpo, el anciano obispo de Esmirna. El populacho le arrastró al tribunal del magistrado romano. Se le presentó la disyuntiva de costumbre: ofrecer sacrificio a la divinidad del César o morir. «Ochenta y seis años —fue su respuesta inmortal— he servido a Cristo, y jamás me ha hecho ningún mal. ¿Cómo voy a blasfemar a mi Rey, Que me salvó?» Así es que le llevaron al patíbulo, donde él hizo su última oración: «¡Oh Señor Dios todopoderoso, Padre de Tu muy amado y siempre bendito Hijo, por medio de Quien hemos recibido Tu conocimiento... Te doy gracias por considerarme digno en Tu gracia de este día y hora». Se le había concedido la oportunidad suprema de demostrar su lealtad a Jesucristo.

En la I Guerra Mundial, el poeta Rupert Brooke fue uno de los que murieron demasiado jóvenes. Antes de salir al combate, escribió: